

Robert Taber

LA GUERRA DE LA PULGA

Biblioteca Era



Testimonio



Biblioteca Era

Robert Taber
LA GUERRA DE LA PULGA

Robert Taber

LA GUERRA DE LA PULGA

Guerrilla y
contraquerrilla



Biblioteca Era

INDICE

- I
- 9 El viento de la revolución. La voluntad popular como clave de la estrategia. La confrontación entre quienes tienen y quienes no tienen. Sofismas de la contrainsurrección. La guerra de guerrillas como prolongación de la política. Resquebrajaduras en la coraza del estado moderno.
- II
- 25 La guerra de la pulga. Objetivos políticos y militares. Creación del "clima de colapso". Organización de las Fuerzas Rebeldes. *La Guerra de guerrillas del Che Guevara: lo fundamental.*
- III
- 32 Comienzo y desarrollo de la insurrección. El paso a la guerra civil. Soluciones posibles. El ejemplo cubano.
- IV
- 44 La guerra prolongada. Fuerzas populares contra ejércitos regulares. La guerrilla como misión. Mao Tse-tung, a propósito de la guerra de la pulga. Las lecciones de China.
- V
- 61 La guerra colonial y la experiencia francesa. Estrategia y táctica de Vo Nguyen Giap. Cómo triunfó el Vietminh en Indochina.
- VI
- 78 El carácter político de la segunda guerra de Indochina. El papel de los Estados Unidos. La extensión de la guerra. La perspectiva.
- VII
- 100 Las guerras de liberación nacional y su costo. Los "disturbios" irlandeses y el papel de los "Black and Tans". El terrorismo en Israel. La rebelión en África del Norte.
- VIII
- 119 La guerra de guerrillas del general Grivas en Chipre. El uso político del terrorismo. Los errores de la estrategia británica.

IX
en Filipinas. El precio de la victoria inglesa en Malasia.
Por qué perdieron los comunistas en Grecia.

X
149 *El arte de la guerra* de Sun Tau. Principios estratégicos y
tácticos de la guerra de guerrillas. El terreno como factor
decisivo. La guerra de guerrillas en las áreas urbanas. El
carácter de la guerrilla.

XI
172 Movimientos guerrilleros en el Tercer Mundo. La base re-
volucionaria. Perspectivas para Estados Unidos. Propuestas
para una nueva política latinoamericana de Estados Uni-
dos.

I

El viento de la revolución. La voluntad popular como clave de la estrategia. La confrontación entre quienes tienen y quienes no tienen. Sofismas de la contrainsurrección. La guerra de guerrillas como prolongación de la política. Resquebrajaduras en la coraza del estado moderno.

Sobre la región de Ben Cat, dominada por los comunistas, se dio cita el mayor conjunto de helicópteros empleado a lo largo de toda la guerra; 96 aparatos que transportaban cohetes, ametralladoras y 1,000 hombres de las tropas de asalto. Apoyándose en 4,000 hombres de infantería, *Rangers* y patrullas contraiguerrilleras, la fuerza de ataque esperaba cercar de 1,500 a 2,000 hombres de las tropas principales del Vietcong, que dos semanas antes habían causado graves daños a cuatro batallones del gobierno en una emboscada cuidadosamente realizada.

El gran puente aéreo fue el secreto militar peor guardado. En Saigón, los funcionarios de información del gobierno avisaron a los fotógrafos con varios días de anticipación. Cuando las tropas llegaron a Ben Cat, la mayoría de los soldados del Vietcong se habían escabullido.

Time, 21 de agosto de 1964.

Dos compañías sudvietnamitas de *Rangers* se desplegaron en abanico a través de la planicie cubierta de maleza y de la selva de matorrales, 25 millas al norte de Saigón. En esta misión rutinaria, dispuesta para relevar a una avanzada atacada por las guerrillas comunistas del Vietcong, los 200 hombres se movían cautelosamente. Se detuvieron en un bosquecillo de árboles productores de caucho. salieron después a campo abierto y se encaminaron hacia un grupo de chozas, situadas a unos 350 metros más allá.

De pronto, por todos lados, las armas de fuego desataron su tableteo y martilleo infernal. Antes de poder escuchar siquiera las detonaciones, algunos hombres cayeron doblados por las balas; otros lograron dispersarse. Su consejero norteamericano, el teniente William Richter, se tiró de cabeza al suelo cubierto de lodo. Al levantar la vista vio que avanzaban, disparando a matar, soldados regulares del Vietcong, con uniformes de campaña de color verde. Richter se incorporó de un brinco y corrió para protegerse. Pero otros fusileros del

Vietcong, agazapados en la orilla del campo, lo alcanzaron con un denso fuego cruzado.

Las balas se le incrustaron en el muslo. Cayó, gateó por entre la maleza protectora, y como pudo siguió avanzando. Se arrastró durante seis horas, ayudado por los sobrevivientes, hasta Binh My, su base de operaciones. Tuvo suerte; en el campo que está detrás del bosquecillo de árboles de caucho, yacían muertos 51 *Rangers*.

“Simplemente nos indujeron a entrar en la trampa, la cerraron a nuestra espalda y nos dieron una paliza”, explicaba después Richter. “Nos agarraron atados de pies y manos y nos hicieron picadillo”.

“La misma maldita historia”, refunfuñó un oficial de alta graduación de los Estados Unidos, en Saigón. Historias parecidas, diferentes sólo en los detalles o grados, se suceden semana tras semana en Vietnam del Sur. Avanzadas destruidas, oficiales muertos, aldeas incendiadas, pueblos asaltados. Todo esto viene a desembocar en una triste conclusión: pese a la inferioridad en armas y en soldados, los comunistas están venciendo a una fuerza sudvietnamita de más de 400,000 soldados, reforzada por 17,000 consejeros estadounidenses y con una ayuda norteamericana de cerca de dos millones de dólares diarios.

Stanley Karnow, “Este es nuestro enemigo”, *Saturday Evening Post*, 22 de agosto de 1964.

Esta es la guerra de guerrillas mediante la cual se enfrentaron los guerrilleros españoles al ejército invasor de Napoleón, perfeccionada en nuestros días hasta convertirse en una cuasi ciencia político-militar —una parte de teoría social del marxismo-leninismo y otra de innovaciones tácticas— que cambia las relaciones de poder de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial; un proceso en el que se destruyen las verdades de los Estados Mayores de Occidente, cuyo cometido profesional es, y será cada vez en mayor grado, conocerla y combatirla.

La guerra de guerrillas ha llegado a ser el fenómeno político de la mitad del siglo veinte, el viento visible de la revolución, que levanta esperanzas y temores en tres continentes. Al escribir esto, ella es un hecho en una veintena de países: desde Angola a Irak y desde las malezas congoleesas hasta las barriadas suburbanas de Caracas. Como los compromisos norteamericanos se agravan en Vietnam, este tipo de guerra se convierte en el problema principal del Pentágono, de la Agencia Central de Inteligencia, del Consejo Nacional de Seguridad, de la Casa Blanca. En nuestro propio hemisfe-

rio —Guatemala, Venezuela, Colombia— se pelea en una desesperada y, a menudo, silenciosa lucha. Y amenaza, o casi amenaza con estallar en los propios Estados Unidos. Es indudable que este tipo de lucha influye en la conciencia de los militantes negros, desde Harlem hasta el Sur profundo: una prueba tangible de esta influencia es el estallido, no hace mucho, de bombas de gasolina en las calles de las ciudades.

La guerra de guerrillas destruye a lo largo del mundo, donde aún existen, los últimos vestigios del feudalismo y del colonialismo tradicionales. Toda su fuerza se vuelca ahora contra el neocolonialismo y contra lo que, en la terminología marxista se llama imperialismo: la dominación económica y política, y a menudo militar, de las naciones pobres e industrialmente débiles, por las ricas y tecnológicamente superiores y poderosas.

En las zonas de tecnología atrasada, libera a las masas empobrecidas, de la opresión clasista de los terratenientes y comerciantes, de las oligarquías y de las juntas militares. Y en ese proceso —de ello se le acusa y tal cosa puede suceder— se entregan a otra clase de dictadura: la dictadura del proletariado.

Apreciada desde cierto punto de vista, no hay duda de que es un arma poderosa, la espada de la justicia social y de la liberación nacional; desde otro ángulo, se verá como un proceso subversivo y siniestro, una especie de peste, una plaga de malas hierbas diseminadas por doquier, nutridas en el suelo de la discordia social, del dislocamiento económico, del caos político, que transforma en fanáticos armados a quienes eran obreros y campesinos pacíficos.

En la práctica, se está creando una nueva alineación y una nueva confrontación de fuerzas que de hecho se relaciona y al mismo tiempo trasciende a la guerra fría. En esencia, se trata de una confrontación mundial entre quienes *tienen* y quienes *no tienen*, entre naciones ricas y naciones pobres.

Esto hace posible la reforma del mundo conocido y su desenlace bien puede decidir la forma y la sustancia del futuro previsible, no sólo en las zonas actuales de combate, que son inmensas y no bien delimitadas, sino en cualquier parte.

Surgen entonces las preguntas: ¿Qué es? ¿Qué podemos hacer de ella y con ella? ¿Cómo darle fin o cómo aprovecharla? ¿Es algo que podemos desechar a voluntad como si fuera un recurso de la política nacional o de conveniencia política?

La evidencia de los hechos, la mayoría de ellos concentrados en un período de veinte años o del llamado período poscolonial, es

en sí misma una definición que a su vez da respuesta a otras preguntas.

La guerra de guerrillas, con la amplitud que aquí la examinamos, es una guerra *revolucionaria*, que lanza al combate a la población civil, o a una parte considerable de ella, contra las fuerzas armadas del poder gubernamental legal o de facto.

Las circunstancias pueden variar. En un caso —Israel y Argelia sirven de ejemplos— el poder puede ser extraño, esto es, colonial, al que se opondrá virtualmente toda la población nativa, guiada por una vanguardia de militantes. En otros casos —Vietnam del Sur o Cuba, por ejemplo— el poder puede ser propio o, cuando menos, un gobierno nominalmente independiente, y la rebelión, iniciada por una facción política pequeña, desafiará la actividad política, la ideología o la legitimidad del régimen.

Otras veces la situación puede variar. La guerra del Vietcong es ideológica, con un fuerte apoyo de clase, y, al mismo tiempo, poderosamente nacionalista. Pese a que son comunistas quienes la dirigen, atrae no sólo a quienes ven en ella una guerra contra la pobreza y la explotación, sino también a quienes rechazan la corrupción de la casta gobernante. Esto capta los pensamientos de quienes ya no toleran por más tiempo la dictadura militar, y a las multitudes vietnamitas nacionalistas (*patriotas* es el término que usaríamos si nos refiriéramos a nosotros en circunstancias similares), quienes consideran el conflicto como una continuación de la prolongada lucha colonial contra Francia, sustituida hoy día por una nueva intervención extranjera: los norteamericanos, quienes apoyan y dirigen, en nombre de la libertad y de la democracia, a una serie de juntas militares sudvietnamitas.

Mientras en Vietnam del Sur la guerra tiene raíces ideológicas y nacionalistas, en Cuba no tuvo ninguna que fuera visible. Principió, más bien, como la protesta romántica de una facción muy pequeña, de dudosa orientación política —inciertamente “liberal”, vagamente socialista, teñida de anarquismo español—, contra la corrupción y la opresión de un estado policíaco. El odio de clase no saltaba a la vista. El nacionalismo no fue en verdad un factor determinante. El choque contra los intereses extranjeros y feudales, el antinorteamericanismo, el proletarismo militante y las consignas marxistas de la Revolución Cubana se desarrollaron más tarde. Más bien siguieron que condujeron a la caída de Batista.

En Marruecos (1952-1956), los nacionalistas del Istiqlal forjaron su causa en torno a la figura simbólica del sultán exiliado,

Mahomed Sidi Ben Yussef, y forzaron la abdicación del pretendiente y la disolución del protectorado francés. En Israel, poderosas exigencias religiosas y étnicas le dieron a la lucha por el hogar nacional de los judíos, un carácter de guerra santa. En una gran parte de África (Congo, Camerún, Angola), las rivalidades y las ambiciones tribales parece que jugaron un papel tan importante como el anticolonialismo.

Nacionalismo, justicia social, raza, religión; bajo todas estas "causas" abstractas y simbólicas, que han sido el lema exaltador de las revoluciones en las dos últimas décadas, se descubre un principio unificador, un motor común.

Es un *impulso* revolucionario, una irrupción de *voluntad* popular, que en verdad tiene muy poco que ver con las cuestiones de identidad nacional o étnica, autodeterminación, formas de gobierno y justicia social, consignas frecuentes en las rebeliones políticas. Incluso no es verdad que las privaciones económicas sean en sí el factor decisivo que tan ostensiblemente parece ser. Después de todo, la pobreza y la opresión son condiciones de vida del planeta que han sido soportadas por incontables generaciones sin exhalar un suspiro.

El *deseo de sublevarse*, tan extendido hoy día que casi llega a ser universal, parece ser algo más que una reacción ante las circunstancias políticas o las condiciones materiales. Parece expresar más bien un nuevo despertar de la conciencia, no las "causas", sino la *potencialidad*. Es una percepción que se extiende hacia las perspectivas de la existencia humana que, unida a un sentido creciente de la *causalidad* natural del universo, inspiran primero en las personalidades, después en las comunidades y en las naciones enteras, una *actitud completamente nueva hacia la vida*.

El resultado de esta súbita toma de conciencia, ocasiona en las llamadas regiones atrasadas del mundo el estallido de un deseo imperioso y generalizado de un cambio radical, fundándose en la nueva convicción, asombrosa por su simplicidad, de que las condiciones de vida, inmutables en apariencia, pueden, después de todo, ser cambiadas.

Las restricciones que antiguamente se aceptaban volviéronse de pronto intolerables. La perspectiva de un cambio inminente ofrece oportunidades que no se habían vislumbrado hasta ahora. Nace el *deseo de actuar*, y en todas partes hay personas que dicen: *¡Mira!, he aquí algo que se puede hacer, tener o ser, con sólo actuar. Entonces ¿qué esperamos? ¡Actuemos!*

De cualquier modo, esto expresa el estado de ánimo del rebelde moderno, del luchador guerrillero, cualesquiera que sean las consignas o causas que lo animan. Y su arma secreta, más allá de cualquier problema estratégico o táctico, o de la técnica de una guerra irregular, no es otra cosa que *la capacidad de despertar en otros ese estado de ánimo*. La derrota militar del enemigo, el derrocamiento del gobierno, son tareas derivadas, ya que vienen después. La tarea central de la guerrilla es lograr que la población se transforme en militante, ya que sin su consentimiento no hay gobierno que dure un día.

La guerrilla subvierte el orden existente, ya que propaga ideas revolucionarias; sus acciones confirman la doctrina a la vez que señalan las vías del cambio radical. Es evidente que sería un error considerarla fuera del almacén de la revolución. También ella se alimenta del ambiente político que hace posible la revolución, y la expresará en mayor medida al operar como un catalítico de la voluntad popular hacia ese cambio.

Lo dicho hasta ahora evitará dos grandes peligros, dos grandes campos de confusión, en los cuales parecen caer los especialistas de la contrainsurrección.

Uno de estos peligros es la *teoría de la conspiración*; ven a la revolución (por lo común deformada) como el producto de un proceso fecundado artificialmente y a los núcleos guerrilleros (el agente fertilizador, como quien dice) como formados por intrusos, conspiradores y robots políticos —en otras palabras, como extranjeros espirituales o de hecho— a quienes algo mantiene alejados de su medio social poniéndolos al servicio de aviesos y tenebrosos designios.

El otro peligro es *el sojismo de los métodos*, sostenido, por lo menos hasta hace muy poco, por la mayoría de los miembros del ejército norteamericano; la vieja idea de que la guerra de guerrillas era ante todo un asunto de tácticos y técnicos, que puede ser empleada por cualquiera que cuente con ellos, en casi cualquier situación de la guerra irregular.

La primera apreciación es a la vez ingenua y cínica. Es un *leitmotiv* de la retórica del liberalismo occidental que exige la democracia política (léase, elecciones multipartidistas) como si ella fuera el máximo bien; sin embargo, nunca ha demostrado confianza en las determinaciones populares. Se parte del supuesto de que las masas populares son tontas, muy ignorantes, inexpertas, incapaces de pensar por sí mismas o de contar con la voluntad y la habilidad

necesarias para emprender una guerra revolucionaria.

Por lo tanto, las revoluciones que realmente existen deben atribuirse a las maquinaciones de los intrusos. Y las guerrillas a los engaños o las mañas de los agentes de una potencia *extranjera* o, por lo menos, de una filosofía política *extraña*.¹

En un nivel más ingenuo aún, se da por sentado que la selección de la vía revolucionaria es una decisión en la que poco interviene el pueblo. Indudablemente que no, si la revolución de que se trata se diferencia de la tradición política y de los ideales queridos por los norteamericanos. Citamos a propósito al ex Presidente Eisenhower refiriéndose a la guerra en Vietnam del Sur:

Debemos decirle a ese pueblo (el sudvietnamita) lo que está sucediendo y cuán importante sería para ellos pasarse a nuestro lado. Así escogerían el camino de la victoria.²

¡Ay!; parece que la victoria que ellos desean alcanzar no es la del general Eisenhower.

La mayoría de los consejeros y expertos norteamericanos en política exterior de la nueva ciencia político-militar de la contrainsurrección (la teoría y la práctica de la contrarrevolución), resultan ser más cínicos que el propio general Eisenhower. Se manifiestan así cuando declaran que todas las revoluciones modernas son, o pueden llegar a ser, la lucha entre los dos "sistemas" mundiales (comunistas de un lado; norteamericanos y sus aliados, del otro), mientras que quienes participan directamente en ellas se convierten en simples peones manejados por un lado u otro.

Puesto que los Estados Unidos son, cada vez con más frecuencia en esta época, los intrusos en la mayoría de las revoluciones que recordamos (Vietnam, Cuba, Irán, Guatemala, Brasil, Congo y Venezuela, para mencionar sólo algunas), no debe sorprendernos que la mentalidad de la guerra fría nos lleve a ver en nuestros congéneres rusos o chinos a nuestros contrincantes en cualquier campo de batalla, y al serlo o suponer que lo son, asignarles el papel principal. Sin embargo, hacer tal cosa sería caer en una peculiar falta de lógica en la que parecería que nuestro poder de observación

¹ ¿Pero, qué quiere decir esta exótica palabra norteamericana, "alien" (extraño) para los vietnamitas, cubanos y congolese? ¿Podrá significar —¡qué espantosa idea!— norteamericano?

² En una convención política de los Republicanos en Filadelfia, demandando una "intensa campaña de propaganda" para crear una "clara unidad de criterio entre el pueblo sudvietnamita y los Estados Unidos". Tomado de *The New York Times*, del 16 de junio de 1964.

nos traicionara.

El siguiente pasaje, tomado de un artículo titulado, "En defensa del 'realismo' en el Sudoeste Asiático" de Roger Hilsman, antiguo ayudante del Secretario de Estado para los Asuntos del Lejano Oriente, es muy ilustrativo:

"Cualquier análisis sobre la situación del Vietnam del Sur —escribe Hilsman— es probable que deba partir del hecho de que no estamos encarando una guerra. El problema es más político que militar, al incluir actos de terrorismo en vez de batallas. En una población que suma 14 millones, los comunistas del Vietcong apenas llegan de 28,000 a 34,000 hombres de tropa en las guerrillas regulares, más alrededor de 60,000 a 80,000 auxiliares que no siempre combaten. *Sus acciones se parecen más a la guerra de los pandilleros de los años treinta o al terrorismo juvenil del Nueva York de nuestros días que a la guerra de Corea o a la Segunda Guerra Mundial. En realidad, el F.B.I. tiene más experiencia para tratar con este tipo de problemas que los servicios del ejército.*"

El artículo de Hilsman apareció en *The New York Times Magazine*, el 23 de agosto de 1964.

Tal vez salga sobrando la letra cursiva. Haciendo a un lado lo claramente absurdo de sus comparaciones —"terrorismo juvenil" ¡qué barbaridad!—, el análisis de Hilsman adolece de graves defectos de observación y de interpretación.

De una población que está más cerca de los 16 que de los 14 millones, el Vietcong contaba no sólo con 28,000 guerrilleros, etc. Tenía *tantos como* veintiocho mil, y la decisión tomada por el presidente Johnson a principios de 1965 de extender la guerra con bombardeos de castigo a los objetivos militares de Vietnam del Norte, demuestra con claridad meridiana cuán potente es esa fuerza.

A modo de comparación, digamos que las guerrillas de Fidel Castro, peleando en una isla cuya población era de cerca de siete millones de habitantes, en *ningún momento pasaron de los quinientos hombres armados*. Así, cuando en diciembre de 1958, se produjo la batalla decisiva de Santa Clara, que cortó a la isla en dos, la ciudad entera se vio envuelta en el conflicto, exceptuando la pequeña guarnición aislada. Y cuando Batista abandonó finalmente el país durante los últimos días del año, la población entera de Cuba, de hecho, reclamó para sí la victoria. Lejos de permanecer aislados o indiferentes, parecía como si todos hubieran sido rebeldes.

A propósito de la cuestión del apoyo popular al Vietcong, en Vietnam del Sur, el propio Hilsman admite: "... la gran mayoría del Vietcong se recluta en el Sur; los comestibles y la ropa se la brinda el Sur, y perciben 'impuestos' del Sur para importar otras provisiones a través de Camboya."

Sobre el mismo tema, Walter Lippman escribió en el *New York Herald Tribune*, en abril de 1964: "La verdad que se le ha ocultado al pueblo norteamericano, es que el gobierno de Saigón cuenta con la lealtad de no más del 30 por ciento aproximadamente de la población y domina (incluso durante el día) no más de una cuarta parte del territorio [nacional]".

No tiene discusión el hecho de que cuando un ejército vietnamita de cuatrocientos mil hombres, apoyado por dos divisiones de "consejeros" militares norteamericanos, un enorme conjunto de cazas, bombarderos de propulsión a chorro y helicópteros, así como transfusiones financieras del orden de casi dos millones de dólares diarios, no puede dominar una rebelión, lo que allí sucede es algo más que un tipo de "terrorismo juvenil". No obstante, en Washington persiste el error, alentado por las razones que examinaremos en los capítulos siguientes, de creer que la insurrección del Vietcong es el esfuerzo de una minoría fanática dirigida desde fuera del país.

¿Puede emplearse con éxito la táctica guerrillera contra las guerrillas? La respuesta es negativa. Suponer otra cosa es caer en el *sofisma de los métodos*. El hecho de quitarle el cuero cabelludo a un piel roja, no hace que un blanco se vuelva piel roja. Como no hace guerrillero a un marino de los Estados Unidos el ponerle un uniforme con manchones que simulan maleza.

La experiencia de la Segunda Guerra Mundial y de todas las guerras que se han sucedido desde entonces, ha demostrado que las unidades tipo comando no son guerrillas. No pueden considerarse guerrillas las llamadas fuerzas "contrainsurreccionales" que ahora se preparan en una escuela más sofisticada, aun cuando se aplican en ella algunas de las técnicas más obvias de la lucha de guerrillas: incursiones nocturnas, emboscadas, operaciones de reconocimiento lejos de la base de operaciones y otras cosas por el estilo.

Estas técnicas son tan viejas como la guerra misma. No es disparatado pensar que las usó el hombre de Cromañón, desde el momento en que tuvo que oponerse a los últimos hombres de Nean-

derthal; la emplearon también los aborígenes británicos contra los legionarios de César, y es la técnica que usan los salvajes de la selva colombiana y sin duda el puñado de cazadores de cabezas que sobreviven hasta la fecha en Nueva Guinea.

Cazar cabezas no es dedicarse a la guerra de guerrillas. La distinción es obvia. Cuando hablamos de la lucha guerrillera nos referimos a los *guerrilleros políticos*, civiles armados para quienes el rifle o el machete no es el arma principal, sino sus relaciones con la comunidad o la nación, en y por la cual pelean.

La insurrección o la guerra de guerrillas es el agente del cambio social o político de tipo radical; es la cabeza y el brazo derecho de la revolución. La contrainsurrección es una forma de la contrarrevolución, el proceso que se opone a la revolución. Son las dos caras de la medalla que no deben confundirse, como tampoco a sus agentes, a pesar de tener semejanzas superficiales.

Dado el carácter político de la lucha, la disparidad de medios a disposición de las dos fuerzas y, sobre todo, la completa oposición de fines estratégicos, no es posible que las tácticas fundamentales de la guerrilla sean válidas para el ejército que se les opone, y sólo puedan tener una validez sumamente limitada para los especialistas en la contrarrevolución, los oficiales de las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos, que tratan de imitarlas.

Las razones son muy claras.

Primero, la guerrilla tiene la iniciativa; es ella quien comienza la guerra y quien decide dónde y cuándo hay que atacar. Su contrincante militar está obligado a esperar y mientras espera tiene que estar en guardia en *todas partes*.

El ejército gubernamental, tanto en tiempo de paz como en la guerra, mantiene una posición *defensiva* a tono con su papel de policía, es decir, de guardián de la propiedad pública y privada.

La función del ejército es proteger las grandes propiedades: ciudades, pueblos, aldeas, tierras cultivadas, comunicaciones, comercio y, con frecuencia, cierta base de tipo industrial. Hay que tener en cuenta también la inversión puramente militar: guarniciones, avanzadas, líneas de abastecimiento, convoyes, aeropuertos, las mismas tropas y su dotación de armamentos, cuya captura es el objetivo táctico principal de la guerrilla porque le permite armar más contingentes. Por último, debe preservar y fortalecer el sistema político, sometido ya a varias presiones, desde que brota el foco insurreccional.

Todos estos aspectos referentes al régimen y a su ejército regular,

presentan un blanco muy vulnerable al enemigo que es tan huido e incorpóreo como el viento.

Porque, mientras el ejército sufre del embarazo de su abundancia, especialmente en armamentos muy costosos que resultan inútiles, la guerrilla goza de la libertad de su pobreza. No es dueña más que de la camisa y del rifle que lleva a la espalda y no defiende más que su existencia. No preserva territorios, ni tiene establecimientos militares costosos y molestos, ni tanques que perder en la batalla, ni guarniciones sujetas a cerco, ni buques de guerra vulnerables al ataque aéreo o aeroplanos propios que sean derribados, ni formaciones que sean bombardeadas, columnas motorizadas que sean sorprendidas o bases y depósitos que no se puedan abandonar en el lapso de una hora.

Puede emprender la retirada cuando no logra sostenerse y combatir con buenas probabilidades de triunfo, o dispersarse y esconderse cuando no tiene seguridad de movimientos. En caso extremo, siempre puede volver a diluirse en el seno de la población pacífica, ese mar donde, para usar la conocida metáfora de Mao Tse-tung, la guerrilla nada como un pez.

Es de todo punto evidente y debe quedar bien claro que la población es hoy la clave de toda la lucha. En efecto; aun cuando a los observadores occidentales les disgusta la idea, es la población la que hace posible el combate. La guerrilla, que es del pueblo en una forma en que los soldados gubernamentales no pueden serlo (si el régimen no fuera ajeno al pueblo ¿de dónde saldría la revolución?), pelea con el apoyo de la población civil no combatiente: ella la encubre, es su intendencia, su oficina de reclutamiento, su red de comunicaciones y los mil ojos de su eficiente servicio de información.

Sin el apoyo y la ayuda del pueblo la guerrilla sería un simple grupo de bandidos incapaz de sobrevivir. Si por el contrario la contrainsurrección pudiera contar con el mismo apoyo, la guerrilla no sería posible, pues no habría guerra ni revolución. La causa se habría evaporado; habría muerto —con motivo o sin él— el impulso popular necesario para alcanzar el cambio radical.

Aquí volvemos otra vez a la cuestión vital de *los fines* en que se basa necesariamente la estrategia y la táctica de ambos lados.

El luchador guerrillero es en esencia un propagandista, un agitador, un diseminador de ideas revolucionarias, que emplea la lucha en sí —el propio conflicto armado— como un instrumento de agitación. Su objetivo central es elevar el nivel de madurez revolu-

cionaria y, en consecuencia, la participación popular, hasta llegar a un punto en el cual la revolución se generalice por todo el país y las masas populares cumplan con su tarea final: destruir el orden existente y (con frecuencia, aunque no siempre) el ejército que lo defiende.

En contraste con ello, los objetivos contrarrevolucionarios son negativos y defensivos: restaurar el orden, proteger la propiedad, preservar con la fuerza de las armas, *allí donde ha fracasado ya la persuasión*, las formas y los intereses existentes. Sus medidas serán políticas si todavía poseen una utilidad persuasiva: promesa de reformas sociales y económicas, sobornos de un tipo más localizado, contrapropaganda de distinta índole. Pero fundamentalmente, la tarea principal de la contrainsurrección será preocuparse por *destruir la revolución, destruyendo sus promesas* o sea, demostrando militarmente que no puede ni debe triunfar.

Hacerlo implica derrotar completamente a la vanguardia revolucionaria y liquidar sus restos dondequiera que estén. La alternativa será desistir del esfuerzo militar a favor de una solución política, por ejemplo, la división de Vietnam después de la derrota de Dien Bien Fu, la solución de Argelia, etc. En otras palabras, compromiso o rendición incondicional.

De acuerdo con experiencias recientes, parece improbable la derrota militar de una auténtica guerrilla, salvo que se usen métodos semejantes al genocidio, empleado en algunos países ocupados por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

Los contrainsurgentes no pueden vencer imitando a los insurgentes, porque son los *extraños* dentro de la situación revolucionaria, debido a que sus tareas son justamente las opuestas a las de la guerrilla, incluso cuando las fuerzas están más o menos equilibradas. La simple subsistencia de la guerrilla ya es un triunfo político, pues anima y acrecienta la oposición popular al régimen. Esto le permitirá ya sea huir o esconderse. Los contrainsurgentes no obtienen ningún provecho huyendo y escondiéndose, ya que con eso lo ceden todo. El guerrillero puede confundirse con un pacífico campesino —como de hecho lo es— y propagar sin embargo su mensaje revolucionario. Si tratara de cumplir semejante papel, el contrainsurgente sería un mero espía que lograría apenas cumplir con su objetivo y no difundiría ningún mensaje. El guerrillero puede pegar y correr. Toda incursión triunfal le proporciona más armas y municiones y otorga mayor publicidad a su causa. El contrainsurgente no gana nada con esa táctica de Pielas Rojas, aun si

estuviera en condiciones de emplearla, pero no lo está. Sus acciones militares deben ser de rastreo continuo y de aumento en sus efectivos. Una de dos; limpia al país de guerrillas o no lo hace. Si no lo hace, está expuesto a seguir perdiendo.

La distinción hecha aquí entre guerra de guerrillas como una técnica político-militar y el *guerrillerismo* (bandillaje por un lado o la aplicación, por el otro, de las técnicas de la guerra irregular por organizaciones del ejército regular) no es tan arbitraria como a primera vista parece.

Ha habido insurrecciones populares a lo largo de toda la Historia. Pero casi siempre fracasaron o a lo sumo lograron únicamente una victoria fugaz, porque las técnicas que se emplean hoy no eran aplicables en la situación histórica de entonces. Esta es una manera sencilla de decir que, hasta ahora, las mayorías populares, los trabajadores, las masas no calificadas de las sociedades precapitalistas, tenían una influencia política y económica muy escasa.

Por ejemplo: los siervos de la Edad Media eran incapaces de oponerse al poder militar feudal, no sólo porque les faltaran armas y capacidad para usarlas, conciencia política y cohesión, sino también porque no conocían los medios para afectar el proceso económico y político de su época.

Desde el punto de vista económico estaban obligados a someterse porque vivían muy cerca de la indigencia para hacer otra cosa. Incluso eran incapaces de pensar en suspender el trabajo, su única base económica. Aislados en su brutalidad e ignorancia, estaban al margen de la vida política. Si padecían hambre o se rebelaban y eran aniquilados, *no había nadie a quien eso le importara*, ninguna clase económica y políticamente poderosa que se preocupara de eso en lo más mínimo.

Las revoluciones posteriores, desde el Renacimiento a la Revolución Rusa, incluyendo la mexicana (1910-1917) han tenido un carácter burgués o se han convertido rápidamente en un movimiento burgués, tras de un período populista inicial. *Liberté, Egalité, Fraternité* son palabras referidas tan sólo a la grande y pequeña burguesía francesa, después del breve interregno jacobino (significativamente, todos los historiadores burgueses abominan y temen el terror proletario), porque al final, sólo la burguesía tuvo la base necesaria —riqueza e instrumentos de producción— para asumir la dirección frente a la aristocracia de los terratenientes feudales. A pesar de que entonces hubo cierta inestabilidad de clases y un mayor caudal de consignas democráticas, los sin tierra,

las masas atrasadas, siguieron sometidos. Podían vivir ociosos y hasta morirse de hambre. Mucho mejor; ello reducía la mendicidad y el bandolerismo. Aislados, podrían ser destrozados *sin que a nadie le importase*.

La historia nos lleva al momento cuando (por una serie de razones, pero sobre todo porque el proceso de producción se hizo más complejo; por el carácter fragmentario, especializado, de engranaje, de la sociedad capitalista; por la importancia del trabajo disciplinado y la amplitud del mercado de consumo, propios de un sistema basado en las ganancias) las masas trabajadoras adquirieron ascendencia política. El nuevo puesto que ocupan en la sociedad capitalista —productor, distribuidor, consumidor— les proporcionó esa base. Si se niegan a trabajar, tiene lugar el colapso. Si dejan de comprar y de consumir, sucede algo semejante. Si son atacadas y se produce una matanza, el hecho tiene repercusiones mundiales que, en último análisis, responden a consideraciones económicas.

La sociedad moderna capitalista es inoperante y su gobierno está imposibilitado de gobernar sin la participación popular y el consenso del pueblo. Lo que es válido para los estados capitalistas lo es también, en menor medida, para los estados no industrializados y las colonias de las cuales dependen los primeros para abastecer de materia prima a su industria y que a menudo, son también mercados de exportación.

Los gobiernos modernos deben fingir que son populares, por razones económicas valederas. Están obligados a prestar una gran atención a los conceptos populares, como democracia y justicia, o serán sustituidos por aquellos regímenes que los tomen en cuenta. Los mismos gobiernos de los países industrializados dominantes, aún más que los dominados por ellos, están atados por este factor de la “imagen” doméstica. Deben recurrir a una retórica liberal y dar algo en función de sus compromisos sociales —escuelas, hospitales, un decoroso bienestar para todos, pero especialmente a los pobres más abandonados— si quieren conservar el poder y mantener tranquilo al pueblo ocupado en las tareas que producen las ganancias acostumbradas.

Esta circunstancia hace que estos gobiernos sean muy vulnerables a ese tipo de guerra —la guerra de guerrillas con sus armas psicológicas y económicas— que sus predecesores pudieron haber ignorado si en otros tiempos hubiera sido posible una guerra semejante.

Son vulnerables porque tienen que conservar a toda costa el ren-

diminución económica y obtener ganancias o proveerse de materiales y mercados, de los cuales dependen otras economías dominantes. En segundo lugar, son vulnerables porque están obligados a mantener cierta apariencia de normalidad; existe la posibilidad de crear una situación tan *comprometedora* que se vean obligados a renunciar. Y son mucho más vulnerables porque no pueden ser tan despiadados como exigen las circunstancias. No pueden aplastar abiertamente a la oposición que los perturba y hostiga. No basta ser activo, hay que ser, además, solícito.

Esas son debilidades modernas, que invitan a que se las aproveche en beneficio de algo moderno como la actual guerra de guerrillas. Las debilidades propias del estado moderno, democrático-burgués, capitalista (compartidas en parte por todos los regímenes modernos), hacen posible la guerra popular, con sus formas peculiares que, en definitiva, no pueden ser imitadas, salvo en sus formas más superficiales, por los ejércitos regulares.

La táctica de la guerra de guerrillas se diferencia radicalmente de la de los contrainsurgentes porque una y otra juegan un papel diferente. Son fuerzas distintas que hacen guerras distintas por objetivos disímiles. Los contrainsurgentes buscan una solución militar: arrasar a las guerrillas. Pero hay un impedimento político y económico que se lo estorba: no pueden acabar con la población, ni siquiera con un sector importante de ella. Por su parte, las guerrillas intentan desgastar militarmente a su contrincante, para lo cual emplean técnicas convenientes, aun cuando su objetivo principal es el político, es decir, alimentar y atizar el fuego de la revolución con su lucha, levantar contra el régimen a toda la población, desacreditarlo, aislarlo, poner en entredicho su solvencia, socavar su economía, agotar sus recursos y propiciar su descomposición.

Así, la lucha de los combatientes de la guerra de guerrillas, en suma, es política y social y sus medios, que son tan políticos como militares, tienen exactamente los mismos fines. Por eso debemos parafrasear a Clausewitz: *la guerra de guerrillas es la prolongación de la política por medio de un conflicto armado*. En cierto punto de su desarrollo se transforma en revolución: los dientes del dragón alcanzan la madurez.

Guerra de guerrillas = guerra revolucionaria: ampliar el campo de la política por medio de un conflicto armado.

Mientras esto no sea bien entendido por quienes están contra ella, no podrán saber nada más ni idear ninguna estrategia o táctica que sea buena para sofocarla.

Por el contrario, si quienes la dirigen lo entienden bien, difícilmente serán vencidos en cualquier circunstancia; porque la guerra ni siquiera se iniciaría hasta que no se dieran todas las condiciones del éxito.

Empezaremos ahora a examinar los mecanismos del proceso revolucionario llamado guerra de guerrillas.

II

La guerra de la pulga. Objetivos políticos y militares. Creación del "Clima de Colapso". Organización de las Fuerzas Rebeldes. La Guerra de guerrillas del Che Guevara: lo fundamental.

El enemigo avanza, nos retiramos; acampa, lo hostigamos; se cansa, lo atacamos; se retira, lo perseguimos.

De los escritos militares de Mao Tse-tung.

Lo dicho por Mao Tse-tung acerca de la táctica guerrillera es la clave del pensamiento comunista que se observa tanto en la diplomacia como en la guerra. Los consejeros soviéticos han aprendido muy bien la lección china y la aplican a gran número de problemas que no tienen nada que ver con la lucha de guerrillas. Berlín, después de la Segunda Guerra Mundial, es un primer ejemplo y el establecimiento de bases de cohetes soviéticos en Cuba, otro.

Y ¿por qué no? La política de agredir al enemigo cuando es débil, eludirlo cuando es fuerte, tomar la ofensiva cuando huye, sacarle la vuelta cuando avanza, no es otra cosa que sentido común. No hay en ello nada novedoso ni que pueda considerarse un aporte del marxismo-leninismo.

Lo nuevo —de lo cual Mao es el apóstol y la prolongada revolución china su primer campo de aplicación— es el empleo de las acciones guerrilleras de manera consciente y franca, para objetivos políticos precisos, no intentando ganar batallas inmediatas, sino probando tan sólo que los revolucionarios sobreviven.

Sin embargo, mucho más singular que lo realizado por los chinos, es lo hecho por los cubanos no comunistas, quienes nos han proporcionado el ejemplo más contundente de acciones militares con efectos políticos, en una guerra en la cual muy pocas de sus batallas merecen de los expertos militares otro nombre que el de escaramuza, incluyendo la que derrocó al gobierno de manera tan aplastante como si hubiera sido aniquilado en el campo de batalla.

La explicación, por su simplismo, confunde a los militares: la guerrilla que conoce su oficio y cuenta con el apoyo popular es invencible con los medios al alcance de la mayoría de los gobiernos.

Por otra parte, muy pocos son los gobiernos que pueden soportar la presión política, económica y psicológica de la guerra de guerrillas, no importa cuál sea su fuerza militar.

En general, toda guerra encierra el mismo problema básico: cómo emplear nuestra propia fuerza sacando partido de las debilidades del enemigo para vencerlo. En una guerra intestina la fuerza gubernamental la constituyen el poder de su ejército, su arsenal y la riqueza de recursos materiales. Sus debilidades son sociales, políticas y económicas, entendiéndose que la economía, aunque es un factor favorable, puede resultar débil desde varios puntos de vista y presentar un blanco de carácter militar y psicológico.

Las democracias constitucionales, como antes dije, son muy susceptibles a la subversión, que es el arma básica de la guerra revolucionaria. En la mayoría de estos países se pueden aprovechar las disensiones políticas y sociales que tienen su origen en la estratificación de la estructura de clase y en el sistema multipartidista. La Constitución es otro engorro que a veces se transforma en un obstáculo fatal.

Fulgencio Batista cayó no porque fuera un dictador, sino porque no pudo serlo en toda la extensión de la palabra en un país con instituciones democráticas —un país que dependía casi totalmente del favor de los Estados Unidos, con instituciones y tradiciones más o menos similares—, que le impidieron resolver las contradicciones que afrontaba. Estaba atado por acuerdos que no podía romper sin perder el apoyo extranjero. Y cuando empleó el contrterrorismo, o sea, el uso *ilegal* de la fuerza, creció la oposición interna. Sin embargo, le faltaron los medios eficaces para combatir el desorden y la subversión que amenazaban a su régimen. De igual manera, en Indochina los franceses fueron derrotados al final de cuentas, por las propias ideas e instituciones que ellos habían introducido. Franco, por el contrario, es muy probable que se mantenga en el poder porque ha sofocado con éxito toda idea de libertad política en España, mientras procura que haya bastante pan en las mesas para acallar a las mayorías.

Esto si hablamos de las dificultades legales, es decir, sociales y políticas. Desde el ángulo militar, un ejército regular, bajo cualquier régimen político, tiene desventajas relativas al tamaño y complejidad de la organización, así como por su papel defensivo: guardián de la riqueza y de todo el territorio nacional.

La guerrilla, por su parte, es fuerte porque no está sujeta a compromisos territoriales, por su movilidad y por sus nexos con un

pueblo descontento a quien sirve como vocero de sus peticiones; por ser la vanguardia armada de una protesta social militante, como dijo el *Che* Guevara.

Su debilidad es sólo —uso el término deliberadamente— una debilidad *militar*. Carece de armas, y con frecuencia de hombres, para arriesgarse a un enfrentamiento militar. En estas condiciones, es obvio lo que puede ser la táctica guerrillera.

Desde el punto de vista político, *debe* agudizar las divergencias políticas y sociales existentes y elevar el nivel de conciencia política y el espíritu revolucionario de las masas. Formará parte de sus designios, como una consecuencia natural de su acción, intensificar la represión política existente, así como crear una oposición profunda al régimen y precipitar el proceso de su descomposición.

Militarmente, su táctica puede ser definida así: desgaste del enemigo, desmoralizando las tropas gubernamentales y ocasionándoles las pérdidas más abundantes en fondos, material y fuerza humana con el fin de destruirlo. Al mismo tiempo, deberá esforzarse por estructurar su propia fuerza capturando armamento del gobierno y reclutando adeptos entre una población cada vez más a su lado, eludiendo choques frontales hasta el día —que llegará, tarde o temprano— en que se haya obtenido el equilibrio de fuerzas.

Un ejército parte desde posiciones de fuerza y busca las debilidades del enemigo para destruirlo. Por el contrario, se ha dicho en ocasiones, que la guerrilla opera desde posiciones de debilidad, pero esto es absurdo. En realidad, lo que hace es extraer provecho de sus propias fuerzas, que consisten en la extrema movilidad de un ejército ligero, sin preocupaciones territoriales o con armamento pesado, una fuente inagotable donde reclutar hombres y el hecho de que el *tiempo* —que es tanto un capital político como una fuente de dinero— trabaja en su favor.

Por analogía, decimos que la guerrilla actúa en combate como la pulga y que su enemigo militar tiene las desventajas del perro: demasiado que defender; un enemigo excesivamente pequeño, ágil, con el don de la ubicuidad y que no se deja capturar. Si la guerra se prolonga lo suficiente —esto es en teoría— el perro cede al agotamiento y la anemia, sin que sus dientes den con nada o sus patas logren algo eficaz al espulgarse.

Quizás lo hemos simplificado demasiado a causa de la analogía. En realidad, el perro no se muere de anemia. Sólo se debilita mucho —militarmente se sobreexcede; políticamente, se hace muy impopular; económicamente, se vuelve demasiado costoso— para

defenderse. En este momento, la pulga, que se ha multiplicado hasta convertirse en una verdadera plaga de pulgas debido a una serie de pequeñas victorias, en la que cada cual chupa su gota de sangre y captura su lote de armas para nuevos guerrilleros— concentra sus efectivos para asestar una serie decisiva de fuertes golpes.

El tiempo opera a favor de la guerrilla tanto en el campo de batalla —donde el enemigo gasta diariamente una fortuna persiguiéndola— como en la escena político-económica.

Casi todos los gobiernos modernos saben muy bien lo que en el periodismo quiere decir “opinión mundial”. Por razones obvias, la mayoría de carácter económico, no les conviene ser condenados en las Naciones Unidas, ni les agrada recibir la visita de la Comisión de Derechos Humanos o del Comité de Libertad de Prensa; la necesidad de inversiones extranjeras, de préstamos al extranjero, de mercados extranjeros, de buenas relaciones comerciales y otras cosas por el estilo, exige de ellos que sean miembros en más o menos buenas relaciones con una amplia comunidad de intereses. También sucede a veces que son miembros de alianzas militares. Por lo tanto, deben presentar cierta apariencia de estabilidad, con el fin de asegurar a los otros miembros de la comunidad o de la alianza el cumplimiento de los contratos, el respeto a los tratados, la devolución de los préstamos con intereses, y la seguridad de las inversiones, que seguirán produciendo ganancias.

Una guerra civil prolongada amenaza todo esto, porque no habrá inversionista que se atreva a situar su dinero donde no hay seguridad ni posibilidades de obtener ganancias, ni los bancos prestarán donde no hay garantías, ni a los aliados les gusta tratar con un gobierno que está desahuciado.

De aquí se infiere que la misión de las guerrillas y de su organización política clandestina en las ciudades, es destruir la imagen de un gobierno estable y, en consecuencia, bloquear su crédito, secar sus fuentes de aprovisionamiento y crear disensiones entre la atemorizada clase de los propietarios, entre la burocracia (cuya paga se ve limitada) y dentro del propio ejército.

El primer paso es el comienzo de la insurrección, golpe sangriento que entraña un grave desprestigio para el régimen. Al sobrevivir la guerrilla el proceso continúa, demostrando así la impotencia del ejército. Al ampliarse el apoyo a la guerrilla, y esto sucede automáticamente en cuanto se revelan las debilidades del gobierno, se presentan los problemas políticos en forma de peticiones, manifestaciones, huelgas, después seguirán acontecimientos más serios: sa-

botajes, terror, propagación de la insurrección.

En tal circunstancia, el gobierno tiene que ser realmente excepcional para no recurrir a las medidas represivas: toque de queda, suspensión de garantías, supresión de la libertad de reunión; actos ilegales que sólo hacen más profunda la oposición popular y crean un círculo vicioso de la rebelión a la represión, hasta que el proceso mina la economía; el edificio social se ha agrietado entonces hasta el punto de no poderse reconstruir y el régimen se tambalea al borde del colapso.

Al final, la cuestión será si el gobierno cae antes de ser batido militarmente o si la destrucción militar permite la deposición definitiva del régimen político. Ambos procesos se complementan. La disolución social y política desangran al ejército y la acción prolongada y variada en el campo de batalla contribuye al proceso de disolución política y social hasta llegar a lo que yo he definido como "el clima de colapso".

Este es el gran objetivo estratégico de la guerrilla: crear "el clima de colapso", que debe ser considerado como la clave de todo lo que hace.

Téngase presente que en ningún momento he pensado que la serie de hechos descritos pueden ponerse en marcha en todas partes, en cualquier tiempo, por cualquier circunstancia, olvidando las condiciones objetivas y subjetivas. Las insurrecciones pueden provocarse e incitarse, o incluso aparecer espontáneamente, como expresión de injusticias o de aspiraciones frustradas o por otra serie de factores: fanatismo religioso, venganzas sangrientas, histeria colectiva provocada por cualquier cosa, desde un encuentro deportivo hasta una violación en Mississippi, que provocan una anarquía momentánea y sangrienta. La guerra de guerrillas no es una consecuencia necesaria de esto. La insurrección es un fenómeno y la revolución un proceso, que no surgen mientras no estén dadas las condiciones históricas.

Puesto que la guerrilla es, de acuerdo con nuestra definición, un proceso revolucionario, sólo puede surgir si existe una situación revolucionaria. Por esta razón estoy de acuerdo con el *Che Guevara* cuando escribe en su *Guerra de guerrillas*:

Naturalmente, cuando se habla de las condiciones para la revolución no se puede pensar que todas ellas se vayan a crear por

el impulso dado a las mismas por el foco guerrillero. Hay que considerar siempre que existe un mínimo de necesidades que hagan factible el establecimiento y consolidación del primer foco. Es decir, es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por las reivindicaciones sociales dentro del plano de la contienda cívica. Precisamente, la paz es rota por las fuerzas opresoras que se mantienen en el poder contra el derecho establecido.

En estas condiciones, el descontento popular va tomando formas y proyecciones cada vez más afirmativas y un estado de resistencia que cristaliza en un momento dado en el brote de lucha provocado inicialmente por la actitud de las autoridades. Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producirse por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica.

Hemos definido a la guerrilla como una extensión de la política por medio de un conflicto armado. De aquí que la extensión, lógicamente, no será posible mientras no se pruebe que todas las soluciones pacíficas aceptables —llamamientos, acciones legislativas y judiciales, el resultado de las urnas electorales— son ineficaces. De otro modo no habría forma de atraerse el apoyo popular, esencial para las actividades revolucionarias.

Si el pueblo está dispuesto a afrontar los riesgos de organizarse para la lucha violenta debe ser, primero, porque está convencido de que no le queda otra alternativa; segundo, porque las condiciones se lo imponen; tercero, porque hay probabilidades de éxito. El último es, tal vez, el motivo más poderoso.

Cuando la causa es evidentemente justa; cuando la situación se hace intolerable y cuando la opresión llega a su límite, el camino de la acción queda abierto.

Y aun entonces, es necesario realizar un gran trabajo previo de preparación antes de que pueda surgir la guerrilla.

Las experiencias de Argelia, Cuba y otros países donde la revolución ha tenido éxito, indican que en la mayoría de los casos, las guerrillas precisan del apoyo activo de organizaciones políticas distintas a la organización de la guerrilla, pero entregadas a la misma causa; o sea, la mano urbana del movimiento revolucionario que le brinda la ayuda tanto legal como ilegal: desde colocar bom-

bas hasta defender acusados en los tribunales (suponiendo que existieran).

El aislamiento, militar y político, es el gran enemigo de las guerrillas. Impedirlo es la tarea de la organización urbana, que para ello debe realizar, como es necesario, tareas de diversión, de provocación y de información para que el mundo conozca los progresos de la guerrilla, incluso cuando no hay nada sobre qué informar.

Habitualmente, la organización política revolucionaria consta de dos partes: una clandestina e ilegal, la otra visible y casi legal.

Por un lado están los activistas —saboteadores, terroristas, traficantes de armas, fabricantes de bombas caseras, impresores clandestinos, distribuidores de folletos políticos y correos encargados de llevar mensajes de un sector a otro de la guerrilla, para lo cual usan los pueblos como centros de contacto. Por el otro están los simpatizantes y “compañeros de viaje”, quienes en realidad no trabajan clandestinamente, sino legalmente la mayor parte del tiempo, apoyando la lucha de los activistas que cumplen tareas más importantes. La organización pública deberá tener, por supuesto, nexos invisibles con la organización revolucionaria clandestina y, a través de ella, con las guerrillas en la montaña. Su verdadero trabajo consiste en organizar una fachada respetable para la revolución, un frente civil o de “resistencia cívica”, como dicen los cubanos, constituido por intelectuales, comerciantes, oficinistas, estudiantes, profesionales y adeptos —sobre todo, mujeres— capaces de obtener fondos, hacer circular llamamientos, organizar boicots, organizar manifestaciones públicas, informar a periodistas amigos, esparcir rumores y toda forma de propaganda masiva orientada hacia dos objetivos: la consolidación y la exaltación de la “imagen” del rebelde y el descrédito del régimen.

Por el contrario, la estrategia rebelde debe ser:

1] Atacar sólo cuando está segura de tener éxito por la abrumadora superioridad de la potencia de fuego, por la ventaja de su situación en el terreno y el empleo del elemento sorpresa, y únicamente fijándose objetivos limitados, como la captura de armas, acciones de diversión o ruptura de un cerco.

2] Utilizar la campaña como un instrumento de educación y un arma de propaganda, que revele la impotencia del enemigo y demuestre que puede ser desafiado impunemente; para hacer proselitismo entre la población rural identificándose con sus reivindicaciones y aspiraciones y cargando el peso y la culpa de las matanzas a las represiones del gobierno, para que así aparezca como un verdadero agresor en la campaña antiguerrillera.

Al principio sólo son posibles acciones reducidas en sectores aislados. Más tarde, a medida que las guerrillas se fortalecen, dividirán sus fuerzas para llevar el mensaje revolucionario a nuevas zonas y para hostigar al ejército en una escala más amplia, obligándolo a ampliar su línea de manera que debilite su defensa; de esa manera las unidades contrarias más pequeñas pueden ser aniquiladas fácilmente.

Durante toda la campaña hasta la etapa final, la estrategia rebelde no tomará ninguna decisión militar, hasta que no se haya alcanzado un equilibrio de fuerzas y se pueda enfrentar en el campo de batalla al ejército gubernamental con plena seguridad de éxito.

De primera intención basta con el desafío. La existencia de la insurrección por sí misma es ya un descrédito para el gobierno y por lo tanto un prestigio para la causa rebelde. Lo difícil será lograr capital político a base de una insurrección hecha, inicialmente, sólo de pequeñas acciones. Así como la vida del régimen depende de sus manifestaciones de estabilidad y progreso, así también la de los dirigentes rebeldes depende de sus acciones como medios que confirman su oposición y captan el apoyo popular.

Las guerrillas han asestado su golpe inicial. En cuanto la persecución activa termina, tiene que volver a golpear a la vanguardia de la fuerza expedicionaria o sus avanzadas, a una columna de refuerzo o a un depósito donde se puedan conseguir armas.

Si la organización clandestina en las ciudades está en condiciones de hacerlo, tendrán lugar actos de terrorismo o de sabotaje a las industrias, lo cual agudizará la crisis. Si se producen represiones

sangrientas por parte de las autoridades, estas atrocidades recibirán una amplia publicidad. Si hay mártires, se les harán exequias solemnes, seguidas de protestas de las madres de los asesinados y de un clamor popular de indignación. Lo ideal sería una huelga general, con lo cual se desatará una nueva represión, toque de queda, palizas y detenciones, que producen nuevos odios del pueblo contra el régimen, origen de probables nuevos mártires y de nuevos acontecimientos.

En cuanto aparece claro que el gobierno no puede mantener por más tiempo el orden y no es capaz de suprimir la insurrección, la corriente revolucionaria crece y se amplía. Los estudiantes engrosan las filas de la clandestinidad; la clase obrera y los miembros de la clase media liberal —amas de casa, empleados de oficina, las facciones políticas de oposición, la burguesía nacional, idealistas de todo tipo y los descontentos de todas las clases sociales— se suman a la protesta popular en contra de la persecución y la pérdida de las libertades ciudadanas. Los miembros de las organizaciones clandestinas que están acorralados huyen al campo a unirse a las guerrillas, y los campesinos que han sido víctimas de la campaña militar, ya por razones fortuitas o porque se les ha juzgado sospechosos de colaborar con los rebeldes, también engrosan la fuerza insurgente.

Ésta, a medida que crece, tiene posibilidades de operar en un territorio más vasto; y algo más importante: adquiere capacidad para establecer bases guerrilleras en zonas situadas fuera del dominio militar. Con el establecimiento de tales bases se hace factible un gobierno y una economía guerrilleros, capaz de mantener la lucha guerrillera sin tener que depender de correrías y suministros contrabandeados en las ciudades.

En una fase posterior, al extenderse el terreno de operaciones, se mantiene una presión continua contra las fuerzas gubernamentales dentro de su propia zona de dominio, hasta que la guerrilla domina u opera libremente en la mayor parte del territorio rural de una región entera. Así, aparte de algunas incursiones que con el tiempo se hacen más pequeñas y peligrosas, el ejército se mantendrá inmóvil en sus puntos fortificados de la ciudad.

En este momento, el conflicto adquiere la apariencia de una guerra civil entre entidades territoriales de una misma nación, cada una con su economía y gobierno propios. Habrá, no obstante, diferencias importantes: 1] el territorio de la guerrilla será rural y con una economía agrícola y primitiva; en cambio, la economía del enemigo será industrial —continuamente expuesta a ser blanco

del sabotaje— y un territorio de zonas urbanas decreciente; 2] el gobierno legítimo estará expuesto a todas las penalidades y presiones políticas, diplomáticas y económicas de un régimen que se enfrenta a una insurrección abierta que no puede reprimir, mientras que los rebeldes sólo obtendrán prestigio y simpatía popular por el éxito de la insurrección.

Nos hemos ocupado de las características del desarrollo de una situación revolucionaria, desde el inicio de la insurrección hasta el momento en que se logra un cierto equilibrio de fuerzas. La cuestión que subsiste es *qué tipo* de decisión hay que tomar: política o militar.

En los países más pequeños, con una economía semicolonial y en cierto sentido con un gobierno que depende de un vecino más rico y poderoso (Cuba es el prototipo revolucionario), me inclino a creer que la decisión política, la más fácil y menos costosa de las alternativas, es siempre la indicada, salvo el caso de intervención.

La revolución cubana brinda un ejemplo excelente del proceso que hemos analizado en hipótesis. Los hechos se desarrollaron más o menos como antes he descrito.

En diciembre de 1956, desembarcó Fidel Castro seguido de ochenta y un compañeros armados, de un pequeño yate de motor que hacía agua, en una costa solitaria de la provincia de Oriente, la más oriental de Cuba; su punto de partida era México. Al cabo de un mes, la fuerza se redujo exactamente a una docena de hombres, ya que la mayoría de sus componentes fueron muertos o capturados en una emboscada del ejército antes de que pudieran alcanzar las montañas.

Durante los seis meses siguientes las actividades militares de Castro fueron muy reducidas. Consistieron en pequeñas incursiones a puestos militares aislados (si bien en la primera capturaron suficientes armas como para duplicar su fuerza, cuando lograron nuevos reclutas), ingenios azucareros y las aldeas situadas al pie de la Sierra Maestra. Cuando por primera vez conocí a Castro en la Sierra, en abril de 1957, quizás tendría unos cien hombres. La mitad había llegado hacía sólo dos semanas de Santiago, la capital de la provincia, donde habían constituido el grueso de su resistencia urbana.

La única gran acción de los fidelistas durante todo este período, fue el ataque del 28 de mayo de 1957 contra el pequeño destaca-

mento militar de Ubero, defendido por unos setenta soldados. Las pérdidas de los rebeldes llegaron a ocho muertos; treinta fueron las de los militares. Durante el primer año tuvieron lugar otras acciones del mismo tipo, o más limitadas, y en ningún momento durante todo el período insurreccional se dieron batallas que incluyeran a más de un centenar de hombres de cada lado. En casi todos los casos de ataques no provocados, donde no hubo un movimiento previo del ejército de Batista, el objetivo rebelde fue capturar armas con las cuales alistar más guerrillas.

La escala de las acciones era en miniatura; sin embargo, las victorias propagandísticas se dieron muy pronto y alcanzaron dimensiones internacionales. Una cosa siguió a la otra. Los reportajes del corresponsal de *The New York Times*, Herbert Matthews, hicieron familiar el nombre de Fidel Castro en los Estados Unidos; la publicidad subsiguiente lo lanzó al mundo.

Los resultados, al nivel político y económico, fueron efectuar un embargo de armas de procedencia norteamericana contra el gobierno de Fulgencio Batista, desalentando las inversiones y restringiendo el crédito en tal medida que le infligió un daño severo al régimen y originó, gradualmente, la bancarrota moral dentro de la administración, que se extendió al ejército volviéndolo prácticamente impotente mucho antes de que la mayoría de las tropas escucharan un disparo de fusil.

El régimen de Batista resultó fatalmente corrupto e incapaz. Cuando cayó, parecía, al menos superficialmente, que había caído por su propio peso y debilidades. A los periodistas extranjeros encargados de la información les era difícil creer que el puñado de barbudos de Castro tuviera algo que ver con eso, como no fuera por la propaganda.

Al principio, Batista desdeñó lo que parecía ser una pequeña banda de políticos aventureros, casi aislados en la remota Sierra Maestra. Después de los primeros ataques infructuosos para arrojar de las montañas a las guerrillas, se inclinó a descartar el peligro y a cederle a Castro, por abandono, un territorio tan lejano, inaccesible, poco poblado e improductivo como para que valiera la pena molestarse por él. Ya habían existido bandidos en la Sierra que pasaron desapercibidos y no dieron gran molestia. Batista consideraba sin duda que la publicidad se apagaría pronto y que a su debido tiempo los aventureros abandonarían su santuario por inanición o que, cansados de una campaña estéril, renunciarían a ella.

Más tarde se dio cuenta de que había subestimado burdamente el peligro y empezó a ver rebeldes en todas partes, incluso donde no los había.

Con una base segura en la montaña, a Castro le fue posible reclutar una fuerza irregular potente y hacer que pareciera muchas veces más fuerte de lo que realmente era. Patrullas guerrilleras de gran movilidad, algunas veces de sólo media docena de hombres, se las ingeniaban para estar en todas partes. Ninguna patrulla del ejército estaba realmente segura en la montaña; no lo estaban las avanzadas, las plantaciones de caña o las aldeas de las laderas o a una distancia incluida en su radio de acción.

Cuando Castro proclamó solemnemente la “guerra total” en marzo de 1958, y anunció que las “columnas” se moverían rápidamente al norte, este y oeste, hacia objetivos claves por todas partes de la isla, el ejército reaccionó como ante una invasión. No le fue posible saber que las “columnas” no pasaban de unos doscientos hombres en total, o que el llamado “Segundo Frente”, proclamado por esa época, abierto al norte de Oriente con una fuerza no mayor de sesenta y cinco guerrilleros, tenía como arma más pesada un rifle Browning automático calibre 30.

Cuando se inició el ataque guerrillero, Batista envió cinco mil soldados a la Sierra Maestra para cercar la zona y suprimir las guerrillas.

La Sierra se extiende a lo largo de más de 160 km. de este a oeste y tiene una anchura de 24 a 37 km. La simple aritmética demuestra lo difícil que resultó para el ejército la tarea encomendada en un terreno no hollado, de escarpadas montañas y espesos bosques. Hubiera sido imposible incluso para un ejército con el doble de efectivos.

Se emplearon aviones contra las guerrillas, pero como Castro observó, lo espeso y húmedo de los bosques amortiguaba el efecto de las bombas de alta potencia y de napalm reduciéndolo a un límite de veinte a cuarenta metros.

El peligro hubiese sido mínimo aun cuando los bombarderos hubieran conocido la ubicación de la guerrilla, o si sus lanzamientos hubieran sido más exactos; mas ninguna de esas dos circunstancias llegó a presentarse. Los aviones sólo causaron daños a los bohíos de palma de los montañeses que vivían en los claros cultivados.

La Sierra pronto llegó a ser el primer *territorio libre* de la revolución y el primer año, las guerrillas libremente organizadas, lo consagraron a crear una economía de retaguardia —tallercitos para

la fabricación de uniformes y equipo, para fabricar bombas caseras y para reparar armas, para conservar alimentos, etc.— y a hacer proselitismo entre los habitantes de la zona.

Se convirtió en acciones habituales el hostigamiento a los distritos lejanos y la intercepción de las patrullas del ejército. Esto fue relativamente fácil debido a la superioridad de la información militar de las guerrillas, gracias a la cooperación de los guajiros. Rara vez logró acercarse una patrulla del ejército, aunque sólo fuera unos cuantos kilómetros hacia las fuerzas fidelistas, sin que las guerrillas estuvieran advertidas.

Uno de los primeros actos de Castro al llegar a la Sierra fue la ejecución de dos bandidos acusados de violación y asesinato, instauración dramática del gobierno revolucionario con un código que debía ser visto como una fuerza estable en una zona largo tiempo ignorada por el gobierno de La Habana.

El siguiente paso, importante para ganar partidarios políticos y reclutas militares, fue la promulgación de la ley de Reforma Agraria, que otorgó títulos de propiedad a cientos de pequeños arrendatarios, aparceros y ocupantes ilegales de tierras, a quienes se dijo que ahora serían dueños de los campos que labraban.

Tácticas semejantes se siguieron en las ricas tierras altas cafetaleras, más densamente pobladas, del llamado Segundo Frente "Frank País", abierto por Raúl Castro. Se impuso un código, se cobraron impuestos y a cambio de esto se confirieron ciertos beneficios —hospitales, escuelas—. Las provisiones tomadas se pagaban escrupulosamente en efectivo. A las aldeas se les dio un tratamiento semejante al dado por cualquier otro gobierno, a excepción de una adoctrinación política más intensa, una mayor adhesión e identidad con los fines de la revolución. Se eliminaron con facilidad las pocas guarniciones rurales y, dado que cada guarnición estaba integrada por unos cuantos defensores, no constituyeron ningún obstáculo para un "ejército" tan pequeño como el de Raúl Castro, con sus sesenta y cinco miembros, que se podían concentrar de una sola vez en un objetivo único.

Las columnas del ejército enviadas a la zona eran acosadas cuando penetraban y después, luego de una corta resistencia, se les dejaba pasar. Cuando regresaban eran acosadas nuevamente en otros puntos, y de nuevo se les permitía el paso.

Si las guerrillas eran perseguidas, sólo tenían que esconderse o dispersarse en los montes cubiertos de bosque y se reagrupaban en cualquier otra parte. Cuando el lugar era despejado, volvían a las

aldeas. Después de algunas semanas de este ejercicio inútil, el ejército dejó de enviar patrullas y se conformó con reforzar las guarniciones de los pueblos que lindaban con el territorio libre. Pero a medida que crecía la fuerza rebelde por el reclutamiento en la zona y era más próspera su economía, esas guarniciones también se volvieron peligrosas y tuvieron que reducirse en número por razones de seguridad.

No era beneficioso para el gobierno, tanto desde el punto de vista económico como desde el correspondiente al aspecto humano de la fuerza militar, intentar el dominio permanente de docenas de aldeas y haciendas y patrullar una zona de muchos kilómetros cuadrados de extensión; por eso cesaron las incursiones militares y las aldeas se dejaron en manos de los rebeldes, quedándose el ejército con los pueblos más grandes y con la defensa de la inquieta capital de provincia. De esta manera se amplió considerablemente el territorio liberado. En la zona limítrofe que se extendía entre ambas fuerzas, se creó una tierra de nadie, visitada tanto por los rebeldes como por las tropas de Batista, pero no ocupada por ninguno de ellos. Lentamente, fragmentos de esta franja neutral fueron dominados también por los rebeldes, y al carecer de importancia pelear por ellos, la zona libre siguió creciendo.

En un plazo de tres meses, el ejército se declaró incapaz de proteger las grandes minas norteamericanas de níquel y de cobalto en la costa septentrional de la provincia de Oriente, excepto a la luz del día. Por razones de conveniencia política se les permitió que continuaran operando, pero los rebeldes se servían, cuando les hacía falta, del transporte motorizado —varias docenas de jeeps y camiones de las minas— y del equipo removedor de tierra para construir nuevos caminos y mejorar los ya existentes.

Hasta situaron una guarnición rebelde a pocos metros de la entrada de la gran base naval de Estados Unidos en la bahía de Guantánamo. Cuando se descubrió que los norteamericanos suministraron en una ocasión gasolina a la aviación militar de Batista y en otra abastecieron de cohetes a su Fuerza Aérea —antes de que Estados Unidos declarara el embargo— las guerrillas de Raúl Castro secuestraron de inmediato a más de cincuenta marinos y soldados de infantería de marina, junto con el autobús en que iban, y al mismo tiempo tomaron como rehenes a docena y media de ejecutivos e ingenieros del personal de la mina y de una estación experimental de la United Fruit Company.

El desconcierto de Batista fue muy grande. Esto mostraba en

forma evidente a gran parte del mundo las proporciones de la campaña guerrillera en la remota provincia de Oriente, y también que el dictador no ejercía ya ningún dominio en una parte considerable de su país.

Era incluso una lección política muy fuerte el hecho de que un centenar de guerrilleros cubanos pudieran desafiar a los poderosos Estados Unidos. Esto, naturalmente, hizo que aumentara la presión sobre Batista para que "hiciera algo". En tales circunstancias es difícil imaginar lo que hubiera podido hacer, como no fuera exterminar a su propio pueblo y quemar las aldeas: estaba perdido. La ejecución posterior —en los días críticos de los últimos meses— de unos cuantos comandantes del ejército en el campo de batalla, acusados de criminales de guerra, dio origen a una especie de campaña de tierra quemada, pero ya era demasiado tarde.

Los rebeldes habían organizado una fuerza considerable y una economía prometedoras en puntos seguros de la retaguardia. En la parte septentrional de la provincia de Oriente dominaban por completo la producción nacional del café, con un valor de sesenta millones de dólares; puesto que el gobierno lo necesitaba y no tenía otra manera de conseguirlo, se permitió su acceso al mercado, convenientemente gravado por las guerrillas.

También se vendieron al mercado otros productos agrícolas. Además de las rentas que esto trajo, le proporcionó a las guerrillas, por trueque, productos que no podían conseguir en el territorio libre que ellos controlaban. El gobierno necesitaba el café para garantizar su propia economía y atravesaba una situación en la que debía mantener cierta apariencia de normalidad, simulando que los negocios seguían como siempre (la venalidad tuvo su parte) y a esto se debió que permitiera el comercio que alimentaba la rebelión.

La acción guerrillera prosiguió lenta y esporádica, en pequeña escala, a menudo sirviendo sólo como distracción, mientras que los rebeldes continuaban afianzándose en las zonas liberadas, aun cuando con objetivos siempre determinados: la extensión gradual del territorio libre, la captura de armas, la preparación de nuevos grupos guerrilleros.

Un proceso semejante, en menor escala, ocurría en el centro de la isla, en las montañas del Escambray de la provincia de Las Villas. A finales del verano de 1958, dos columnas procedentes de la Sierra

Maestra, que habían tomado parte en la derrota y captura de un regimiento expedicionario enviado a las montañas en junio, abandonaron la Sierra para unirse a los rebeldes del Escambray, donde llegaron en los primeros días de septiembre.

La campaña se intensificó gradualmente en ambos frentes. Las patrullas guerrilleras empezaron a interceptar los principales caminos y carreteras nacionales y a destruir los puentes del ferrocarril; prácticamente se paralizó el tráfico, fuera del movimiento de los grandes convoyes militares; después, también éstos se vieron expuestos al mismo peligro.

Las que habían sido sólo unas pequeñas bandas de guerrilleros se transformaron en un enjambre. El sabotaje y el terrorismo se extendió a las ciudades. En ocasiones, las patrullas rebeldes que utilizaban jeeps, llegaban audazmente al interior de las ciudades e inspeccionaban las zonas suburbanas. Fueron aislados los pueblecitos situados a lo largo de la carretera nacional y sometidas sus pequeñas guarniciones. Santiago quedó aislado. En el centro de la isla, se hizo descarrilar un tren blindado que llevaba tropas para defender la ciudad de Santa Clara, y fueron hechos prisioneros los militares que llevaba junto con un enorme cargamento de armas, suficiente para equipar a todos los jóvenes voluntarios de la ciudad.

Las desmoralizadas huestes de Batista, forzadas primero a permanecer en las ciudades y después en sus cuarteles fortificados, no lograban ninguna ventaja militar si se atrevían a salir, ya que las guerrillas no se les enfrentaban en combate a menos que todas las ventajas estuvieran a su favor. Por otra parte, las tropas se hallaban expuestas a las emboscadas, a la captura o a la muerte dondequiera que fueran, a menos que llegara una compañía o hasta incluso un batallón. Poco a poco, perdida la unidad de mando y destruidas las comunicaciones, se vieron expuestas a ser hechas prisioneras. Cuando llegó la hora decisiva, la mayoría de las unidades estaba a la defensiva dentro de sus propios cuarteles fortificados, sin dominar siquiera ni las ciudades que teóricamente debían defender.

Mientras tanto, el Estado Mayor del ejército y el gobierno eran presa de una crisis de nervios; desconfiaban unos de otros, prestos a venderse o escapar a la primera muestra de hundimiento del régimen. La pérdida de confianza en Batista fue de tales dimensiones que el embajador de los todopoderosos Estados Unidos, de quien dependía la economía cubana y su gobierno, un verdadero títere en la práctica, negociaba con los políticos de la oposición un arreglo más conservador para sustituir a Batista cuando éste aban-

donó precipitadamente el país junto con sus generales y los miembros más importantes de su gobierno.

Pero resumir la revolución Cubana como se ha hecho, es subestimar la parte que le tocó jugar a la organización clandestina urbana y al movimiento cívico de resistencia, cuya contribución fue muy grande en huelgas, manifestaciones, sabotaje y trabajo de propaganda, todo lo cual minó la moral del gobierno y destruyó su prestigio, sin lo cual no le era posible dirigir la economía ni existir siquiera.

Sin embargo, en último término, lo decisivo fue la acción de las guerrillas, que hicieron una guerra de desgaste que royó lentamente las zonas rurales, expandió gradualmente el territorio liberado y creó una fuerza militar gracias a la captura de armas, al tiempo que confinaba al ejército a sus cuarteles.

En realidad, todas las armas con que se equiparon unos quinientos combatientes, salvo unos cuantos centenares de armas menores contrabandeadas de Estados Unidos, fueron tomadas a las tropas de Batista, docena a docena, o cuando mucho un centenar de una sola vez. La caída de Santiago de Cuba, la capital de Oriente, puso en manos de los rebeldes tanques y artillería. La rendición posterior de Las Villas les dio medios para enfrentarse a cualquier regimiento rezagado del ejército que estuviera en condiciones de combatir.

Para esa fecha, Batista había huido; una huelga general entregó La Habana a los rebeldes; la fortaleza principal, el Campo Columbia, se había rendido en las afueras de la capital sin disparar un solo tiro; la Marina se había sublevado: la guerra había llegado a su fin.

IV

La guerra prolongada. Fuerzas populares contra ejércitos regulares. La guerrilla como misión. Mao Tse-tung, a propósito de la guerra de la pulga. Las lecciones de China.

Por lo general, las guerras revolucionarias son necesariamente prolongadas. Las semillas de la revolución germinan lentamente; expanden en silencio sus raíces, bajo la tierra, mucho antes de que aparezca ninguna hoja o brote. De pronto, un buen día, como surge el trigo tierno en un campo cultivado, hay una mancha de color crecida durante la noche: los rebeldes están en todas partes.

Se suele hablar de la guerra de guerrillas como de una guerra de desgaste. La frase no es totalmente exacta. La guerra de guerrillas es más subversiva que aniquiladora; es una enredadera que penetra por las grietas de un muro podrido que estalla un día y se parte en dos.

Por supuesto que, después de todo, el desgaste juega un gran papel. El gobierno está sometido, en la esfera política, a una presión constante que lo desgasta, originada tanto por los dispendios y la ansiedad de la campaña antiguerrillera como por las quejas constantes de la oposición, los bancos y la esfera de los negocios: *¿Cuándo terminará esto? ¿Qué se está haciendo para conjurarlo?*

Ya hemos analizado el desgaste económico. El sabotaje es uno de sus aspectos. La pérdida del crédito y de las inversiones, que sufre un país comprometido en una guerra civil, es otro aspecto aún más importante. No hay nación pequeña (y aun ciertas grandes) que pueda soportar indefinidamente esa pérdida. Lo más grave es, sin embargo, que las guerrillas, por su parte, pueden soportarla indefinidamente.

No poseyendo utilidades, ni oposición política dentro de sus filas ni más problemas económicos que los que se resuelven ampliando la guerra y capturando lo que necesitan, los insurgentes no tienen nada que perder y mucho que ganar si prosiguen la lucha. Y, por otra parte, no tienen nada que ganar y mucho que perder dejándola. En efecto; una vez que se ha izado la bandera de la rebelión

y se ha derramado sangre, no es un asunto fácil dejarla. Los rebeldes comienzan a pelear por cualquier motivo y continúan porque deben hacerlo.

Luchan entonces para sobrevivir. Dada la inferioridad de recursos, sólo pueden lograr la supervivencia evitando confrontaciones directas con un enemigo superior, esto es, batallas en las condiciones que quiere el enemigo. Estas consideraciones son las que dictan desde sus inicios la estrategia guerrillera. El resultado es —si tienen éxito las guerrillas y evitan su exterminación— una guerra *prolongada*. El conflicto deberá continuar hasta que el movimiento haya reclutado y entrenado suficientes hombres, y tengan suficientes armas, como para estructurar un ejército revolucionario capaz de enfrentarse en batallas de posiciones al ejército regular.

Si esto fracasa, se deberá seguir hasta que los acontecimientos políticos resultantes de la campaña conduzcan al fin deseado: el levantamiento de las masas populares y el derrocamiento o la renuncia del gobierno desacreditado.

En Cuba, el régimen de Batista se desplomó antes de que la confrontación militar se hubiera desarrollado por completo. El ejército se rindió porque, falto de dirección y con un Estado Mayor en fuga, no tuvo razones para continuar la lucha. Bastó con una huelga general en La Habana —en otras palabras, un levantamiento popular— para que los militares vieran claro que de nada servía seguir peleando; Batista había huido y quienes se designaban sus herederos no podían dominar al país amotinado. Sólo un gobierno revolucionario podía tener la adhesión general.

Cuba es el prototipo. Es el país dependiente y semicolonial típico donde la revolución triunfó sin necesidad de una guerra sangrienta en gran escala. En países de esta naturaleza será suficiente, salvo una intervención de la potencia colonial dominante, con que la guerra de guerrillas cree las condiciones que permitan la caída del gobierno desacreditado (porque fue incapaz de mantener el orden y asegurar sus ganancias a los verdaderos dueños del país), falto de apoyo, y entren de golpe los revolucionarios a llenar el vacío político.

Todas las repúblicas de Centroamérica, dependientes de los Estados Unidos, como la mayoría de las de América del Sur, satélites económicos y políticos de los Estados Unidos, pertenecen a la misma categoría de Cuba. Sus gobiernos pueden verse en el espejo de Cuba; también Washington. He aquí la razón de los esfuerzos casi históricos de estos últimos seis años para aislar a Cuba e impedir

que se propague la infección. Si se propaga, y es evidente que tal cosa está ya sucediendo en cierta medida, es previsible que sigan el camino de Cuba. Suponemos que en tales casos Estados Unidos *no* intervendrá militarmente. La intervención crearía un cuadro completamente nuevo; estamos tentados a creer que se reproduciría en América Latina lo sucedido en Indochina. Y los métodos revolucionarios para abreviar plazos, a la cubana, no tendrían razón de ser.

Las colonias que permanecen bajo el dominio europeo son de otra categoría. También aquí, una solución política puede obviar la necesidad de un descalabro militar. En efecto, en el caso de las colonias actuales no es un asunto de descrédito para el poder colonial o para su gobierno, sino sólo la posibilidad de obtener provecho y prestigio poniéndole fin al colonialismo. Chipre es un buen ejemplo de insurrección que tuvo éxito simplemente porque el terror, el sabotaje y el desorden constantes hicieron que la isla fuera muy improductiva y políticamente engorrosa como para que el Imperio Británico la conservara. En definitiva, los ingleses se fueron no porque se vieran forzados a hacerlo, sino porque ya no había ninguna razón que los obligara a mantenerse allí; y en cambio había muy buenas razones para irse.

En una tercera categoría están esas guerras revolucionarias que deben ser ganadas, finalmente, en el campo de batalla. China es el ejemplo clásico, el laboratorio en el cual se establecieron los principios que se siguen confirmando en todas las regiones atrasadas del mundo.

Las fuerzas revolucionarias populares *pueden* vencer a los ejércitos regulares; ésta es la lección fundamental de China. Las fuerzas populares, para decirlo más exactamente, pueden *transformarse* en ejércitos, pasando de la actividad guerrillera a la guerra de movimientos en que se supera en su propio terreno a las tropas regulares equipadas con todas las armas pesadas que produce la industria moderna.

¿Cómo puede derrotar una nación que no está industrializada a una que sí lo está? Como dice el ex-diputado y ex-Subsecretario de Estado, E. L. Katzenbach hijo, éste es el problema al que se enfrentó Mao Tse-tung.¹ La respuesta, aplicable en cualquier país a una insurrección contra ejércitos mecanizados, es la guerra de

¹ E. L. Katzenbach Jr., "Tiempo, espacio y voluntad: Las concepciones políticas y militares de Mao Tse-tung", en *La guerrilla, y cómo pelear en ella*. Edit. Coronel T. N. Greene; Frederick A. Praeger, Inc., Publishers.

guerrillas.

Katzembach ve que el aporte fundamental de Mao a la teoría de la guerra, aplicada a una situación específica —es decir, China— es sólo el cambio de énfasis a los elementos fundamentales de la vieja teoría militar. Allí donde las naciones industrializadas, dice Katzembach, subrayan factores tan concretos como armas, logística y efectivos humanos, Mao ve los abstractos: *tiempo, espacio, voluntad*.

Al carecer de armas con las cuales se podría enfrentar en el campo de batalla, a los ejércitos bien equipados, Mao eludió el combate cediéndoles el territorio. Al hacerlo, escribe Katzembach, trocó el *espacio* por el *tiempo* y utilizó el tiempo para producir *voluntad*: la capacidad psicológica del pueblo chino para oponerse a la derrota.

He aquí la esencia de la guerra de guerrillas: No obstante que Mao —escribe Katzembach— nunca se expresó abiertamente en este sentido, la premisa central de su teoría es que la movilización política debe sustituir a la movilización industrial, con un éxito militar ostensible. Es decir, que él cree básicamente que sólo quienes admiten la derrota pueden ser derrotados. En consecuencia, si una población entera se resiste a ser derrotada, su resistencia puede transformarse en una guerra de desgaste que final e inevitablemente será victoriosa.

Lo transcrito nos trae a la mente las bien conocidas frases de Mao: “Con la movilización de la gente sencilla de todo el país crearemos un enorme mar humano donde ahogaremos al enemigo”.

Y con respecto al factor *tiempo* Katzembach observa:

Mao sostiene que la liberación militar se sostiene en la conversión política; pero señala: la conversión toma tiempo.

En consecuencia, el problema militar de Mao fue cómo organizar el *espacio* de manera que rindiera *tiempo*. Su problema político fue cómo organizar el tiempo para que pudiera producir *voluntad*, esa cualidad que acata con gusto el sacrificio que pide el orden del día, y la virtud más alta que capacita para sufrir con alegría. Por lo tanto, el verdadero problema militar de Mao —y el problema que más ha preocupado a los teóricos militares de occidente— no fue vencer a la guerra con ella, sino irla debilitando.

El problema que Mao tenía que resolver era cómo eludir una determinación militar. Su respuesta: pegar y correr, pelear y dejar de pelear al día siguiente, desaparecer ante el avance definido del enemigo, y, como el mar, cerrarse sobre el enemigo a medida que pasa. La fórmula, *tiempo por espacio*, está muy bien concebida. Pero en su *Recopilación de escritos militares*, Mao señala con claridad que no se gana nada hasta que el tiempo no se emplee en producir resultados políticos, elevando la conciencia revolucionaria, la *voluntad* de las masas:

Cuando el Ejército Rojo pelea, no lo hace sólo por el gusto de pelear, sino para agitar a las masas, para organizarlas y para ayudarlas a establecer el poder político revolucionario; fuera de estos objetivos no tiene sentido pelear, ni tampoco la existencia del Ejército Rojo.

Mao cree que la guerra revolucionaria en sí es la universidad donde aprenden los guerrilleros, y que esta guerra desarrolla sus propios principios y lecciones:

Nuestro método principal es aprender la guerra a través de la guerra. Una persona que no ha tenido la oportunidad de ir a la escuela puede aprender el arte de la guerra peleando en la guerra. Una guerra revolucionaria es una empresa de masas; por lo general, no se trata de aprender las primeras letras y después actuar, sino de actuar y después aprender, porque se aprende actuando. Hay una separación entre el civil corriente y el soldado, pero no es una Gran Muralla, y puede ser salvada fácilmente; la manera de hacerlo es tomar parte en la revolución, en la guerra.

La movilización política —que eleva el nivel de la conciencia política del pueblo, haciéndolo participar activamente en la lucha revolucionaria— es la primera tarea de las guerrillas. Y es este aspecto del esfuerzo, que necesariamente lleva tiempo, lo que cuenta para darle el carácter prolongado a la guerra revolucionaria. El análisis de Mao, sin embargo, revela algo más:

Se necesita tiempo, no sólo para la movilización política, sino también para dejar que la debilidad propia del enemigo se manifieste bajo la presión de la guerra.

Mao se refiere a este punto en más de una ocasión y en diferentes pasajes de sus escritos militares. En la Guerra Chino-Japonesa, por ejemplo, Japón, una potencia industrial, tenía la gran ventaja de la superioridad de su aparato bélico, capaz de asestar golpes demolidores a las tropas pobremente armadas de la China no industrializada, semifeudal, semicolonial. Tal ventaja, decisiva *en el momento*, resultó insuficiente; de ello dan fe los fracasos que se hicieron notorios al prolongarse el conflicto.

El primero de estos fue que Japón, no obstante su poderío militar, perdió la base de recursos naturales y de fuerza humana para mantener su aparato bélico, al permanecer un largo período de tiempo lejos de la patria, en un país vasto y populoso. Ciertamente; la guerra se inició para suplir una carencia y aumentar por conquista la escasa materia prima de Japón. En cierta medida, la guerra fue un acto de desesperación, una contradicción que puso a la carreta delante del caballo. Pero ¿qué pasaría si *no* se ganaba rápidamente la guerra y se absorbía y explotaba rápidamente la nueva riqueza?

El Japón, por necesidad, buscaba una guerra de decisión rápida. La respuesta militar correcta era impedirlo, eludiendo un enfrentamiento peligroso, y combatir por medio de las guerrillas y mediante la guerra móvil que mantuviera inquieto el vasto territorio chino el tiempo necesario 1] para dejar que las debilidades propias del Japón aparecieran y se hicieran patentes bajo la presión de una guerra prolongada; 2] para que China organizara las fuerzas de resistencia con el poder y la estructura necesarios para enfrentarse gradualmente a las debilidades del aparato bélico japonés.

Así analiza Mao tal situación:

... la guerra de Japón se efectúa con el apoyo de un gran poder militar, económico y de organización política, pero al mismo tiempo subsiste un desajuste natural. El poder militar, económico y de organización política del Japón es grande pero cuantitativamente inadecuado. El Japón, comparativamente, es un país pequeño, deficiente en efectivos humanos, militares, financieros y en materias primas, y no puede soportar una guerra prolongada. Los dirigentes de Japón tratan de resolver sus dificultades a través de la guerra, que contra lo que ellos desean, se volverá en su contra; es decir, la guerra a la que se ha lanzado para resolver sus dificultades terminará por aumentarlas, e incluso agotará las materias primas de Japón.

Otras debilidades notorias:

...las contradicciones internas y externas del imperialismo japonés lo han llevado no sólo a embarcarse en una guerra aventurera sin precedentes, sino a propiciar su colapso final. En términos de desarrollo, ya no es un país próspero; la guerra no le dará la prosperidad buscada por sus clases dirigentes, sino que, por el contrario, traerá la ruina del imperialismo japonés. Esto es lo que nosotros llamamos el carácter regresivo de la guerra de Japón. Es esta cualidad reaccionaria, que va de la mano con el carácter militarista y feudal del imperialismo japonés, lo que da nacimiento a la barbarie peculiar de la guerra de Japón; todo lo cual exacerba al máximo los antagonismos de clase dentro de Japón, los antagonismos entre China y Japón y los antagonismos entre Japón y la mayoría de las naciones del mundo.

...mientras que Japón cuenta con el apoyo internacional de los países fascistas, la oposición internacional provocada por esto será mayor que su apoyo internacional. Esta oposición crecerá en forma gradual y probablemente no sólo anulará tal apoyo, sino que hundirá al propio Japón... En resumen: la ventaja de Japón descansa en su gran capacidad para hacer la guerra, y sus desventajas en la naturaleza reaccionaria y bárbara de la guerra que hace, en su carencia de efectivos humanos y materias primas y en el escaso apoyo internacional.

Frente a la capacidad bélica de Japón se alzaron las ventajas chinas de espacio, tiempo y voluntad. La larga lucha de liberación nacional, como lo previera Mao, templó al pueblo chino; las ventajas sociales y políticas crearon la *voluntad* que fue capaz de propiciar los grandes sacrificios y la resistencia por un largo tiempo; y:

Otra vez en contraste con Japón, China es un país muy grande con un vasto territorio, amplios recursos, una gran población y bastantes soldados; además, está en condiciones de sostener una guerra larga.

Espacio donde maniobrar, abundante fuerza humana, fuerte apoyo internacional y la decisión de resistir a la agresión, fueron las ventajas de China. Estas fueron también las razones a favor

de una guerra prolongada que impidieron un desenlace rápido con el cual, la única ventaja de Japón (superioridad en armas y organización) la hubiera destruido.

... se puede ver que Japón tiene un gran poder militar, económico y de organización política, pero que su guerra es reaccionaria y bárbara, insuficientes sus fuerzas humanas y sus recursos materiales, con una posición internacional desfavorable. China, por lo contrario, tiene un poder militar, económico y de organización política menor, pero se halla en una etapa de progreso, su guerra es progresista y justa y es un gran país, todo lo cual le permite sostener una guerra prolongada, y está apoyada por gran número de países. Estas son las características básicas, recíprocamente contradictorias, de la guerra Chino-Japonesa. Ellas han determinado y siguen determinando el carácter prolongado de la guerra y el hecho de que la victoria final será lograda por China y no por Japón. La guerra es una competencia entre estas características. Cambiarán en el curso de la guerra, de acuerdo con su propia naturaleza y de esto dependerá lo demás.

Consideraciones similares determinaron lo prolongado del carácter de la lucha contra los Señores de la Guerra y después, durante el Kuomintang, la larga guerra civil China. Cuando analiza la situación de su país, Mao observa las contradicciones y conflictos de importancia en diversos planos; por ejemplo, entre las diversas potencias imperialistas que pretendieron dominar China, entre las clases dominantes chinas y entre las clases dominante por un lado, y las amplias masas del pueblo por otro.

1. El conflicto entre los Señores de la Guerra y el gobierno nacionalista creó una pesada carga de impuestos.

2. La exigencia de rentas más altas hecha por los terratenientes a los campesinos, aumentó el odio de éstos contra aquéllos.

3. La situación de atraso de la industria china en relación con la industria extranjera y las concesiones extranjeras en China, dieron lugar a una explotación más degradante e hicieron más profunda la separación entre los obreros y la burguesía.

4. "En virtud de la competencia de las mercancías extranjeras, de la disminución del poder adquisitivo de los obreros y la masa campesina, y del aumento de los impuestos gubernamentales, crecía sin cesar el número de los comerciantes en mercancías producidas en China y productores independientes que iban a la quiebra. En

vista de que el gobierno reaccionario, escaso de provisiones y de fondos, aumentaba sin cesar sus ejércitos y la actividad bélica, los soldados se hallaban en estado permanente de indigencia. El crecimiento de los impuestos gubernamentales, la elevación de las rentas y los intereses exigidos por los terratenientes y la multiplicación de los desastres de la guerra, hacen que el hambre y el bandolerismo, proliferen en todas partes y apenas puedan vivir las masas campesinas y urbanas pobres. Por no haber dinero para la educación, muchos estudiantes temen que se interrumpan sus estudios; debido a que la producción está en la ruina, muchos graduados no tienen esperanza de hallar empleo.”

Mao concluye:

En cuanto nos demos cuenta de estas contradicciones, advertiremos en qué situación tan desesperada, en qué estado tan caótico, se encuentra China. Comprenderemos también que la marea alta de la revolución contra el imperialismo, los Señores de la Guerra y los terratenientes es inevitable y que vendrá muy pronto. Toda China está cubierta de haces de leña seca que muy pronto se incendiarán. La expresión, “Una sola chispa puede incendiar una pradera”, es una descripción exacta de cómo sucederán los hechos. Nosotros sólo tenemos que observar los paros obreros, las sublevaciones campesinas, los motines de los soldados y las huelgas de los estudiantes para advertir que no está muy lejano el momento en que la “chispa” incendie “la pradera”.

En su teoría de la guerra de guerrillas, ya sea contra un enemigo nacional o extranjero, Mao establece cuidadosas diferencias entre las fases de la campaña, poniendo énfasis especial en la primera, que él llama el período de la *estrategia defensiva*.

En un principio —y la primera fase puede durar muchos meses— el territorio no cuenta, el desgaste lo es todo. Al enemigo se le consiente, incluso se le estimula para que se extienda por doquiera. La guerrilla cede terreno, realiza sólo acciones de hostigamiento, de giro alrededor, peleando siempre a la retaguardia del enemigo y no de frente para que el adversario no la aniquile.

A lo largo de este período, el enemigo se ve incitado a utilizar una estrategia ofensiva con objeto de aniquilar a las guerrillas. Esta acción se caracteriza por una serie de campañas de “cerco y supresión” (comparable a los actuales esfuerzos llamados de “limpia y toma” de Vietnam del Sur bajo la dirección de los norteameri-

canos) durante las cuales el esfuerzo se encamina a ocupar el territorio y limpiarlo, trozo a trozo, de la infección guerrillera.

La contradicción implícita de este esfuerzo es que convierte, agrandándolo, enormes partes del territorio nacional en una “retaguardia” gubernamental donde las operaciones guerrilleras se desenvuelven mejor. Las fuerzas represivas tienen éxito al cercar las zonas de la actividad guerrillera —no hay quien las detenga— pero en el proceso resultan cercadas por las guerrillas, y mientras que éstas casi siempre pueden escabullirse de un cerco, por dispersión o eludiéndolo, ¿cómo puede escabullirse el ejército? ¿Dónde está el frente? No existe. El movimiento de hombres y de material se hace cada vez más amplio y costoso; las líneas de comunicación y de abastecimientos se prolongan cada vez más y son más vulnerables al ataque guerrillero. En efecto: el ejército, al ocupar grandes extensiones del territorio rural, favorece a las guerrillas proporcionándoles más amplios y fáciles blancos y fuentes de armas y municiones más accesibles.

La estrategia de la guerrilla sigue siendo la misma durante este período aun cuando cambie la táctica con las situaciones. La estrategia es forzar al enemigo a que se esparza, hasta lograr su dilución al máximo, hostigándolo a todo lo largo de la línea, donde es más débil, y después concentrar toda la fuerza guerrillera disponible para aniquilar de una sola vez —no sólo derrotar— a unidades enemigas inferiores.

“Nuestra táctica guerrillera —escribía Mao—, consta de los siguientes puntos:

—Esparcir nuestras fuerzas para despertar a las masas; concentrarlas para contender con el enemigo.

—Avanza el enemigo, nos retiramos; acampa el enemigo, lo hostigamos; se fatiga el enemigo, lo atacamos; se retira, lo perseguimos.

—Para ampliar zonas estables emplear la táctica de avanzar en olas; cuando se es perseguido por un enemigo poderoso, emplear la táctica de girar y escabullirnos a su alrededor.

—Despertar al mayor número de personas en el tiempo más breve posible con los mejores métodos.

—Estas tácticas se asemejan en todo a la forma en que se maneja una red; debemos estar listos para lanzarla o recogerla. La tiramos abierta para ganar a las masas y la recogemos para luchar contra el enemigo”.

En las zonas donde se encuentra una oposición débil, se tira la red. Las guerrillas se dispersan, para llevar a cabo su trabajo de enseñanza política, para fortalecer la economía interna del movimiento revolucionario, para establecer zonas de retaguardia; zonas que, debe tenerse presente, pueden expandirse o reducirse o incluso abandonarse, al menor aviso.

Quando la oposición es fuerte se recoge la red. Las guerrillas deben estar en condiciones de concentrar considerables fuerzas —Mao recomienda que sea dos, cuatro e incluso seis veces la fuerza del enemigo— para lanzarla en un solo punto débil del enemigo.

Las batallas no deben ser prolongadas, al contrario. Fue Mao quien inventó el “ataque de cinco minutos”. Se trata de ataques rápidos y violentos, de breves y furiosos relámpagos de lucha; después se suspende el asalto tan rápidamente como empezó. La guerrilla se retira rápidamente tras de haber infligido tantas bajas y de haberse apoderado de tantas armas como sea posible durante el tiempo planeado, pero no tardando ni un minuto más. Mao subraya que el combate de decisiones rápidas es la respuesta justa a la estrategia militar occidental. Allí donde el ejército, apoyado en la industria pesada, está en condiciones de efectuar análisis previos, profundos y prolongados de cada batalla, confiado en la superioridad de su equipo y en la logística para decidir el final, las guerrillas tienen que confiar en su velocidad, en su posición superior y en la mayor superioridad local de efectivos humanos; ella interrumpirá el encuentro antes que la superioridad de las armas pesadas entre en acción.

Como lo habíamos hecho notar anteriormente, la guerrilla hace la guerra de la pulga. La pulga pica, brinca, y pica otra vez, esquivando rápidamente la fuerza que pueda aplastarla. No trata de matar a su enemigo de un golpe, sino de extraerle sangre y alimentarse con ella, atormentándolo y enloqueciéndolo; lo conserva para actuar en él y destruir sus nervios y su moral. Todo esto toma tiempo. Más tiempo se necesita todavía para que las pulgas se multipliquen. Lo que comenzó siendo una infección local llegará a ser una epidemia, a medida que se unan las zonas de resistencia, lo mismo que se extiende una mancha de tinta en un secante.

En la segunda fase de la campaña, el período de equilibrio, se produce un empate. El gobierno se da cuenta de que no puede destruir a las guerrillas; de momento sólo trata de contenerlas, mientras prepara nuevas ofensivas futuras. Las guerrillas no pue-

den destruir al ejército: continúan hostigándolo, sacando ventajas de las treguas en el conflicto para extender la zona revolucionaria, royendo trozos de la franja de tierra de nadie que circunda cada zona liberada, mejorando la economía interna de las cosechas, los talleres, los depósitos para reparar armas, y utilizando el tiempo para agitar a la gente, para impulsar la guerra de la propaganda y para agudizar los conflictos internos que conmueven al campo enemigo a medida que se empantana en la larga y costosa campaña antiguerrillera cuyo fin aparece fatalmente lejano.

La tercera etapa, la de la estrategia revolucionaria ofensiva o de la ofensiva general, comienza cuando las fuerzas enemigas del gobierno y las de las guerrillas se equiparan, tomando la iniciativa militar los insurgentes, ya no tanto como simples guerrillas, sino como columnas móviles cuyos efectivos alcanzan el nivel de la división, capaces de enfrentarse y destruir al ejército en batallas frontales.

Donde los insurgentes huían al contacto con el enemigo, o se atenían a las emboscadas de pega y corre, ahora darán la batalla, empleando unidades pequeñas, para distraer a la fuerza principal del gobierno, mientras que las tropas regulares son lanzadas —siempre en número superior— en ataques concentrados en los objetivos más vulnerables de toda la línea enemiga de sostén o en los puntos de concentración más débiles.

Cuando los rebeldes son cercados, en vez de dispersarse o huir bajo el amparo de la oscuridad, como antes, se concentrarán y harán un poderoso esfuerzo por romper el cerco en un punto escogido de la línea enemiga, utilizando, quizás otra vez, tropas de refuerzo para distraer al ejército en otros puntos.

Gradualmente, empleando algunas veces la táctica guerrillera y otras veces asestando poderosos golpes estratégicos, los rebeldes obtendrán el éxito de cortar las líneas de comunicación enemigas y aislar segmentos de esa fuerza que pueden ser liquidados de una sola vez. Los insurgentes empezarán a su vez, a tener territorio, primero ampliando sus bases rurales hasta que abarquen la mayoría del campo, haciéndolo insostenible para el enemigo, tomando después las aldeas y los pueblos grandes, rechazando al ejército hacia sus puntos fuertes urbanos que, una vez aislados, pueden ser destruidos.

A medida que se dominan los puntos fuertes y se fragmentan los efectivos del ejército, capturando unidades grandes o aniquilándolas, o porque otras defecionan (lo que es de esperarse si se trata

de tropas nativas del país), los rebeldes logran tener armamento pesado —tanques, artillería— que puede ser empleado para reducir puntos de resistencia más grandes, hasta la toma de las ciudades, ayudados por las insurrecciones populares, llevando la guerra a su feliz término con la destrucción o rendición del ejército y el colapso del gobierno.

Podemos observar un principio a lo largo de todo este proceso; cuanto más tiene el enemigo, más debe defender, ofreciendo más blanco al insurgente. Sin embargo, por otro lado, mientras más combate y triunfa el insurgente, tiene más con qué pelear y ganar, en armas, efectivos, recursos materiales. En consecuencia, los objetivos del gobierno y los del insurgente son diametralmente opuestos. El ejército trata de dar fin a la guerra lo más rápidamente posible, con objeto de disminuir sus pérdidas; el insurgente busca prolongarla, puesto que ello le proporciona todas las ventajas.

Es evidente que los objetivos de la guerrilla no se pueden cumplir de la noche a la mañana, ni incluso en un período preestablecido. Es una premisa básica de la teoría de Mao que las fases de la campaña se ampliarán, dado que en muchas ocasiones ocurrirá que se regresa a un punto anterior; pueden dispersarse las unidades móviles transformándolas otra vez en bandas guerrilleras, la tercera fase puede regresar a la segunda, el territorio que se ha ganado puede ser perdido y cambiar muchas veces de mano, hasta que finalmente se consolide como una parte del extenso territorio rojo.

En el mapa, las zonas de la actividad guerrillera, aparecerán como pequeños puntos de tinta. Progresivamente se transformarán en manchitas y las manchitas se harán más grandes, hasta que finalmente se unirán todas en un rojo compacto esparcido a lo largo de todo el territorio nacional. Pero atención: la coloración avanzará no de este a oeste o de norte a sur, sino desde lo más remoto desde las montañas y las selvas a las zonas rurales cultivadas, de aquí a las aldeas que se encuentran en esa zona, después a los pueblos y a lo largo de las carreteras nacionales, y sólo hacia el final de la lucha tocará débilmente a las ciudades.

Los principios de la operación fueron puestos en práctica contra las tropas nacionalistas de Chiang Kai-shek en la guerra que frente a ellos hicieron los comunistas durante el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Al analizar la campaña,

que duró diecisiete meses de los años 1946 y 1947, durante los cuales 640,000 hombres de las tropas nacionalistas fueron muertos o heridos y se capturaron 1,050,000, Mao señala los siguientes puntos de la estrategia insurgente:

1. Ataques dispersos, fuerzas enemigas aisladas, primero; ataques concentrados, fuerzas poderosas, después.

2. Toma de ciudades pequeñas y medianas y las zonas rurales adyacentes, primero; toma de las ciudades grandes, después.

3. Nuestro principal objetivo es hacer que desaparezca la fuerza efectiva del enemigo; nuestro objetivo principal no es poseer o tomar alguna ciudad o puesto. Poseer o tomar una ciudad o puesto es algo contrario a la desaparición de la fuerza efectiva del enemigo, y a menudo será bueno poseer o tomar una ciudad o puesto sólo después que ha cambiado de mano muchas veces.

4. En cada batalla, concéntrese una fuerza decididamente superior (dos, tres, cuatro y algunas veces incluso cinco o seis veces más que la fuerza enemiga), cérquese totalmente a la fuerza enemiga, procúrese acabar completamente con ella y no se permita que escape nadie de la red. En circunstancias especiales, úsese el método de aplastar al enemigo a golpes, esto es, concentrando toda nuestra fuerza para lanzar un ataque frontal y un ataque en uno o dos de sus flancos, con objeto de destrozarlo en una parte y derrotarlo en la otra, para que nuestro ejército pueda desplazar velozmente sus tropas y deshacer otras fuerzas del enemigo. Procúrese evitar los combates de desgaste en los cuales perdemos más de lo que ganamos e incluso pueden vernos. En este sentido, si bien somos inferiores como un todo (en términos numéricos) deberemos ser claramente superiores por partes y especialmente en cada operación; esto nos asegurará la victoria en el combate. A medida que el tiempo pase llegaremos a ser superiores como un todo y al fin acabaremos con la totalidad del enemigo.

5. No se dé batalla alguna si no se está preparado, no se dé ninguna batalla si no se está seguro de ganar; tómense todas las medidas para estar bien preparados para cada batalla; tómense todas las medidas para asegurarse la victoria en determinadas condiciones, tanto del enemigo como nuestras.

6. Darle toda la importancia al estilo de trabajo: valentía en la batalla, no temer al sacrificio, no temer al cansancio, estar dis-

puesto a pelear siempre (o sea pelear en sucesivos combates en poco tiempo sin descansar).

7. Procurar acabar con el enemigo cuando esté en movimiento. Al mismo tiempo, cuídese la táctica de la lucha de posiciones y la captura de puntos fortificados del enemigo y de ciudades.

8. Proveer a nuestra fuerza con todas las armas y la mayoría del personal capturado al enemigo. La fuente principal de efectivos; humanos y de material de nuestro ejército, proviene del frente.

9. Hágase buen uso de las pausas entre operaciones para descansar, entrenarse y fortalecer a nuestras tropas. Los períodos de tregua, entrenamiento y consolidación no deben ser muy largos y, en la medida de lo posible, no se debe permitir al enemigo que tenga sosiego.

Mucho de lo que Mao ha enumerado aquí puede parecer obvio, pero hay puntos importantes que señalar, algunos de los cuales están en abierta contradicción con las teorías militares tradicionales.

—Aunque la guerra móvil de la insurrección se asemeja a la de las fuerzas tradicionales, se apoya en la estrategia de la guerrilla y opera persiguiendo objetivos algo diferentes. Los insurgentes van desde las zonas rurales hacia los pueblos y las ciudades. Ocupan las colinas y los bosques antes de tomar los caminos. En esto se conducen de manera diametralmente opuesta a los dictados de la estrategia militar occidental, en la cual los puntos fuertes —centros industriales, de comunicaciones, de población— se golpean primero y se dejan para lo último los empenachados montes de las zonas rurales. Lo que cuenta para los insurgentes no son los puntos fuertes, sino el territorio que el enemigo no puede defender sin verse envuelto en una contradicción, la de extender sus líneas y debilitar la efectividad de su poder destructor. En consecuencia, primero están las zonas rurales y después las ciudades.

—La fuente principal de aprovisionamiento rebelde por lo que se refiere a municiones y —en China— a efectivos humanos, es el ejército adversario. En China, los ejércitos se reclutaban a la fuerza, se les pagaba mal o no se les pagaba y con frecuencia estaban mal alimentados y mal vestidos. Las unidades se integraban con campesinos; era lógico que las defecciones fueran frecuentes, y así sucedía. Mao no tuvo a veces escrúpulos en reclutar bandidos; tenían el mismo origen de clase y buena parte de las caracterís-

ticas de los soldados nacionalistas y de aquellos que estaban al servicio de los Señores de la Guerra, por lo que podían ser fácilmente convencidos para que lucharan en las filas populares. Su razonamiento fue, sin duda, que los campesinos que poseían alguna preparación militar eran más fáciles de asimilar que quienes no tenían ninguna. Respecto al problema de abastecimiento, es un axioma de la teoría guerrillera, no sólo en China sino en todas las guerras revolucionarias, que la principal fuente de armas y municiones es el enemigo. Una de las ventajas es que siempre se tiene a mano el calibre y tipo de munición apropiada. Otra gran ventaja es que los problemas de logística se reducen al mínimo. El suministro de las líneas enemigas sirve a ambos ejércitos y con frecuencia sirve mejor al ejército guerrillero que al del adversario.

—La estrategia guerrillera es dinámica. Sus objetivos políticos son positivos, y lo mismo sucede con las finalidades militares. La estrategia defensiva, como la llama Mao, es una defensa *activa* basada en un ataque incesante. Las tácticas de hostigamiento de la guerrilla, si bien tienen una semejanza superficial con las acciones dilatorias practicadas por la retaguardia de las tropas regulares, sirve a objetivos diferentes: debilitar al enemigo, forzarlo a extender sus líneas, a fin de poder aniquilar sus efectivos humanos, en unidades separadas.

“Las guerrillas pueden tomar la iniciativa —escribe Mao—, si no se olvidan de los puntos débiles del enemigo. A causa de la insuficiencia de efectivos humanos del enemigo, las guerrillas pueden operar sobre vastos territorios: en vista de que el enemigo es extranjero y bárbaro, las guerrillas pueden ganar la confianza de millones de sus coterráneos...”

La referencia es respecto a los japoneses que invadieron China, y Mao subraya todo el tiempo, que las citadas leyes de la guerra fueron pensadas para ser aplicadas específicamente a China y en la situación de China. Lo dicho por él, sin embargo, tiene una aplicación más general. Póngase opresor y explotador en vez de extranjero y bárbaro, y veremos que lo específico de que nos habla puede darse en muchos países donde no se presenten invasores extranjeros.

—*Sobre la táctica*: “En la guerra de guerrillas escójense las tácticas que parecen proceder de Occidente y atáquese con las de Orien-

te; evítese lo compacto, atáquese lo que está hueco; atáquese; aléjese; descárguese un golpe relámpago, tómese una decisión veloz . . .”

—*Sobre la política:* “Sin un fin político la guerrilla fracasará; si sus objetivos políticos no coinciden con las aspiraciones del pueblo no podrá ganar su simpatía, cooperación y ayuda. La esencia de la guerra de guerrillas es su carácter político”.

“Por otra parte, en una guerra de naturaleza contrarrevolucionaria, no hay lugar para las hostilidades guerrilleras. Puesto que la guerra de guerrillas básicamente proviene de las masas y es apoyada por ellas, no podrá ni existir ni florecer si la alejamos de su simpatía y cooperación”.

Las reglas de Mao para la dirección de la guerra de guerrillas son retóricas, redundantes y a menudo menos precisa de lo deseable. Dejan sin respuesta muchos problemas prácticos. Pero debe recordarse que él escribió documentos políticos y no textos para insurgentes. La recopilación de sus trabajos, sin embargo, constituye la cartilla de la teoría guerrillera; y el estudio de sus campañas, que concluyen con la destrucción y derrota de un ejército de 3.700,000 hombres (el más grande en la historia de China) descubre todo lo que es aplicable en cualquier parte a países como China, faltos de armas y de industrias, pero no de los ingredientes básicos de la guerra revolucionaria: *espacio, tiempo y voluntad*.

V

La guerra colonial y la experiencia francesa. Estrategia y táctica de Vo Nguyen Giap. Cómo triunfó el Vietminh en Indochina.

¿Cómo se pueden aplicar las “leyes de la guerra revolucionaria” dadas por Mao Tse-tung, a las colonias dominadas por las grandes potencias?

La respuesta está implícita en el acontecer histórico. Durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, los pueblos coloniales *no han perdido ninguna guerra contra sus opresores*, una vez que la han iniciado. (Malaya y Filipinas sólo son excepciones aparentes, no verdaderas. Esto lo analizaremos en un capítulo posterior).

En los casos más afortunados, el poder colonial cede su autoridad a tiempo, inclinándose ante el peso de la historia. En otras partes, la acción revolucionaria obligó al abandono de las colonias por la violencia del terror y las conmociones internas, como sucedió en Chipre y Marruecos, o por la acción directa de las armas, como en Argelia e Indochina.

La lucha contra el poder colonial francés en Indochina reviste un interés especial. En ella encontramos los ejemplos claramente delineados de los dos tipos de guerra revolucionaria, tanto de la guerra revolucionaria que debe enfrentarse a una decisión militar (opuesta a la insurrección, que está determinada por una solución política), como la que sigue consciente y escrupulosamente los preceptos de la guerra de Mao.

Como subraya Katzembach: “... la guerra del Vietminh (seguidores de Ho Chi Minh), hecha en el norte de Indochina, siguió paso a paso esas enseñanzas —de Mao— a pesar de las afirmaciones de sus dirigentes de que ellos mejoraron la doctrina”.

La lucha duró desde 1949, cuando Ho Chi Minh se levantó en armas contra la invasión francesa (había tomado posesión virtual de Vietnam un año antes, cuando Japón se rindió a los británicos, los chinos y fuerzas del país, hasta 1954, cuando se dividió el país

por el paralelo 17, según los acuerdos de Ginebra, después de la caída de la fortaleza francesa de Dien Bien Fu.

Si el resultado de la guerra representa algo menos que una victoria completa del Vietminh comunista y marca el fin del dominio francés en Vietnam, ello no significa, sin embargo, la derrota absoluta de Francia. Si bien el grueso de los 500,000 hombres de la fuerza expedicionaria francesa quedó intacto (172,000 bajas en ocho años de lucha), su espíritu estaba quebrantado. El compromiso político surgió del hecho de no poder encubrir la realidad de que el ejército francés había sido derrotado ignominiosamente en el campo de batalla por quienes eran considerados como un ejército de desarrapados que podía ser pulverizado en diez semanas.

Durante ocho años de combates, el Vietminh había pasado de un movimiento de grupos guerrilleros irregulares, que operaban unidos, o que atacaban con la fuerza de sólo un pelotón, a un ejército regular con divisiones móviles, armado con artillería ligera e igual en organización y destreza en combate a lo mejor que pudieran poner los franceses en el campo de batalla. Ahora bien; sólo fue en la fase final cuando se utilizó este ejército, y durante la mayor parte de esta larga campaña se empleó la guerra de guerrillas, de acuerdo con Mao.

La definición de la guerra de guerrillas que da el general Vo Nguyen Giap, el triunfador de Dien Bien Fu, coincide con la de Mao. Incluso el estilo es igual:

La guerra de guerrillas es la forma en que pelean las masas de un país débil y muy mal equipado contra un ejército agresor con equipo y técnica mejores. Así es como se pelea en una revolución. Las guerrillas confían en su espíritu heroico para triunfar sobre las armas modernas, esquivando al enemigo cuando es más fuerte y atacándolo cuando es más débil. Dispersándose unas veces, reagrupándose otras, desgastando al enemigo en ocasiones, exterminándolo en otras, estando dispuestas a pelear dondequiera, para que en cualquier parte a donde vaya el enemigo se encuentre sumergido en un mar de gente armada que golpea sus espaldas, intranquilizando su espíritu y agotando sus fuerzas.¹

Para fortuna de su causa, Giap asimiló tanto la sabiduría prác-

¹ Vo Nguyen Giap, "El Vietminh por dentro" en *La guerrilla y cómo pelear en ella*. Traducción ligeramente distinta en *La guerra del pueblo, el ejército del pueblo*, también de Vo Nguyen Giap.

tica como el estilo literario de su mentor, por lo que pisa tierra firme cuando escribe:

Además de dispersarse para desgastar al enemigo, es necesario reagrupar una gran fuerza armada en una situación favorable, para adquirir supremacía en el ataque en un punto y tiempo dados para aniquilar al enemigo. Los triunfos sumados de muchas batallas pequeñas desgastan progresivamente los efectivos humanos del enemigo, al tiempo que incrementamos poco a poco nuestras fuerzas. El fin principal de la batalla debe ser la destrucción de los efectivos humanos del adversario. Nuestros propios efectivos humanos no deben agotarse tratando de conservar u ocupar territorio.²

La definición de los objetivos que da Giap es completamente militar. Quizá en una situación colonial las consecuencias políticas de la guerra de guerrillas sean menos importantes que en el caso de una guerra contra el gobierno local de un país semicolonial, como Cuba. Y efectivamente, fueron menos importantes cuando la nación se defendía de un invasor: el papel de Francia después de la Segunda Guerra Mundial. Pero aquí estamos hablando de los efectos de la lucha sobre la moral del gobierno y sobre la opinión mundial. Es indudable que en Vietnam, como en cualquier otra parte, tuvo enorme importancia la militancia del pueblo, el trabajo político por excelencia, hecho reconocido por el propio Giap.

Escribiendo sobre los primeros días de tan larga campaña guerrillera, dice que al principio “existía la tendencia a no tomar en cuenta el papel que jugaba el trabajo político, y los que trabajaban en lo político no llegaban a comprender (el hecho) de que la tarea principal era la educación política y la dirección ideológica”.

Más tarde, sin embargo, “se reconoció el error y se dio la atención debida a los problemas políticos claves, como el de unir a todos los sectores sociales de la nación y reunir en un país multinacional a todos los grupos étnicos contra de la dominación extranjera. El Partido se empeñó tenazmente en aprovechar todas las oportunidades favorables para impulsar al pueblo a la lucha”, refiere Giap con gran sinceridad. Más adelante: “El Frente de Unidad Nacional fue una vasta alianza de todas las fuerzas capaces de estar unidas, de neutralizar a todos aquellos que debían ser neu-

² Op. cit.

tralizados y de dividir a todos los que eran susceptibles de ser divididos.”

Se rectificaron rápidamente muchos descuidos anteriores frente a los campesinos, cuando la evidencia de los hechos demostró que era la guerra de un país campesino, y la reforma agraria y su consigna, “Tierra para los labriegos”, llegó a ser el grito unitario de la revolución.

El enemigo de la nación vietnamita [escribe Giap] era el imperialismo agresor, que debía ser derrotado. Pero, como el imperialismo hace mucho tiempo que está unido a los terratenientes feudales, resultó claro que la lucha antimperialista no podía separarse de la lucha antifeudal. Por otro lado, en un país colonial atrasado como el nuestro, donde los campesinos constituyen la mayoría de la población, una guerra del pueblo es en esencia una guerra campesina dirigida por la clase obrera. Por lo tanto, la movilización general de todo el pueblo no es ni más ni menos que la movilización de las masas del campo.

La imposibilidad de constituir un amplio frente popular, en que se incluyeran las sectas religiosas, especialmente la muy poderosa de los budistas, le costó caro al Vietminh en el Vietnam del Sur al principio de la lucha. Como ya dijimos, las fuerzas guerrilleras de Ho Chi Minh se habían apoderado virtualmente de todo el país con la rendición de las fuerzas japonesas de ocupación durante la Segunda Guerra Mundial. Debido en parte a la defección de las sectas religiosas, las fuerzas blindadas francesas estacionadas en Vietnam del Sur encontraron poca resistencia; en unos cuantos meses se habían apoderado de lo que entonces se llamaba Cochinchina, el estado más austral de Vietnam, cuya capital es Saigón.

Sólo la escasez de efectivos humanos —40,000 hombres de tropa bajo el mando del general Leclerc incluida la fuerza expedicionaria inicial— impidió que se apoderaran también de las tierras bajas de Annam y Tonkín.

Como subraya el comentarista francés Dr. Bernard Fall (*Street Without Joy* y *The Two Viet-Nams*) los objetivos franceses en Indochina en 1946 “eran poco menos que una campaña de reconquista colonial dentro de los viejos moldes, al estilo de la campaña del mariscal Lyautey contra las cabilas del Rif de Abd el Krim en los años posteriores a 1920”.

El método escogido fue el llamado “técnica de la mancha de aceite”; consiste en establecer puntos fuertes en una región, para desde ellos enviar las fuerzas de “pacificación” a dividir el campo en pequeños cuadros y después peinar cada cuadro, moviéndose desde afuera, hasta que las fuerzas rebeldes que están dentro de la red sean arrinconadas en los sitios más estrechos y exterminadas. Este, en verdad, es un método policíaco. El problema fue que el general Leclerc no tuvo suficientes policías para el rastreo mediante el *ratissage*, sin lo cual todo el plan se hace pedazos.

La campaña francesa nos presta un modelo acabado de lo que les puede suceder a las fuerzas militares regulares que intentan combatir a las guerrillas como si se tratara de un enemigo militar tradicional, o bien de meras correrías de bandidos, para dispersarlos en grupos muy pequeños y atraparlos uno por uno.

Las columnas blindadas de Leclerc entraron de golpe, tomaron los caminos principales y los pueblos más importantes en las encrucijadas y pensaron que todo iba bien, dado que no encontraron mayor resistencia en ninguna parte.

Lo que no pudieron comprender al principio fue que, no obstante dominar los caminos, estaban combatiendo a un enemigo que no necesitaba de caminos, pues no tenía que movilizar transportes o artillería pesada. Se habían apoderado de los puntos claves, pero estos puntos claves no dominaban nada puesto que el enemigo no se hallaba estacionado, sino que se movía y no presentaba batalla por los puntos claves o por el territorio.

Los franceses eran dueños de los caminos. Las guerrillas transitaban a salvo por la selva y establecían corredores a ambos lados que eran invisibles a una distancia de cien metros. Los franceses se apoderaron de los pueblos. Al enemigo no le preocupaban los pueblos, porque donde los franceses luchaban por dominar el territorio nacional —esto es, ocuparlo— las guerrillas estaban interesadas únicamente en ganarse a su población. Obsérvese: esta es la diferencia esencial entre la guerra tradicional y la guerra de guerrillas. El ejército pelea por ocupar territorios, caminos, alturas estratégicas, zonas vitales; la guerrilla pelea por ganarse al pueblo, sin cuya cooperación la tierra no sirve para nada a quien la posee.

El modelo de “la mancha de aceite”, mejor para capturar bandidos que para luchar contra las guerrillas, pudo haber sido utilizado con más provecho en Indochina de haber tenido el mando francés más soldados a su disposición. Pero en una situación revolucionaria —donde a las tropas extranjeras se oponen guerrillas nati-

vas— la campaña de exterminio sólo puede operar localmente. ¿Cuál será el método para impedir nuevas erupciones que no llegue al exterminio de la población entera? No se ha descubierto aún. Las bajas de los vietnamitas que cayeron frente a los franceses fueron muy altas; la muerte cobró un alto precio durante ocho años de amarga guerra interna. El Dr. B. Fall estima que las bajas del Vietminh fueron tres veces superiores a las de las fuerzas de la Unión Francesa, que ascendieron a 172,000. Sin embargo, hay fuertes indicios de que el grueso de las bajas nativas no fueron de guerrilleros sino de civiles, testigos inocentes. [Para un análisis de las bajas en Vietnam del Sur de la presente época, en condiciones muy parecidas, véase el Cap. VI.]

La embestida francesa estaba condenada al fracaso. El país era muy grande, la población también y había muchos refugios naturales para las guerrillas; las fuerzas francesas eran muy escasas para un esfuerzo que requería un mínimo de diez soldados por cada guerrillero como promedio, y quizá habrían necesitado de veinte a cien en lugares en donde *cada* nativo es un guerrillero en potencia.

Las tropas del Vietminh se organizaron en tres niveles, de acuerdo con el modelo establecido en China y aplicado en todas partes. En la cúspide estaban las fuerzas de choque llamadas *chu luc*, guerrilleros permanentes que podían intervenir estratégicamente donde fuera necesario, que llevaban el peso de la lucha cuando se concentraban fuerzas insurgentes para dar un golpe mayor. Por debajo de los *chu luc* estaban las guerrillas regionales, que luchaban sólo en sus propias zonas y podían volver a su condición de civiles, como campesinos u obreros, si eran acosados fuertemente. Y en el nivel más bajo estaban las milicias de aldea, los *du kich*, guerrilleros de noche y campesinos de día, que se encargaban de realizar tareas limitadas —sabotear un puente aquí, emboscar una patrulla allá, minar caminos, llevar mensajes o fondos—, prestos a volver a sus fincas y aldeas al primer contacto con el enemigo.

“Con los primeros tiros de la invasión imperialista”, escribe el general Giap, “el general Leclerc... consideró que la reocupación de Vietnam sería un desfile militar. Cuando tropezaron con alguna resistencia en el Sur, los generales franceses la estimaron débil y pasajera y pensaron que les llevaría diez semanas a lo sumo ocupar y pacificar todo Vietnam del Sur”.

¿Por qué llegaron a esa conclusión los colonialistas franceses? Porque creyeron que tales escaramuzas significaban que allí estaba

su agresor, que allí debía estar el ejército . . . No pudieron comprender un hecho decisivo y fundamental: el ejército vietnamita, aunque materialmente débil, era un ejército del pueblo . . . al iniciar las hostilidades, los colonialistas pusieron frente a sí a una nación entera. Y, efectivamente, toda la nación vietnamita, el pueblo vietnamita entero se levantó contra ellos. Incapaces de comprender esta verdad profunda, los generales franceses, que creyeron en una victoria fácil, hallaron en cambio un auténtico fracaso”.

Descontadas las exageraciones retóricas, hay mucho de verdad en lo que dice Giap. Las fuerzas francesas, al haberse concentrado en los puntos claves y en otros objetivos estratégicos de la guerra tradicional, se vieron “sumergidas en el mar del pueblo armado”. Casi todas las armas provenían del Cuerpo Expedicionario Francés, el cual, dice Giap, “se transformó, sin saberlo, en el abastecedor de armas francesas, incluso estadounidenses, para el Ejército del Pueblo Vietnamita”.

En cuanto a la organización de la resistencia, Giap señala que ante todo era *política* y militar en segundo término.

Nuestro partido sostuvo que para lanzarse a la guerra del pueblo eran necesarias tres clases de fuerzas armadas. Le adjudicaba gran importancia a organizar y desarrollar las unidades de auto-defensa y las unidades guerrilleras. Surgieron las milicias por todas partes. *Gracias a que en todas partes había administraciones populares y a que existían organizaciones del partido en todos los lugares*, las milicias se esparcieron a lo largo y a lo ancho y el pueblo se lanzó a la lucha. En la retaguardia enemiga, las unidades guerrilleras, en coordinación con el ejército regular, diezmaban y destruían al adversario, lo inmovilizaban en sus bases, y ello permitía a nuestro ejército regular lanzar unidades móviles para aniquilarlos. Ellas convertían la retaguardia enemiga en nuestro frente de combate y construían bases guerrilleras como puntos de apoyo, allí en el corazón del enemigo, para el ataque de nuestro ejército regular. Protegían al pueblo y a su propiedad, combatían al enemigo y mantenían la producción y frustraban los planes del enemigo de alimentar la guerra con la guerra y de enfrentar a vietnamitas contra vietnamitas. En las zonas libres, las unidades guerrilleras combatían realmente al enemigo y vigilaban a los traidores, *eran instrumentos eficientes de las administraciones locales y de las organizaciones locales del partido*. Al mismo tiempo, ellas eran la fuerza de

choque en la producción, el transporte y los suministros. Del combate al trabajo, las unidades guerrilleras se convertían en una fuente inagotable y preciosa de reclutas y oficiales que estaban capacitados políticamente y tenían una rica experiencia como combatientes. [Las cursivas son del autor.]

Ambas partes cometieron graves errores en la fase inicial de los ocho años de lucha. Por su parte, los franceses consagraron cinco meses completos de 1947 a capturar a Ho Chi Minh y a su plana mayor, pensando que de esta manera acortaría la guerra. El esfuerzo fue vano. Incluso si hubieran podido capturar a Ho, es probable que ello no hubiera afectado el curso de la guerra, cuyo triunfo dependía no de un genio militar individual, sino de la estrategia dictada por la situación político-militar, estrategia que podía aplicar cualquier dirigente comunista conocedor de la lección china.

Aquí tal vez sea bueno observar que, en gran medida, los guerrilleros pelean como lo hacen porque así deben hacerlo. Su situación determina el curso de su acción. Carentes de armamento pesado y de las divisiones disciplinadas con que se llevan a cabo las campañas militares tradicionales, se ven forzados, como lo dice Clausewitz, a mordisquear los flancos del ejército adversario y pelear en la retaguardia enemiga. Materialmente incapacitados para tomar una determinación militar abierta, se ven en la necesidad de esperar una decisión política. En circunstancias revolucionarias, las decisiones políticas les son favorables, desde el momento que se toman en el curso de una guerra prolongada en la que el enemigo no está capacitado ni política ni psicológicamente para hacerle frente, cualesquiera que sean las condiciones de su fuerza militar.

He aquí cómo analizó el general Giap la situación de los franceses:

El enemigo pasaba lentamente de la ofensiva a la defensiva. La *blitzkrieg* se transformó en una guerra prolongada. Por lo tanto, el enemigo se vio ante un dilema: llevar hacia adelante la guerra con el fin de ganarla, sin poseer, por otra parte, los recursos psicológicos y políticos para hacer una guerra de larga duración...

Por supuesto, Giap demostró que tenía razón. Las presiones políticas en Francia, la baja moral del sector de la opinión pública

profrancesa en Vietnam, la pérdida de la moral de las mismas tropas en virtud del desarrollo de la guerra, debilitaron seriamente los esfuerzos de los cuerpos expedicionarios.

El país hervía en milicias guerrilleras; había unidades organizadas en casi cada aldea. Los dirigentes del Vietminh hacían rápidas marchas forzadas a través de la selva para golpear a una columna francesa aquí, una pequeña guarnición allá y se armaban rápidamente nuevas unidades con las armas que le tomaban al enemigo, así como con el equipo pesado contrabandeado desde China.

A fines de 1949, los franceses habían perdido la iniciativa y el Vietminh la había hecho suya en tan gran medida que para entonces fue capaz de lanzar una ofensiva limitada con quince batallones que bloquearon desde parte de la delta del río Rojo, en Tonkín, hasta las montañas de Thai.

En la primavera, se lanzó una ofensiva todavía más fuerte contra la defensa francesa del valle del río Rojo, y en el verano la totalidad del ángulo noreste de Tonkín se había convertido en una fortaleza del Vietminh.

En Francia, las presiones políticas trabajaban a favor del Vietminh. En agosto de 1950, el gobierno francés ordenó una *reducción* efectiva de 9,000 hombres de las tropas francesas que combatían en Indochina, ignorando por completo la situación militar allí imperante; y la Asamblea Nacional, temerosa del sentimiento popular antibelicista, pidió seguridades de que no se emplearían en Indochina los nuevos reclutas. En otras palabras, estas fueron funciones policíacas llevadas a cabo por profesionales, principalmente de la Legión Extranjera, marroquíes y otras tropas no francesas.

El resultado inevitable fue un debilitamiento mayor de la fuerza bélica francesa y una nueva ofensiva por parte del Vietminh. Una serie completa de guarniciones de Tonkín septentrional fue separada de su base. Una fuerza de choque marroquí de 3,500 hombres, los efectivos de una guarnición de 2,600 hombres y 500 civiles que trataban de escapar de la trampa fueron emboscados y aniquilados; y tres batallones de tropas paracaidistas que fueron enviados a rescatarlos siguieron la misma suerte.

En *The Two Viet-Nams*, Bernard Fall escribe:

A fines del mes de octubre de 1950, casi toda la mitad norte de Vietnam se había transformado en un reducto del Vietminh, en el cual los franceses —con la rara excepción de una incursión de tropas paracaidistas sobre Lang Son en julio de

1953— no volvieron a penetrar nunca . . .

Cuando se aclararon los nublados, los franceses habían sufrido la derrota colonial más grande desde que murió Montcalm en Quebec. Perdieron 6,000 soldados, 13 piezas de artillería y 125 morteros, 450 camiones, 3 grupos de blindados, 940 ametralladoras, 1,200 subametralladoras y más de 8,000 fusiles. Abandonaron pertrechos suficientes, por sí solos, para equipar una división del Vietminh . . . entera.³

“Para los franceses”, concluye Fall, “la guerra de Indochina fue una derrota en todos los sentidos. Esto, que fue admitido a medias a fin de llevar adelante otros cuatro años de guerra, es el mejor testimonio de la ceguera de las autoridades civiles encargadas de elaborar las conclusiones políticas de la desesperante situación militar. La ayuda norteamericana —la primera gota de la cual apareció en forma de siete aeroplanos de transporte en junio de 1950, después de que la guerra de Corea había estallado— careció de importancia en el resultado final de la guerra”.

Los avances del Vietminh se redujeron en cierta medida por la decisión prematura del general Giap de llevar a cabo una ofensiva general, a fines de 1950. Los intentos de forzar las etapas para llegar a la tercera y decisiva de la guerra revolucionaria de Mao, la estrategia ofensiva, cuando la situación no estaba aún madura, le costó caro al Vietminh. En un solo combate, que tuvo lugar en la zona del delta del río Rojo, el 16 y 17 de enero, Giap perdió 6,000 hombres. Cuando intentó tomar el puerto de Haiphong, en marzo de 1951, fue derrotado de nuevo. Y en junio, un tercer intento por dominar el delta fracasó igualmente. Por lo tanto, con gran sabiduría, el Vietminh transfirió sus esfuerzos hacia objetivos más prometedores, en especial, a dominar la zona de las tierras altas donde la artillería pesada y la fuerza aérea y blindada no podían actuar plenamente, y los franceses tenían que pelear en las condiciones impuestas por el Vietminh.

La clave del problema militar de los franceses en Indochina fue la falta de efectivos humanos; el problema político principal fue la falta de apoyo en el frente patrio. Las presiones diplomáticas deben agregarse a estos problemas. La estrategia del Vietminh fue flexible; la de los franceses fue comparativamente rígida, de manera que una y otra vez el Cuerpo Expedicionario fue sorprendido.

³ Frederick A. Praeger, Inc., Publishers.

La falta de efectivos humanos quiere decir que había muy pocos soldados cubriendo grandes extensiones de territorio, y así resultó que el Cuerpo Expedicionario era incapaz de batirse frente a los golpes relámpago de las veloces divisiones móviles del Vietminh cuando se concentraban para la ofensiva. Y cuando los propios franceses se lanzaban a la ofensiva y trataban de concentrar sus fuerzas para tomar la iniciativa en un sector dado, la acción guerrillera del Vietminh por todas partes, a lo largo de la línea los volvía a dispersar de nuevo. Además, la estrategia del Vietminh, al ser tanto política como militar, estaba concebida para aumentar la presión política y psicológica sobre el enemigo y cumplió estos objetivos en forma notable.

Un ejemplo perfecto sobre el tema es la invasión de Laos llevada a cabo por Giap, en los inicios de la primavera de 1953. La invasión se lanzó con tres divisiones del Vietminh, apoyados enteramente por unos 4,000 guerrilleros del Pathet Lao. Les hacían frente sólo 3,000 hombres de las tropas francesas, respaldadas por 10,000 hombres del ejército laosiano.

En vez de sacrificar la guarnición poco numerosa de la frontera, el mando francés le ordenó retirarse, dejando tan sólo un batallón para presentar resistencia en la retaguardia. El batallón fue aniquilado; sobrevivieron únicamente cuatro hombres. Otra guarnición que se adentraba tierra adentro, en un desastroso combate de retirada, apenas salvó 180 hombres de un total de 2,400.

Los refuerzos enviados por avión desde Vietnam detuvieron la invasión en la llanura de Les Jarres, pero a costa de un desangramiento mayor de las reservas galas en el propio teatro de operaciones, además de que se perdió todo el transporte aéreo con que contaban los franceses. El Vietminh tuvo que batirse en retirada, pero la batalla fue, desde su punto de vista, no precisamente un esfuerzo inútil.

O, como comenta Katzembach en *Time, Space and Will*:

... los resultados de la acción, aparte de si se consiguieron o no los objetivos, fue, por lo que se logró, la victoria más grande obtenida. Rara vez se consiguió tanto con tan poco.

Quizás a la reflexión serena posterior, el aspecto más curioso de toda la acción le parezca el hecho de que al principio se hacía mofa de todo diciendo: "Quien no arriesga, no gana". Cualquiera que haya sido la ganancia, no se arriesgó ninguna inversión militar de gran envergadura. Fue una aventura casi tan segura,

en una palabra, como la invasión china del Tibet.

Sin embargo, después de tres semanas de invasión he aquí lo que los comunistas habían logrado: 1] habían difundido el terror entre los franceses (lo mismo entre las autoridades civiles que militares) de Indochina y de Francia metropolitana; 2] habían dispersado las fuerzas francesas que defendían Indochina mucho más de lo que estaban al principio; 3] habían reiterado las demandas de una mayor autonomía tanto de Laos como de la vecina Camboya; 4] habían creado una situación en la que Francia tuvo que invertir en la zona una suma que llegaba a los 60 millones de dólares; 5] y esto le costó a Estados Unidos la suma extra de 460 millones en concepto de ayuda al extranjero.

Uno de los casos más interesantes de la guerra revolucionaria aparece descrito en los relatos de Vo Nguyen Giap sobre la estrategia revolucionaria utilizada para bloquear el bien conocido "Plan Navarre", el intento final hecho por los franceses para recobrar la iniciativa militar en Indochina.

El plan fue desarrollado por el último de una serie de comandantes en jefe franceses, el general Henri Navarre, y se concibió como una ofensiva estratégica destinada —como el fallecido John Foster Dulles aseguró a una comisión del Senado de los Estados Unidos— a "romper el cuerpo organizado de la agresión comunista ⁴ a finales de la temporada de luchas de 1955 [en dieciocho meses]".

Navarre reconoció privadamente, en un informe secreto que no se publicó sino hasta mucho después de la batalla de Dien Bien Fu, que la guerra en Indochina ya se había perdido cuando se puso en práctica el "Plan Navarre"; lo mejor que podía suceder, para entonces, era lograr un empate.

Pero no obstante eso, el Plan se llevó a cabo con un financiamiento y asistencia material poderosos por parte de Estados Unidos.

La estrategia de Navarre fue concentrar gran cantidad de fuerzas móviles en el delta del río Rojo, en un intento por embestir y desgastar el grueso de las fuerzas del Vietminh, durante el otoño

⁴ Obsérvese la frase, "agresión comunista"; esto después de que los vietnamitas habían peleado contra la *invasión* francesa por más de siete años. Pero la actitud de Dulles hacia una lucha en la cual, por lo menos, habían perdido unas 200,000 vidas vietnamitas, se contradice con la referencia deportiva "a finales de la temporada de luchas de 1955". Todo puede darse por temporadas, incluso los combates de la "agresión" comunista y la matanza de vietnamitas.

y el invierno de 1953, al tiempo que se ocupaba Dien Bien Fu, en el oeste, como un trampolín para lanzar desde allí poderosos golpes mortales a los comunistas de las zonas libres de la región circundante. En la primavera de 1954, cuando se suponía que el Vietminh estaría ya agotado, los franceses enviarían otras nuevas unidades recién formadas a tomar las zonas libres del Vietminh, en Vietnam del Sur; esta acción debía ser seguida por una ofensiva general al norte que llevaría la guerra a un desenlace triunfal.

Para la primera fase de la operación, durante el otoño de 1953, se concentraron cuarenta y ocho batallones franceses en el delta del río Rojo y se sucedieron una serie de feroces batallas. En enero, las tropas paracaidistas francesas ocuparon Dien Bien Fu y se creó allí un poderoso bastión.

El Vietminh, mientras tanto, lanzó su contraofensiva, cercando Dien Bien Fu y uniendo sus fuerzas con las del Pathet Lao para golpear el alto Laos; poco después, en enero, lanzó una ofensiva hacia las tierras montañosas del oeste y dos ataques posteriores dentro de Laos, uno en el sur y otro en el norte; el último liberó el valle de Nam Hu y amenazó Luang Prabang, la capital laosiana.

En marzo, mientras que los franceses se reagrupaban para reasumir la ofensiva, el Vietminh inició su histórico 55 día de asalto a Dien Bien Fu.

“La orientación estratégica de la campaña de Dien Bien Fu y de la campaña general que abarcó desde el invierno de 1953 hasta la primavera de 1954 —escribe el general Giap—, fue un triunfo típico de la línea militar revolucionaria del marxismo-leninismo aplicada a las condiciones actuales de la guerra revolucionaria en Vietnam”.

Nuestra estrategia se apoyó en un análisis completo de las contradicciones del enemigo. Estaba orientada a concentrar nuestras fuerzas en los sectores relativamente descubiertos del enemigo, aniquilando sus efectivos humanos, liberando parte del territorio y obligándolo a dispersar sus fuerzas, lo cual creaba condiciones favorables para una victoria decisiva.

Para el Cuerpo Expedicionario Francés, la guerra fue un continuo proceso de dispersión de fuerzas. Las divisiones enemigas se fragmentaron en regimientos, después en batallones, compañías y pelotones para poder distribuirse en los miles de puntos y puestos de los diferentes frentes de batalla del teatro

de operaciones indochino. El enemigo se enfrentó a una contradicción. Sin dispersar sus fuerzas, le era imposible ocupar el territorio invadido; al dispersar sus fuerzas, se encontraba en apuros. Las unidades dispersas eran fácil presa de nuestras tropas; sus fuerzas móviles se reducirían más y más y la carencia de tropas se haría más aguda. Por el otro lado, si concentraba sus fuerzas para salir de las posiciones defensivas y enfrentarse a nosotros con mayor iniciativa, debilitaría sus fuerzas de ocupación y estaría en dificultades para mantener el territorio ocupado. Ahora bien, *si el enemigo abandonaba el territorio ocupado, su verdadero objetivo en esta guerra de conquista había fracasado.* [Las cursivas son del autor.]

Los objetivos del “Plan Navarre” han sido expresados ya. Al intentar llevarlo a la práctica los franceses se encontraron frente a un dilema: no podían lanzarse a la ofensiva sin concentrar sus efectivos humanos, pero se hallaban en la imposibilidad de defender los muchos eslabones débiles de la cadena de puestos de defensa, si concentraban sus fuerzas. La falta de efectivos humanos era el factor que fallaba. Para superar esto se formaron nuevas unidades (muchas compuestas con reclutas vietnamitas, o mercenarios, como insistía el Vietminh), y las unidades existentes acantonadas en puestos que se consideraban “inamovibles” fueron trasladadas secretamente al gran complejo del delta del río Rojo.

Es inútil decir que también el Vietminh se vio obligado a tomar serias medidas para enfrentarse al “Plan Navarre”. Giap cuenta al respecto:

El problema concreto fue: el enemigo se concentraba en el delta del río Rojo y lanzaba ataques a nuestras zonas libres. Por lo tanto, ¿deberíamos concentrar nuestras fuerzas para enfrentarlas al enemigo, o movilizarlas para atacar en otras direcciones?

...al concentrar nuestras fuerzas para pelear contra el enemigo en el delta, podríamos defender nuestra zona libre, pero el enemigo era aquí todavía fuerte y nos podía diezmar con facilidad. Por otro lado, al atacar con el grueso de nuestra fuerza en otras direcciones, podríamos aprovecharnos de los puntos débiles del enemigo y aniquilar lo principal de sus fuerzas; pero, entonces, se vería amenazada nuestra zona libre.

El Comité Central del Partido Comunista estudió colectivamente

el problema, relata sobriamente Giap, y llegó a esta consigna: “frente a la nueva situación, dinamismo, iniciativa, movilidad y rapidez en las decisiones”. Aun cuando sea poco informativa, la consigna no deja de tener contenido, como lo explica Giap:

Para mantener en nuestras manos la iniciativa, deberíamos concentrar nuestras fuerzas para atacar los puntos estratégicos que eran relativamente vulnerables. Si lográbamos retener la iniciativa, lograríamos éxitos y obligaríamos al enemigo a dispersar sus fuerzas... Por otro lado, si nos hubiéramos situado a la defensiva, nos hubiera sido imposible aniquilar las fuerzas enemigas y además nuestra propia fuerza habría estado expuesta a pérdidas...

Acerca de la campaña dinámica se decidió: Teniendo siempre presente que el objetivo esencial era destruir los efectivos humanos del enemigo, el Comité Central elaboró su plan de acción con un análisis científico: concentrar nuestra ofensiva en puntos estratégicos importantes donde el enemigo era relativamente débil, con el fin de destruir parte de sus efectivos, forzándolo, al mismo tiempo, a dispersar sus fuerzas que luchaban por los puntos vitales que tenían que defender a toda costa.

Esta estrategia demostró ser correcta. Mientras que el enemigo concentraba grandes fuerzas en el Delta para amenazar nuestra zona libre, en vez de dejar el grueso de nuestras fuerzas en el Delta o esparcir nuestras fuerzas en la zona libre para protegerla con un movimiento defensivo, reagrupamos nuestras fuerzas y atacamos audazmente hacia el noreste.

El resultado fue la destrucción, dice Giap, de “miles de bandidos locales (armados por los franceses)” y la liberación de cuatro poderosos puntos estratégicos; la destrucción de gran parte de una columna francesa y el cerco de Dien Bien Fu, “lo que forzó al enemigo a llevar a cabo con presteza un traslado de refuerzos para evitar ser destruido”. Giap agrega una observación importante: “En consecuencia, el delta del río Rojo (tanto como Dien Bien Fu) se transformó en un punto secundario de la concentración de fuerzas enemigas”.

Al mismo tiempo, mientras progresaba la ofensiva en el centro de Laos, obligando a los franceses a enviar más refuerzos en otras direcciones y por lo mismo debilitando aún más el bastión del Delta, se creaba un tercer punto de concentración en la amenazada

base aérea de Seno.

Se efectuaron nuevas acciones de diversión, incluyendo el asalto por el Vietminh a las tierras altas del oeste y la ofensiva al Alto Laos, que produjeron el envío de refuerzos franceses expedidos en dos nuevas direcciones.

Para nosotros [escribe Giap] la primera fase de la campaña de invierno y primavera fue una serie de ofensivas lanzadas simultáneamente en varios sectores importantes donde el enemigo estaba relativamente al descubierto; allí aniquilamos parte de las fuerzas enemigas y liberamos regiones ocupadas, al mismo tiempo que obligamos al enemigo a dispersar sus fuerzas en varias direcciones. Mantuvimos la iniciativa en las operaciones y pusimos al enemigo a la defensiva... En el frente principal de batalla sujetamos al enemigo en Dien Bien Fu, lo que creó condiciones favorables para nuestras tropas en otros frentes de batalla.

El resultado de la estrategia del Vietminh fue aliviar la presión en las zonas libres, en tal medida que “nuestros compatriotas pudieron ir a trabajar... incluso durante el día sin ser molestados por la aviación enemiga”, y mantuvo a los franceses muy ocupados y muy esparcidos en operaciones locales de limpieza que había previsto el “Plan Navarre” como el prelude de la ofensiva general contra el grueso de las fuerzas del Vietminh en el Norte. En consecuencia, nunca se eliminó la presencia guerrillera detrás de las líneas francesas en Vietnam del Sur, y con esta amenaza constante, sumada a la presión del cerco de Dien Bien Fu, los franceses esperaban aún volver a ganar la iniciativa que habían perdido rápidamente.

El “Plan Navarre” fue destruido justamente antes de que se pusiera en práctica. La destrucción de los campos fortificados en Dien Bien Fu y la rendición de lo que quedaba de su guarnición —la suma de sus fuerzas consistió en diez y siete batallones de infantería, tres batallones de artillería, más varias unidades de tanques y tropas paracaidistas, que defendían cuarenta y nueve plazas fuertes— fue el golpe decisivo.

Tal fue la última batalla de los 55 días. “A las 01.53 hora local, el 8 de mayo de 1954, escribe Bernard Fall, silenciáronse los últimos cañones de Dien Bien Fu luego de una desesperada carga a la bayoneta de las unidades de argelinos y de la Legión Extranjera de la plaza fuerte *Isabelle* que fue ahogada tan sólo por la supe-

rioridad numérica del victorioso Vietninh: la guerra que había durado ocho años estaba llegando a su fin.”

Una comisión de reconocimiento enviada desde Francia a Saigón para apreciar las dimensiones del desastre, recomendó que los franceses abandonaran Vietnam del Norte como algo perdido y que, si podían, mantuvieran la región situada por debajo del paralelo 17. Los acuerdos diplomáticos firmados en Ginebra, que llevaron la paz a Vietnam —aunque no una paz estable— ratificó la decisión militar.

“La guerra de Indochina que finalizó el 21 de julio de 1954 a las 03.43, escribe Fall siempre preciso, le costó a las fuerzas de la Unión Francesa un total de 172,000 bajas y el abandono de Vietnam para siempre”.

VI

*El carácter político de la Segunda Guerra de Indochina.
El papel de los Estados Unidos. La extensión de la guerra.
La perspectiva.*

La calma que siguió la caída de Dien Bien Fu no fue sino un momento en el curso de la Historia, un momento tan breve que pasa inadvertido. Cinco años escasos separan la primera Guerra de Indochina, como la llama Bernard Fall, del inicio de la segunda. Y desde entonces, los acontecimientos han hecho que el Vietnam vuelva a ser el punto de preocupación del mundo, el centro de la tormenta alrededor del cual se arremolina un vasto conflicto político, un choque de ideologías y de imperios que puede originar fácilmente la guerra más grande de Asia.

Sin embargo, en opinión de algunos vietnamitas, la situación ha cambiado poco en esencia. Para los campesinos vietnamitas del sur, que contemplan desde sus arrozales los aeroplanos de guerra que rugen sobre sus cabezas volando en dirección a lejanos blancos del Norte, o que escuchan a los helicópteros roncando hacia una cita de combate, tal cosa no difiere de los aeroplanos y helicópteros que transportaban tropas francesas en lucha contra el Vietminh una década antes. Para un guerrillero comunista que está en el monte o en la aldea, el combate de hoy es igual al de ayer y el del año pasado al del año anterior; la guerra es indivisible y muchos hombres jóvenes no pueden recordar cuándo no hubo guerra.

Los uniformes norteamericanos han substituído a los uniformes franceses en Saigón; las órdenes vienen de Washington en vez de París. El Vietminh se llama hoy Vietcong, y los nuevos invasores, que durante algún tiempo recibieron el título cortés de "consejeros militares", ahora son bien conocidos como combatientes, se les llama por su nombre: norteamericanos. Esto no tiene mayor importancia: franceses o norteamericanos, Vietminh o Vietcong; la guerra continúa, persiguiendo los mismos objetivos que antes y con los mismos métodos familiares. Es el combate entre el perro y la pulga; y la pulga continúa, lenta pero inevitablemente, multiplicándose y triunfando.

El análisis de la información de la United Press International del 24 de marzo de 1965, que revela en unos cuantos párrafos el dilema de las fuerzas norteamericanas en Vietnam, pudo incluso haber sido escrito una década antes a propósito de la situación en que entonces se hallaba Francia.

Los Estados Unidos entran ahora en su cuarto año de lucha intensamente sangrienta por esta tierra de montañas, selvas, arrozales y guerrilleros comunistas.

Desde mayo de 1961, cuando los Estados Unidos se decidieron por primera vez a apoyar al gobierno anticomunista de Saigón,¹ este país ha volcado una enorme cantidad de hombres y de material bélico. Desde fusiles a cohetes, desde jeeps a tanques, desde helicópteros a bombarderos de retroimpulso, los Estados Unidos han enviado allá las armas más modernas de su arsenal, que suman un valor de millones y millones de dólares. Todo esto sin contar sus cerebros, su sangre y sus vidas. Todo ha sido en vano. La nación más poderosa del mundo ha sido incapaz de encontrar el secreto del triunfo en el sudeste de Asia.

Desde el día en que puso el pie en esta desventurada tierra, el curso de la lucha de los Estados Unidos contra los comunistas ha seguido el declive de una pendiente.

... Cuando empezó la guerra en Vietnam del Sur, los rebeldes operaban en grupos inferiores al pelotón. Eran capaces de tender una emboscada a un camión aquí o dejar fuera de combate a una avanzada aislada por allá, pero a medida que tomaban armas norteamericanas de los soldados gobiernistas muertos, sustituyeron sus armas de fuego caseras y reclutaron jóvenes para convertir los pelotones en divisiones.

El Vietcong afirma que ha liberado más de tres cuartas partes del territorio nacional, y que ha fundado escuelas, hospitales y establecimientos de servicio público.

El Vietcong señala a las ciudades como las últimas plazas fuertes del régimen de Saigón y de sus amos norteamericanos: y el hecho es que las tropas gubernamentales pasan la mayoría del tiempo en la relativa seguridad de las zonas urbanas. Son transportadas en helicópteros. Cuando van por los caminos lo hacen

¹ Pero hay que reparar en el hecho de que los Estados Unidos suministraron a los franceses material bélico aun antes de Dien Bien Fu, elevando el costo de la guerra de Indochina a la suma de 1,250 millones de dólares.

en vehículos y tanques blindados, y aún así, son emboscadas.

Valiéndose de la técnica comunista de dos pasos adelante y uno atrás, el Vietcong pone en práctica tácticas flexibles que el gobierno no podrá nunca utilizar.²

Según todos los indicios, ésta es una situación militar desesperada, mucho más desesperada que la de los franceses durante el sitio de Dien Bien Fu. Se ha ido tan lejos que todo explica lo desesperado de las respuestas de Washington, empezando con las incursiones aéreas contra las supuestas líneas de abastecimiento del Norte al Vietcong y la rapidez de la escalada, desde la primavera de 1965, y la ofensiva aérea mantenida contra una amplia variedad de “blancos de circunstancias” situados dentro de Vietnam del Norte.

El 25 de marzo de 1965, el presidente Lyndon B. Johnson, creyó oportuno declarar: “Los Estados Unidos se empeñan aún en no extender la guerra. No amenazamos a ningún régimen ni codiciamos ningún territorio. Trabajamos y continuaremos trabajando por disminuir la tensión en el escenario mundial”.

Pero tanto Hanoi como Pekín se sienten claramente amenazados por la acción militar norteamericana y la continua ofensiva aérea. Y no es sólo de ellos la ansiedad. El presidente francés De Gaulle viene presionando desde hace tiempo para lograr un acuerdo negociado de la guerra. En Londres, el 25 de marzo, el primer ministro, Harold Wilson, dijo que Gran Bretaña pediría una explicación de las declaraciones atribuidas al embajador de los Estados Unidos en Saigón, Maxwell Taylor, respecto a que los Estados Unidos harían la guerra en Vietnam “sin límite”, si ello era necesario.

Las declaraciones de Johnson respecto a sus intenciones pacíficas no coincidían con el afianzamiento de la tranquilidad en el mundo. El presidente afirmó que los Estados Unidos no pretendían extender la guerra; pero agregaba a continuación: “Esta no es una lucha de blancos contra asiáticos. Es la agresión del totalitarismo comunista contra sus vecinos independientes . . . la agresión del Norte debe ser detenida. Esta es la senda de la paz en el sudeste asiático”.

La negación implícita de la existencia de una guerra civil en Vietnam del Sur, con casi tres cuartas partes del territorio en manos de los guerrilleros del Vietcong; la insistencia en la acusación “del totalitarismo comunista” . . . y “la agresión del Norte” como alusión directa a Vietnam del Norte y a China, sugiere obviamente

² Arthur J. Dommen, *Great Decisions, 1965*, serie de la United Press International.

una conclusión ridícula.

Está claro que los Estados Unidos, al no poder dominar a Vietnam del Sur, se está preparando para extender la lucha a un escenario más amplio donde la superioridad tecnológica norteamericana pueda tener más peso; una situación como la guerra de Corea en la cual los norteamericanos desatarían sin tapujos una nueva cruzada, en gran escala, contra el comunismo en Oriente.

La finalidad ostensible de una ofensiva aérea contra Vietnam del Norte fue forzar a Hanoi —quizá también a Pekín— a negociar un acuerdo, un regreso, según Johnson, “a lo esencial de los acuerdos de 1954; un arreglo sensato que garantice la independencia y la seguridad de todo el Sudeste de Asia”. Pero Hanoi y Pekín, aun cuando apoyaran al Vietcong, están en una posición muy difícil para imponer condiciones a las guerrillas cuando están cerca de la victoria en Vietnam del Sur, y hablar de negociaciones es algo que sería difícil tomar en serio.

La situación a que se enfrentaba el Pentágono en marzo de 1965 fue resumida muy bien por el columnista de Washington, Marquis Childs, el 25 de marzo de 1965:

Los titulares de todos los días destacan los bombardeos norteamericanos a Vietnam del Norte, desvían la atención del hecho tremendo, fundamental para el conflicto en que están comprometidos los norteamericanos, de que la guerra en el suelo sudvietnamita se pierde rápidamente.

A medida que crece el dominio de las guerrillas del Vietcong se hace punto menos que imposible abastecer a las provincias lejanas excepto por vía aérea.

El incremento de los bombardeos por parte de los Estados Unidos en Vietnam del Sur y el uso del napalm³ le han ganado el odio del pueblo sudvietnamita. Es cada vez más evidente que las divisiones norteamericanas de infantería tendrán que hacerse cargo de las operaciones en Vietnam si no se quiere que la guerra termine en una derrota desastrosa. En la víspera de su visita a Washington para informar al presidente Johnson, el embajador Maxwell Taylor dijo casi lo mismo.

Porque es evidente que ha llegado el momento en que ya no hay forma de que los Estados Unidos eludan el compromiso directo y definitivo de proseguir la guerra por tierra y aire.

³ También el uso de gases ha creado un nuevo escándalo.

¿Cómo y por qué se creó esta situación? Para estudiar el conflicto de Vietnam con cierta claridad, es necesario que los norteamericanos aceptemos algunos hechos desagradables; desagradables porque estamos acostumbrados a considerarnos demócratas, anticolonialistas y defensores de la libertad, y no imperialistas ni agresores.

Mas la penosa realidad es que, desde el punto de vista vietnamita, la Segunda Guerra de Indochina es la continuación directa de la primera. Políticamente sigue siendo una lucha por la independencia territorial y por la liberación del dominio extranjero, que sigue siendo occidental. Desde el ángulo social continúa siendo una revolución socialista, es decir, marxista, orientada a destruir un sistema económico compatible con el nuestro y a substituirlo por otro que, como acontece, no lo es.

En su esfuerzo por bloquear este proceso, los Estados Unidos han asumido la posición del poder colonial francés en Vietnam del Sur y utilizan métodos similares para perseguir objetivos semejantes. Es improbable que la historia establezca alguna diferencia importante entre los colonialistas franceses y los “anticomunistas” norteamericanos. Resulta evidente que se ha borrado toda distinción entre los soldados franceses y los “consejeros militares” norteamericanos, y se hace más claro cada día que si Francia pretendió mantener a Vietnam como una colonia —parte de la otra vasta zona de influencia—, los Estados Unidos pretenden convertirlo en un satélite propio, esto es, como parte de un dominio asiático que nosotros juzgamos esencial para los intereses norteamericanos; un dominio que depende económica, política y sobre todo militarmente de nosotros.

He aquí la enumeración de los hechos en esta zona donde se enfrentan fuerzas de alcance mundial. La Segunda Guerra Mundial acabó con las viejas zonas de influencia y con el antiguo equilibrio de fuerzas; la primera Guerra de Indochina es parte de esta desintegración. Ahora se halla en proceso un nuevo alineamiento, como el llamado Tercer Mundo, el mundo subdesarrollado de las antiguas colonias, como campo de batalla y objeto de discordia. Lo que no caiga dentro de la órbita norteamericana caerá —así lo tememos— dentro de la órbita comunista (China o Rusia). De aquí nuestro interés en Vietnam del Sur; asumimos el papel que tenía Francia en ese país.

“Los riesgos en el sudeste de Asia son enormes”, afirmaba *The*

New York Times el 24 de mayo de 1964. "Si los comunistas se apoderan de Laos y Vietnam del Sur, se harán dueños también de Camboya, Tailandia y Birmania; acaso de Malasia y Filipinas: un área donde viven cerca de 150 millones de personas".

La caída de Vietnam del Sur, dijo el ex presidente Eisenhower, significaría "una pérdida enorme de prestigio; la pérdida de todo el sudeste asiático".

Joseph Alsop escribió: "Si se acepta como inevitable la derrota en Vietnam del Sur, la opinión general es que ella será la peor y más costosa que hayan sufrido los Estados Unidos en este siglo". Y en *Life* del 12 de junio de 1964: "... abandonar el sudeste asiático será un desastre. Se apoderarán de él los comunistas. Los Estados Unidos demostrarían que les falta capacidad para vencer a la guerra de guerrillas y la confianza para mantener las promesas hechas a sus aliados. Sus unidades militares tendrían que retirarse de Okinawa; Japón y Filipinas se hallarían en peligro; Indonesia estaría fuera de alcance y la influencia de los Estados Unidos en Asia llegaría sin duda a su fin".

Estas perspectivas tienen la rúbrica oficial de Washington. He aquí lo que dijo el Secretario de la Defensa, Robert S. MacNamara, en una declaración de tipo político: "La supervivencia de un gobierno independiente [léase dirigido por los Estados Unidos] en Vietnam del Sur es tan importante para la protección del sudeste de Asia y para el mundo libre, que no concibo ninguna otra alternativa que tomar todas las medidas dentro de nuestras posibilidades para impedir una victoria comunista".

El difunto presidente Kennedy llamó *vital* para los Estados Unidos al sudeste de Asia para el mantenimiento en el Pacífico del poderío norteamericano, y apenas en junio de 1964, el presidente Johnson declaró que los Estados Unidos se arriesgan a una guerra, es decir, a una guerra con China, en defensa de esa zona.

Los compromisos norteamericanos crecieron a lo largo y a lo ancho. En mayo de 1965, cerca de 45,000 norteamericanos prestaban servicios en el teatro de operaciones vietnamita, comparados con sólo 685 en 1959. La ayuda directa militar y económica al gobierno de Saigón ascendió a fines de año a 700 millones anuales, que suman un total de *cinco mil millones y medio* desde 1954.⁴

⁴ "El valor de cinco mil millones y medio de dólares de la ayuda a Vietnam del Sur, a los que se agregan 18,000 'consejeros' norteamericanos, y ahora el temor de una guerra con China, no han sido suficientes para hacer comprender que el agua derramada no se puede volver a recoger. Además

La guerra prosigue y los norteamericanos cumplen el papel que una vez desempeñaron los franceses. Hay, sin embargo, diferencias importantes, la mayor parte de las cuales favorecen a los comunistas.

La incapacidad política y psicológica de Washington para llamar al pan pan y al vino vino, sitúa a los Estados Unidos en una posición difícil para combatir en lo que sigue siendo esencialmente una guerra colonial. En vez de un sojuzgamiento directo, hay un gobierno nativo inestable en Saigón y un Estado Mayor vietnamita, para el cual la delegación militar norteamericana mantiene la relación de "consejeros". El peso de la guerra, que normalmente recae sobre las tropas de la potencia invasora —los Legionarios Extranjeros franceses, marroquíes y otros (principalmente extranjeros que estaban por encima de la política vietnamita)—, lo soportan ahora cerca de 400,000 hombres de las tropas nativas vietnamitas, que tienen, como el resto de la población de su patria, sus propias ideas al respecto, que no ven la guerra con los mismos ojos que nosotros, y cuyos objetivos no son los mismos que los norteamericanos.

Los franceses no estaban empeñados en disputar un torneo de popularidad en Vietnam. Eran hombres de armas y colonialistas declarados, seguros de su misión "patriótica". Su guerra era militar y no les preocupaba demasiado perderla en el campo de batalla. La salida de los franceses y la ocupación de su puesto por los norteamericanos, señala un cambio político importante. El gobierno de Saigón, en tanto que instrumento claro de la política norteamericana y de hecho una dictadura militar, no se halla en la posición relativamente independiente de los gobiernos militares extranjeros que soportan a un ejército de ocupación. Está obligado a tomar en cuenta la opinión pública, a mantener la confianza no sólo de sus banqueros, los Estados Unidos, sino también del sector de la población vietnamita que lo apoya o acepta, incluyendo su gran ejército propio un tanto pesado, con su cuerpo de oficiales

de tan enorme suma, se enviaron a Francia mil millones y cuarto para ayudarla en la guerra de Indochina, antes de que este país se retirara en 1954. Hoy, en cambio, gastamos un millón y medio al día y muy pronto llegará a dos millones, precisamente como ayuda al Vietnam, sin contar los gastos que ocasiona nuestra propia fuerza militar en el sudeste de Asia. Pese a que a menudo el pueblo norteamericano protesta, vamos a seguir invirtiendo más en esta tarea infructuosa e inútil". Palabras del senador Wayne Morse, del estado de Oregón, en el Senado de los Estados Unidos, agosto 5 de 1964.

intrigantes e inseguros.

La inestabilidad de tales regímenes títeres ante una guerra de guerrillas es revelada por los hechos: no menos de nueve gobiernos, comenzando con el de Ngo Dinh Diem, han sido derrocados desde 1963, y el décimo no es más fuerte que los anteriores.

Al mantener la comedia de que las autoridades actuales de Saigón constituyen un gobierno independiente, del cual los Estados Unidos son un simple aliado que generosamente lo ayuda a resistir la "agresión del Norte", Washington sufre una merma en su autoridad y está expuesto a presiones políticas de las cuales Francia, no obstante la pesadilla de sus propios problemas políticos internos, se vio relativamente exenta.

Los fracasos militares, el reclutamiento impopular, las pugnas religiosas, los motines estudiantiles, los generales intrigantes y ambiciosos, el cansancio de la guerra; un sinnúmero de factores complejos puede romper el delicado equilibrio político y dejar al Pentágono en la situación de hacer una guerra sin que hubiera gobierno en Saigón, esto es, sin nadie que diera la cara. No debe causar extrañeza el hecho de que los militares del Potomac deseen fervientemente expandir la guerra, para confiar a sus propias fuerzas todo el peso de la contienda y así (prosigue el argumento militar) poderla dominar, libres por fin del viscoso fango de la política oriental.

De cualquier manera, la decisión final respecto a una intervención masiva norteamericana, no dejó dudas, a finales de 1964, de que la guerra contra las guerrillas en Vietnam del Sur no podría ser ganada por los medios hasta ahora aplicados, y que muy fácilmente podía perderse.

El curso de la insurrección en el Vietnam del Sur, que tenía muy poco que ver con Hanoi hasta que llegó a su fase crítica, e incluso mucho menos con Pekín excepto en el aspecto ideológico, ha seguido el modelo clásico de la primera Guerra Indochina.

Los actos aislados de terrorismo y los ataques esporádicos a puestos militares o policíacos distantes, iniciados a comienzos de 1955, no parecían ser fáciles de dominar, a no ser que se recurriera a la acción decidida del ejército. Sin embargo, el régimen de Diem no podía dar tal respuesta sin confesar que las cosas no iban muy bien en el país, y no encontraba el recurso político que la hiciese admisible. En vez de eso, Diem imitó al avestruz: aparentó que tenía a raya a los "bandidos" y confió en que la policía nacional justificaría muy pronto su esperanza.

Mientras tanto, la amenaza del Vietcong se transformó en peligrosa realidad: las guerrillas alcanzaron un poder formidable y eran suficientemente capaces para enfrentarse al ejército vietnamita, aunque éste se hallaba respaldado por las armas, la aviación y los "consejeros" norteamericanos. El aumento progresivo de la ayuda militar y económica de Estados Unidos al gobierno de Saigón siempre quedaba a la zaga de las necesidades reales de la situación.

A mediados de 1964, los ataques efectuados al nivel de pelotón, abrieron el camino para organizar asaltos con batallones e incluso con regimientos y el Vietcong dejaba de componerse de unas cuantas bandas dispersas de guerrilleros para convertirse en un ejército de más de 140,000 hombres, que incluía tanto a los *chu luc* regulares como a los auxiliares.

Neil Sheehan, de la United Press International, informaba el 27 de abril de 1964: "A partir de unas cuantas bandas dispersas, respaldadas por una organización política secreta perfectamente extendida, el Vietcong comunista ha creado una formidable fuerza de combate de 40,000 hombres. Se encuentran organizados en 45 batallones dentro del país que tienen el apoyo de más de 100,000 guerrilleros no muy bien armados, pero eficientes local y regionalmente".

Se habían establecido poderosas zonas de resistencia en la retaguardia y el gobierno de Saigón se encontraba realmente aislado de la población rural, que constituye el 85 por ciento de una nación de 16 millones de habitantes esparcidos en una superficie de más de trescientos veinticinco mil kilómetros cuadrados.

Fuera de los grandes centros de población, las guerrillas eran virtualmente inalcanzables en la mayor parte del país; sólo podían ser perseguidas por la aviación y ocasionalmente por grandes fuerzas expedicionarias transportadas en helicópteros, que tanteaban en la oscuridad como buscando agujas en un pajar. Las columnas blindadas del gobierno se hallaban en posibilidad de entrar a las zonas del Vietcong, pero con el peligro de ser emboscadas y sin ninguna esperanza de conservar o ejercer autoridad sobre la población.

La mayoría de las carreteras principales y casi la totalidad de los caminos secundarios estaban cortados; algunas capitales de provincia sólo eran accesibles por aire; y un anillo de bases insurgentes situado alrededor de Saigón creaba una atmósfera de sitio incluso en la capital, por los combates que se entablaban a diez o quince kilómetros de la ciudad.

El Vietcong conservaba una economía rural próspera en sus propias zonas, y los recaudadores de impuestos del Vietcong obtenían importantes rentas del comercio que se mantenía entre las regiones insurgentes y las ciudades, en tal forma que aun la gasolina usada para transportar las tropas gubernamentales al combate había sido gravada por los comunistas cuando iba de paso a los depósitos.

La ayuda económica a Saigón, además de la ayuda militar, era casi de 241 millones al año; su finalidad: mejorar la economía agrícola para ganarse el apoyo de la población rural. Pero el director de operaciones de la Agencia para el Desarrollo Internacional (A.I.D.), James Killen, estimó que del 10 al 15 por ciento del total fue a dar a las "zonas crepusculares", lo que puede estar en manos del gobierno o en las del Vietcong.

El 15 de agosto de 1964, *The New York Times*, informaba: "El dominio de una zona puede cambiar por la noche. En muchas partes del país, los trabajadores de una zona dominada por los norteamericanos concluyen un proyecto de ayuda técnica, un puente, un camino o un pozo. Pero sucede que los guerrilleros ocupan la aldea en el momento que los norteamericanos y sus ayudantes vietnamitas se retiran".

Lo que ha sucedido en Vietnam del Sur recuerda las experiencias de China, y de Cuba en otro hemisferio. Los insurgentes han establecido un sistema económico y político eficaz, han dividido al territorio nacional, y sin embargo el ejército enemigo todavía puede ir a donde guste —pero siempre con gran fuerza—, aunque no podría dispersarse demasiado para resistir los ataques concentrados de las guerrillas. Por lo tanto las tropas se han recluso cada vez más en sus guarniciones de las grandes ciudades, y cada vez se han vuelto más impotentes.

Las operaciones de "limpiar y tomar", calcadas de la táctica francesa de la "mancha de aceite" fueron ineficaces para salvar la situación, por razones obvias. La estrategia de "limpiar y tomar" se halla destinada al fracaso porque el gobierno, aun cuando es suficientemente fuerte para limpiar temporalmente una zona dada, no puede tomar muchas de esas zonas sin que se dispersen peligrosamente sus fuerzas. Frente a una acción de "limpiar y tomar", las guerrillas se alejan y redoblan su actividad en cualquier otra parte. Suponiendo que el ejército sudvietnamita, estuviera disperso uni-

formemente en todo el territorio nacional, tendría tres hombres armados por cada milla cuadrada, lo que nos permite ver claramente por qué "limpiar y tomar" no puede tener éxito contra el Vietcong, que posee una fuerza de 140,000 hombres en armas y el apoyo virtual de toda la población rural.

Aquí es donde Saigón y sus consejeros militares norteamericanos tropiezan con el dilema francés tan bien comprendido por Giap: Si esparcen sus fuerzas se volverán tan débiles que no podrán defenderse y sus efectivos humanos serán destruidos por partes. Por el contrario, si concentran sus fuerzas, abandonarán el territorio que deberían ocupar, por lo que la victoria no significará nada si no hay ocupación del territorio nacional.

Más de 3,000 hombres de las tropas gubernamentales se mueven penosamente en los inundados arrozales... hacia una supuesta plaza fuerte comunista, 55 kilómetros al noreste de Saigón en una de las más grandes y más provechosas operaciones de la guerra de Vietnam.

Un rojo de las tropas localizadas hirió de un tiro a un soldado vietnamita y escapó.

Esta noticia, como otras, reflejan una situación típica. Como en la mayoría de las insurrecciones, las guerrillas pudieron escoger el blanco y aceptar o rechazar el combate. El gobierno, falto de la información que brinda el apoyo popular, se vio marchando a ciegas en la oscuridad, empeñado en una tonta aventura que fue estúpidamente cara para los resultados obtenidos. Una información cablegráfica del 21 de abril de 1964 proporciona más evidencias de las mismas debilidades:

Una serie de datos estadísticos gubernamentales de hoy, revelan los fracasos de esta guerra. Las operaciones gubernamentales con pequeñas unidades, tales como patrullas de reconocimiento o exploración, llegaron a la cifra de 5,190 durante la semana. El informante dice que de todas ellas sólo se hizo contacto con el enemigo en menos de 70 ocasiones.

Aclaremos que "contacto" no implica necesariamente ningún éxito ulterior.

Como ya he señalado, el gobierno de Saigón se había colocado en una posición desventajosa frente a la oposición al no admitir,

durante varios años, la importancia de la resistencia armada existente en Vietnam del Sur. Los choques aislados con las guerrillas eran despreciados como si se tratase de actividades de los remanentes despreciables del Vietminh en el país, que tardaban en desaparecer. Sólo hasta cinco años después el régimen de Diem se vio forzado a reconocer el hecho innegable de que una insurgencia madura estaba en desarrollo.

Mientras tanto, el Vietcong había creado un aparato político clandestino y había organizado unidades guerrilleras al nivel de las aldeas y las regiones, en previsión de la lucha futura. La estrategia inicial del movimiento estuvo orientada a romper los vínculos políticos del mando de Saigón con las zonas rurales, aislar al gobierno de una población agrupada en cerca de 17,000 pueblecitos y 8,000 aldeas por medio de la subversión, el secuestro o el asesinato de las autoridades locales, en especial, alcaldes y miembros del Consejo Municipal. La campaña comenzó en 1957, cuando fueron liquidados más de 700 funcionarios, y se suspendió de pronto en 1959, para reiniciarse a lo largo de 1963, pese a los esfuerzos del gobierno para impedirlo, lo que en su conjunto sumó en total 13,000 vidas.

Una vez destruidos los nexos políticos entre la capital y las aldeas, las guerrillas empezaron a estructurar su ejército. Pese a los comunicados políticos que hablaban de una ayuda proveniente del "agresor del Norte", la realidad es que casi el 90 por ciento de las armas del Vietcong provienen del equipo norteamericano capturado a las tropas gubernamentales.

Los propios datos estadísticos de Saigón reconocen que el Vietcong capturó 4,853 armas durante 1960, mientras que él, a su vez, sólo perdió 921, con una ganancia neta de 3,932, suficientes para armar un regimiento. En 1962, los insurgentes capturaron 52,000 armas y perdieron 4,850, y en 1963 la ganancia fue de 83,000, las pérdidas solamente de 5,400; el total representa una ganancia neta para el Vietcong, durante un período de dos años, de 128,682 armas de todos los tipos, un número casi igual al total de los guerrilleros en todo Vietnam del Sur.

De acuerdo con la Associated Press, citada por I. F. Stone en el Bisemanario de mayo 13 de 1963, recogimos esta cita textual:

P: ¿Qué hace el Vietcong para conseguir sus armas?

R: La mayoría de las armas del Vietcong son armas modernas del ejército de Estados Unidos, tomadas a las unidades del go-

bierno en emboscadas o en los ataques a las avanzadas. Es frecuente que las unidades del Vietcong se organicen inicialmente sin disponer de armas. Los organizadores políticos les dicen a sus compañeros y compañeras que al principio hay que pelear con armas hechas a mano, como lanzas, puñales, espadas y escopetas rústicas. Para obtener buenas armas, la unidad debe quitárselas al adversario. Es evidente que el sistema funciona. Las armas del Vietcong incluyen ahora los modernos cañones sin retroceso, morteros pesados, buenas ametralladoras y un buen número de subametralladoras.

Como se indicó antes, la mayoría de las armas del Vietcong fueron tomadas durante los encuentros con pequeñas unidades. Así se produjeron las bajas gubernamentales, que fueron el resultado de muchos, aunque pequeños, ataques dispersos, lanzados cuando se contaba con una mejor posición y con efectivos mayores, lo que aseguraba al Vietcong victorias fáciles. Las acciones insurgentes con unidades al nivel de batallón fueron raras hasta el año 1963, y no fue sino hasta bien entrado 1964 que el Vietcong comenzó a dar batallas aisladas de posiciones al estilo convencional, abandonando ocasionalmente la táctica de guerrillas para medir fuerzas localmente. El cambio de táctica, si bien no era aún un modelo seguro, fue un índice importante que indicaba que la guerra se desplazaba hacia una nueva fase, partiendo del período de la llamada estrategia defensiva a la etapa en que se lograba un equilibrio de fuerzas; y el gobierno sudvietnamita cedió la iniciativa a los insurgentes.

A lo largo de 1964, el Vietcong demostró el incremento de su capacidad para ofrecer combate cuando lo exigían las circunstancias, con resultados siempre desastrosos para las fuerzas gubernamentales:

El número de bajas publicado hoy demuestra que el gobierno de Vietnam del Sur sufrió su mayor pérdida la semana pasada en la guerra contra las guerrillas comunistas.

Un informante del Mando de Consejeros Militares de Estados Unidos dice que las bajas de las fuerzas de Saigón, durante la semana que comenzó el 12 de abril, ascienden a un millar. De esta cifra, 200 fueron muertos en acción, 600 heridos y 140 capturados o perdidos... Durante la semana se registraron 26 bajas norteamericanas, incluyendo un muerto en acción.

Las acciones de la semana incluyeron una operación de cinco días al sur del delta del Mekong, cerca de la localidad de Kien Long. La operación fue una de las batallas más feroces y prolongadas de la guerra. La batalla de cinco días, que dio principio con un ataque del Vietcong a Kien Long, se declaró terminada oficialmente el jueves por la tarde, cuando las fuerzas gubernamentales perdieron al fin contacto con las guerrillas.

The New York Times, 22 de abril de 1964.

Se informó que las guerrillas comunistas atacaron cinco puntos avanzados gubernamentales y hundieron un barco que estaba atracado, en una acción de fin de semana cerca de la frontera de Camboya; resultaron 46 soldados sudvietnamitas muertos o perdidos. El Vietcong capturó también un fuerte aprovisionamiento de armas y municiones gubernamentales.

United Press International, 18 de mayo de 1964.

Un ataque aéreo masivo efectuado el miércoles contra una fortaleza del Vietcong en la selva, 40 millas al noroeste de Saigón, halló la base evacuada. El Vietcong, con su "gobierno invisible" que opera en la mayor parte de las ciudades y aldeas de Vietnam del Sur, fue nuevamente prevenido, al parecer. A fines de la semana la ofensiva prosiguió barriendo toda la zona; tomaron parte 7,000 hombres de las tropas gubernamentales. Sin embargo, sólo se informó acerca de contactos leves y el conjunto de la operación despertó dudas en el mando de los consejeros norteamericanos, respecto a la eficacia de los asaltos en gran escala contra un ejército escurridizo.

The New York Times, 22 de noviembre de 1964.

Ayer, en un golpe relámpago dado antes del amanecer, las guerrillas comunistas del Vietcong, brotando de las montañas selváticas situadas al noroeste de Saigón, arrasaron uno de los distritos principales de la capital... En Washington, el presidente Johnson pidió un intercambio de consultas urgentes con el gobierno de Saigón para mejorar en todos sus aspectos la guerra contra el Vietcong.

United Press International, 2 de diciembre de 1964.

El índice de la lucha durante 1964 señala que los comunistas han ido ganando rápidamente la iniciativa militar. "Cuando em-

pezó a crecer la ayuda militar de los Estados Unidos a Vietnam del Sur, en noviembre de 1961, informa la United Press International, la situación se consideraba crítica porque el Vietcong había adquirido la fuerza suficiente para lanzar no menos de 1782 ataques y una serie de acciones de menor importancia durante ese mes. Pero en noviembre de 1963, después de dos años de una ayuda norteamericana masiva, tanto militar como económica, los ataques y escaramuzas del Vietcong han llegado a 3,182 durante el mes”.

En diciembre se informó que el incremento de la ayuda había *duplicado* el número de la fuerza aérea sudvietnamita, pero se vio claro que los resultados no tuvieron el mismo nivel en el aumento del poder destructor. Así lo informa *The New York Times* del 3 de diciembre:

Las incursiones aéreas lanzadas por el gobierno contra los grupos insurgentes han obligado al mando comunista a hacer ajustes en su táctica de combate, pero no hay indicios de que haya descendido su moral o decisión de lucha, de acuerdo con un nuevo informe sobre la efectividad de las armas en la guerra de guerrillas. . . El informe encontró que hasta ese momento los intentos de despejar de árboles los refugios en la selva habían afectado poco las acciones militares de los comunistas. Aun los guerrilleros inexpertos han aprendido a protegerse de los bombardeos. . . El Vietcong está aprendiendo a protegerse cuidadosamente contra los ataques. En sus áreas principales de operaciones hay túneles y cuevas subterráneas amplios, lo suficientemente fuertes para soportar en ciertos casos el impacto directo de bombas de 500 libras. Guerrilleros veteranos ven desde lejos los aviones y deducen si su misión es de bombardeo, limpieza de bosque, reconocimiento o transporte.

El informe del estudio demostró que algunas unidades del Vietcong cuentan con personas entrenadas especialmente para calcular la caída de las bombas o la llegada de los proyectiles de artillería y lo relacionan con las explosiones escuchadas. De esta manera se dedican a calcular y encontrar los proyectiles y explosivos fallidos, que recogen para su propio uso [minas de tierra, bombas, granadas, etc.]

La relación entre las bajas gubernamentales y las del Vietcong, se ha ido modificando radicalmente con el tiempo, y el resultado es que aumentan las primeras y disminuyen las segundas, incluso

en las propias apreciaciones del gobierno. Los datos oficiales tal como lo informó *The New York Times* el 18 de octubre de 1964, señalan:

- 1961. Bajas gubernamentales: 9,000; Vietcong: 13,000.
- 1962. Gubernamentales: 13,000; Vietcong: 33,000.
- 1963. Gubernamentales: 19,000; Vietcong: 28,000.
- 1964. Gubernamentales (para seis meses): 11,390; Vietcong: 9,000.

Conviene advertir que las bajas del Vietcong citadas por Saigón son 1] apreciaciones hechas por la parte contraria 2] en las que casi siempre se incluyen las víctimas civiles de los bombardeos aéreos y de los ataques de artillería como pertenecientes al Vietcong, en vez de identificarlas realmente tal como son. La prueba de esto se obtiene al comparar el número de armas tomadas por el gobierno con el número de bajas que se informa haber hecho al Vietcong, contra las bajas gubernamentales reconocidas y las armas perdidas. En el segundo caso, hay una amplia coincidencia; en el primero, una sorprendente disparidad. Las armas capturadas al Vietcong difícilmente, si sucede, coinciden con la lista de bajas del Vietcong, hecho que da lugar a sospechar seriamente, en primer lugar, que las muertes en cuestión no son de gente armada.

Además, el alto número de bajas enemigas registradas durante las acciones aéreas plantea el problema de la exactitud de las bajas consignadas. Si no hay quien cuente los cadáveres, mucho menos habrá quien los identifique.

En relación con esto, Bernard Fall escribe en *The Two Viet-Nams*:

Tal como se emplea ahora la táctica aérea en Vietnam no se pueden comprender los partes oficiales de la Fuerza Aérea Sudvietnamita. En una acción aérea no común de tres días, en enero de 1963, la FAVN alcanzó los siguientes blancos: 1 casa y 20 garitas, a 16 y 35 kilómetros al oeste de Pleiku; 3 casas, a 45 kilómetros al oeste de Qui-Nohn; 4 casas y un campo de arroz a 35 kilómetros al oeste de Pleiku; 25 casas destruidas y 10 dañadas a 27 kilómetros al sudoeste de Quang Ngai; 15 casas al noroeste de Pleiku; 2 casas a 30 kilómetros al norte de Bien Hoa. Y en las acciones en contra de las concentraciones del Vietcong en las llanuras de las Cañas y el bastión de la sel-

va en la Zona D, al norte de Saigón, el ERVN [Ejército de la República de Vietnam] informó que las descargas artilleras de tierra mataron a 76 enemigos y la artillería de la aviación a 400, pero sólo se capturaron 9 armas individuales y 5 armas de uso colectivo (ametralladoras, morteros) y “se destruyeron más de 400 casas y chozas”.

No hace falta mucha imaginación para adivinar a quién de estas bajas “enemigas” le correspondía serlo.

El uso indiscriminado de la aviación contra los supuestos blancos del Vietcong explica con creces el odio que la población rural siente contra el gobierno de Saigón. Dificilmente se puede esperar que el campesino sienta simpatía por un gobierno, cualquiera que éste sea, del cual no recibe otro trato que los ataques con napalm y cohetes. Por otro lado, tienen ellos toda la razón para sentirse solidarios con los guerrilleros, generalmente reclutados en sus propias aldeas, con quienes comparten peligros y penas.

Para el mundo, que está fuera de los pueblecitos y aldeas sudvietnamitas, los insurgentes son agentes del comunismo internacional. En las chozas de bambú y paja donde viven, en los pueblecitos que han “liberado”, los guerrilleros del Vietcong hablan, como los vecinos del lugar, de cosas sencillas.

“Mi aldea era un infierno cuando la atacaban cada noche —dijo el hijo de un campesino de escasos 20 años—. Si el gobierno fuera lo suficientemente bueno o fuerte, pensaba, debería ser capaz de protegernos por las noches —y agregó—: Entonces supuse que tal vez la gente del Frente de Liberación tenía razón. Ahora se que sí la tienen. No me arrepiento de haberme unido a ellos”.

Otro joven dijo: “Sentía miedo y rabia cuando atacaron nuestro pueblo. Pero tenía que irme con ellos y ahora estoy contento de haberlo hecho”.

El que hizo la encuesta fue un reportero vietnamita. Tuvo que viajar en autobuses locales de los pueblecitos de las zonas en peligro o en disputa del delta y llegó a uno donde no había lucha. La autoridad era ejercida día y noche por los comunistas... Aparte de los dirigentes, los guerrilleros parecían haber alcanzado apenas la adolescencia o rozar los veinte años. No daban sus nombres por temor a que fueran revelados al gobier-

no. Todos decían ser nativos del lugar. Todos hablaban el vietnamés con acento local . . .

Cuando se le preguntó al dirigente qué pensaba de Ho Chi Minh, el presidente de Vietnam del Norte, dijo: “Es un gran revolucionario. Lo queremos, pero no es él quien nos dirige. Somos sudvietnamitas y estamos luchando por la liberación del Vietnam del Sur”.

The New York Times, 23 de noviembre de 1964.

En la mayor parte del campo sudvietnamita la administración del Vietcong es el único gobierno que existe, con sus escuelas y hospitales propios funcionando, sus propios censos, direcciones de fincas, oficinas de impuestos y agencias de información. Él es el que gobierna por abandono del contrario, puesto que allí no existe ninguna verdadera delegación gubernamental, desde que se hicieron más frecuentes, como los únicos contactos con Saigón, las expediciones punitivas ocasionales transportadas por helicópteros o en columnas motorizadas blindadas que desafían las minas sembradas en los caminos. Cuando el ejército se va, como está obligado a hacerlo, la vida vuelve a ser como antes y poco a poco, a través de presiones incesantes sobre las avanzadas del ejército y las instalaciones gubernamentales en las zonas inciertas, el Vietcong amplía sus dominios.

En Washington y en Saigón se alaba la idea de que el secreto de la lucha está en el apoyo popular, sin el cual no se puede ganar la guerra. “Debemos tener presente”, dijo el teniente general William C. Westmoreland al hacerse cargo del mando de las fuerzas norteamericanas en Vietnam del Sur, “que la campaña la debemos ganar al nivel de la provincia, el departamento, el municipio y la aldea, donde el combate debe emprenderse para conquistar los corazones y las mentes del pueblo”.

Hasta ahora, no parecen haberse descubierto los medios para alcanzar tan laudables objetivos. Los lanzamientos de bombas de napalm y el rocío químico que destruye los sembrados junto con la selva no parecen conquistar los corazones y las mentes.

En 1962, el régimen de Diem inició un programa calcado en las experiencias británicas en Malasia para incorporar la población rural a las “aldeas estratégicas” —un esfuerzo económico de 60 millones de dólares que incluía la construcción de miles de comunidades fortificadas con empalizadas y la destrucción de las viviendas aisladas— como un medio para cortar la insurrección desde

su base popular.

El objetivo propuesto eran 12,000 aldeas fortificadas para finales de 1963, suficientes para alojar en la práctica a toda la población rural del Vietnam del Sur. El número efectivamente construido es incierto, debido a los falsos informes gubernamentales de los encargados del programa y porque muchas de las aldeas fortificadas cayeron en manos del Vietcong o fueron destruidas tan pronto como se edificaron. A principios de 1964, el programa se había venido abajo en tal forma que la Associated Press informó:

El régimen de Diem fue echado al olvido hace cuatro meses, pero los norteamericanos en Vietnam todavía no ven una mejora apreciable en la política general que norma la estrategia de la aldea. La mayor parte de los norteamericanos que tienen que ver con el programa de 60 millones, que empezó hace dos años con gran escándalo publicitario, afirman que sigue de mal en peor.

El traslado forzoso de los aldeanos desde sus viejas viviendas, hecho que no compensa las pérdidas ocurridas en el traslado, y el carácter de campo de concentración de las aldeas empalizadas con sus alambres de púas y sus mojones de concreto, produjeron un efecto contrario al deseado. El programa, en vez de ganarse la confianza de los aldeanos se malquistó más con ellos. En vez de impulsarlos hacia las aldeas, los jóvenes se esfumaban en la selva para unirse al Vietcong, y las mujeres jóvenes los seguían rápidamente, quedando muchas de las nuevas comunidades habitadas casi sólo por los no aptos: los muy jóvenes o los muy viejos.

La reorganización de la policía nacional fue considerada uno de los aspectos principales del programa contrainsurgente, y se crearon once instituciones policíacas, en varias partes del país, a fin de alcanzar una suma de efectivos que llegaran a 50,000 miembros para fines de 1965. La policía fue considerada como un elemento crucial en el proceso de mantener el dominio en las zonas donde se eliminaran las guerrillas del Vietcong, para vigilar cualquier movimiento, localizar los agentes del Vietcong y para mantener la ley y el orden en las aldeas donde se habían roto los lazos regulares con el gobierno central.

El programa parecía adecuado, pero subsistía la pregunta: ¿Có-

mo podrá sentirse segura la policía allí donde ni siquiera las patrullas militares lo están?

Aun las aldeas fortificadas que contaban con una milicia local fuerte, eran objeto de los ataques guerrilleros y a menudo eran atacadas precisamente por el botín militar que ofrecían: armas, radiotransmisores, medicinas, provisiones. La lógica indica que lo mismo habría de pasarle a cualquier puesto de policía dondequiera que se instalara. La policía se halla frente al mismo dilema que los militares: si se concentra en puntos fuertes, fracasa en sus intentos de ocupar y dominar el campo; si se reparte en todos los municipios, su número en cada lugar será muy reducido —aun con su fuerza de 50,000 hombres— para defenderse y las unidades aisladas pueden ser eliminadas por separado.

Las palabras de Giap recuerdan esta situación: “Esta guerra tiene un solo objetivo: la ocupación y dominación del país. La naturaleza y el verdadero fin de la campaña obligan al enemigo a dispersar sus fuerzas tanto como sea posible con vistas a ocupar el territorio invadido. Durante la guerra contra los franceses . . . el adversario se enfrentó a una contradicción: le era imposible ocupar el territorio invadido sin dividir sus fuerzas. Pero la dispersión le creaba dificultades. Sus unidades esparcidas eran fácil presa para nuestras tropas y fuerzas móviles, que las mermaban más y más . . .”

La declaración de Giap es más que un análisis. En la difícil primavera de 1965, esto pudo haber sido tomado como una advertencia. Mas ampliar la guerra, comprometer a mayor número de soldados norteamericanos para luchar en la desesperante guerra de la pulga de Vietnam fue una tentación en que cayeron los militares norteamericanos, acostumbrados a pensar en términos de problemas militares y objetivos estrechos, que pensaban desentenderse de la política y concretarse tan sólo a los resultados de las batallas.

Pero incluso si reducimos las cosas al estrecho marco militar, ¿puede una fuerza expedicionaria norteamericana conquistar Vietnam, donde ya fracasó una fuerza expedicionaria francesa?

Los franceses, al menos, no lo creen así, y mi opinión se apoya en su dolorosa experiencia.

“No parece posible, dijo el presidente De Gaulle, en una conferencia sostenida en París el 23 de julio de 1964, que pueda haber una solución militar en Vietnam del Sur. Claro está que no deja de haber quien piense que los norteamericanos pueden buscar en

cualquier otra parte esta solución militar que no logran encontrar allí, extendiendo si fuera necesario la guerra hacia el norte, y no hay duda de que tienen los medios suficientes para esto”.

“Pero es más difícil aceptar que deseen cargar con el enorme riesgo de una guerra general. Por lo tanto, puesto que la guerra no puede ofrecernos la solución, debemos optar por la paz. Esto supone un retorno a los acuerdos tomados hace diez años . . .”

El retorno a las condiciones de hace una década será la vuelta a los términos de un tratado —el que obliga a Ho Chi Minh y a su gobierno pero que no pesa claramente sobre los insurgentes de Vietnam del Sur—, por el cual los franceses aceptaron la derrota después de una guerra que les costó cinco mil millones de dólares y 172,000 bajas entre muertos, heridos y desaparecidos, en una lucha en la cual el Vietminh también tuvo que pagar cara la independencia del Norte, con la suma de 300,000 bajas.

Parece muy poco probable que pueda convencerse al Vietcong de que acepte, en 1965, después de otra década de sacrificios, un retorno a las condiciones de 1954. ¿Por qué deberían hacerlo?

Viendo las cosas desde otro lado, sería un tanto dudoso que estuvieran inclinados a aceptar una victoria política que el contrario no ha logrado alcanzar por los medios militares.

Es así como el diputado y embajador de los Estados Unidos, U. Alexis Johnson, resume, en una entrevista para *Life* publicada en noviembre de 1964, las perspectivas de una paz negociada:

La estrategia actual se proyecta para llevar a cabo negociaciones entre algún gobierno en Saigón y su brazo político con el Frente Nacional de Liberación. Estas negociaciones deben orientarse hacia la formación de un gobierno de coalición. El segundo paso será que el FNL se haga cargo del gobierno. Y el tercer paso será la unión con Vietnam del Norte.

Tal solución ya ha sido descartada por Washington, pero —en caso de un empate militar— las presiones políticas en Saigón podrían conducir fácilmente al punto neurálgico en el que una determinación popular rebasa la política norteamericana y acabe con cualquier gobierno apoyado por ella.

Mientras tanto, la guerra de la pulga continúa, ahora con las proporciones de una plaga. La pulga puede resistir: su guerra es una lucha en el tiempo y en el espacio y cada día que pasa se eleva la importancia del tercer factor de alargamiento de la guerra revo-

lucionaria, la *voluntad* del pueblo para resistir. Desde el momento en que su adversario no puede decir lo mismo, los resultados —salvo una expansión de la lucha que la puede transformar en una guerra general— parecen ser un desenlace fatal.

Los hechos lo confirman: hasta ahora, ningún pueblo colonial ha perdido una guerra colonial, una vez que la ha iniciado.

VII

Las guerras de liberación nacional y su costo. Los "disturbios" irlandeses y el papel de los "Black and Tans". El terrorismo en Israel. La rebelión en África del Norte.

El precio de la liberación nacional puede llegar a ser muy alto, como lo atestigua el costo de las dos guerras en Vietnam. Esto es así, aunque en general se puede decir que las modernas guerras de liberación nacional —tanto de las que eran colonias como de las semi-colonias, como en el caso de Cuba— son extraordinariamente económicas en vidas humanas, si se las compara con las guerras entre estados iguales o coaliciones de estados.

Las bajas efectivas de Cuba, por ejemplo, durante los dos años de lucha civil no llegaron a exceder de unos cuantos centenares de muertos.

Las fuentes revolucionarias dijeron, poco después de la caída de Batista, que se acercaban a 20,000, las víctimas de los siete años de terror policiaco desatado por la dictadura. Jamás se publicó ninguna lista u otro medio de comprobación, ni nunca se dio la totalidad de las bajas en campaña. Sin embargo, los cálculos de las batallas aisladas hechos por Guevara y otros, indicaban un total muy reducido.

En Zanzibar, recientemente, el costo aproximado fue de cerca de una docena de vidas. En Chipre, la cantidad no rebasó una cifra de tres números. Lo mismo sucedió en Israel, si nos referimos sólo al período de las hostilidades entre los hebreos y británicos, y no a la guerra árabe-israelí que vino después. Richard Bennett dice respecto a Irlanda:

La IRA, durante su primer año de guerra contra Inglaterra, dio muerte, como máximo, a veintiséis personas, dieciocho de las cuales eran policías, y eso que tiraron a matar con furia contra blancos humanos . . . en no menos de cien ocasiones.¹

¹ *The Black and Tans*; Houghton Mifflin Co., Boston.

“No hay gobierno —agrega Bennett— que capitule por tal motivo.” La verdad es que Inglaterra tuvo que capitular no por el miedo *per se*, sino por lo insostenible de una situación política y económica que habría de proseguir el año siguiente.

He aquí otro ejemplo del carácter de la guerra de la pulga, del cual la táctica guerrillera es un aspecto y el *terrorismo* (el guerrillerismo urbano) otro.

Las bombas y las balas son las armas físicas tanto de la guerrilla rural como del terrorismo urbano; pero en ambos casos la verdadera palanca es la política. Se pueden destruir divisiones, como en Vietnam, pero éste no es el objetivo final; se pueden aterrorizar ciudades, como en Chipre, pero ésta no es la meta. El objeto de la guerra de Liberación Nacional al oponer la debilidad de recursos de una nación pequeña y primitiva a la fuerza de una gran potencia industrial, no es conquistar o aterrorizar, sino *crear una situación insostenible para la potencia ocupante o su gobierno peleele*.

En la guerra de la pulga, el cañoneo parlamentario causa más estragos que la artillería real; los titulares de prensa queman más que las grandes bombas; los desfiles en favor de la paz ganan batallas allí donde fracasan las ametralladoras. Las bajas son menores porque las guerrillas, si bien hacen *campañas* de desgaste, evitan los *combates* de desgaste, comunes para los ejércitos regulares. El terrorismo, concebido tradicionalmente con horror piadoso como un crimen político (pero, ¿qué cosa hay más criminal que el asedio de una ciudad o los bombardeos de los pueblos con napalm?), es más humano, al ser más selectivo, que muchos otros tipos de guerra.

Finalmente, la potencia opresora abandona su presa no porque sus ejércitos hayan sido derrotados en combate (aunque, como hemos visto, esto puede suceder), sino porque el satélite, la colonia rebelde, puede llegar a ser, a través del terrorismo o de la guerra de guerrillas, 1] un estorbo político muy grande como para poder defender su dominio tanto dentro como internacionalmente, 2] y resulta poco productiva, sumamente onerosa o nada prestigiosa.

Los rebeldes toman el papel de David y hacen todo lo posible para que el enemigo aparezca como Goliat ante la opinión pública. Cada acto y comunicado actúa sobre las simpatías y el sentimiento de justicia de la opinión mundial respecto a la lucha, y viene a ofrecer el cuadro de un pueblo que pelea valientemente por la independencia de su patria contra las fuerzas monstruosas de la ti-

ranía y la opresión.

Al mismo tiempo, todo el arsenal de la revolución —la lucha guerrillera, el terror, el sabotaje, la propaganda— está orientado a obtener provecho del colonialismo por medio de un trabajo desmoralizador y entorpeciendo la producción, boicoteando las importaciones, incitando a la insurrección, impidiendo el pago de las rentas a los propietarios extranjeros, arruinando las instalaciones de la industria extranjera y aumentando por todos los medios el *costo* de la explotación y la política de dominación; los fondos que se destinaban al pago de la burocracia y a las fuerzas policíacas y militares, se emplean ahora para aplastar la sublevación.

Si los rebeldes ven claro su objetivo y aplican con decisión las tácticas revolucionarias, la potencia colonialista pronto se verá envuelta en una lucha que la desprestigiará ante el mundo y al mismo tiempo le ocasionará pérdidas financieras que se convertirán pronto en la metrópoli, en conflictos políticos. Los esfuerzos más drásticos de la potencia colonialista para poner fin a la lucha sólo acelerarán el proceso, ya que mientras más duros son los métodos que se aplican para suprimirla, más grande es el odio de la población colonial contra los colonizadores (de la población del satélite contra los imperialistas), y más desagradable será el cuadro de la opresión que se exhibe ante el mundo.

Nota: el mundo incluye a la población de la nación opresora y, muy especialmente, a la oposición política interna, que con toda seguridad elevará su grito de protesta contra los métodos empleados para aplastar la rebelión, así como contra el peso de los impuestos, la pérdida del prestigio nacional, etc., etc.

Podemos extraer excelentes ejemplos respecto a todo el proceso de la experiencia de dos grandes imperios erigidos el siglo pasado: Gran Bretaña y Francia. Del primero, la lucha que llevó a cabo contra la independencia (todavía condicionada) de Chipre, fue casi paso a paso una repetición de los “disturbios” que liberaron la Irlanda católica de la dominación inglesa hace más de tres décadas. Las lecciones de Irlanda se aplicaron también en Israel: los dirigentes del Irgun y del Grupo Stern estudiaron los escritos del mando del Ejército Republicano Irlandés, para conocer mejor al adversario y los medios para expulsarlo de Palestina, o bien lograr que el terror le creara una situación política y económica insostenible.

La finalidad del terror, dijo Lenin, es aterrorizar. Quizá él exageró la observación, aunque debilitó el aforismo, para subrayar que

su objetivo principal era sabotear la tranquilidad administrativa del gobierno, con objeto de obligar a los gobernantes a tomar una posición defensiva en la cual nada se puede llevar adelante sin la presencia continua, entorpecedora de la vigilancia armada. Su efecto secundario, aun cuando no se lo proponga, es desencadenar el *contraterrorismo* que sirve a la causa rebelde mejor que si se tratara de un plan premeditado.

Esto es lo que aconteció en Irlanda, donde, pese a una larga historia de insurrecciones, la adhesión pública al movimiento de independencia fue más bien fría, hasta que la caldearon los actos de los propios británicos, en especial los saqueos de los desacreditados "Black and Tans", reclutados para fortalecer a los Alguaciles Reales Irlandeses.

Acerca de la desdichada rebelión de Pascua, desatada por los nacionalistas irlandeses en 1916, cuatro años antes de que se supiera de los Tans, Richard Bennett escribió en *The Black and Tans*:

La rebelión de Pascua fue una empresa llevada a cabo con torpeza. Los rebeldes proclamaron la República, ocuparon cierto número de edificios de Dublín y se sostuvieron bravamente en ellos durante una semana. Un joven profesor de matemáticas de apellido De Valera fue el último en rendirse. Las resonancias fueron escasas en el resto de Irlanda. El pueblo irlandés declinó la invitación expresada cortésmente "de mostrarse digno del gran destino a que está llamado", y los saqueados dublínenses hicieron oídos sordos al estallido de las bombas y al zumbar de las balas.

Nunca en la historia de Irlanda había inspirado tan poca simpatía una insurrección. Cerca de cien mil irlandeses peleaban con el Ejército Británico; la rebelión parecía más bien una puñalada por la espalda, tanto a la mayoría del pueblo irlandés como del inglés. Los prisioneros, al ser llevados por las calles, pasaron entre una doble fila de dublínenses furiosos que los escarnecían. La causa de la independencia de Irlanda parecía perdida o pospuesta para una fecha muy distante.

Pero entonces, los británicos cometieron un error fatal: procedieron a la ejecución de quince dirigentes de la rebelión de Pascua. Las ejecuciones dieron lugar a un escándalo que se esparció por todo el mundo y concluyó con toda posibilidad de solucionar pacíficamente el problema de Irlanda. La esperanza de un movimiento de emancipación casi desacreditado, el Sinn Fein, que contaba

con un grupo de mártires santificados, revivió rápidamente. Pero Londres siguió adelante, como si con toda deliberación buscara su propia derrota: decretó el reclutamiento —entonces estaba en pleno apogeo la primera Guerra Mundial y se necesitaban con urgencia efectivos humanos— para obligar el alistamiento de los irlandeses en edad militar. La medida concitó al país contra la Corona y lanzó a miles de jóvenes a la milicia irlandesa conocida como los Voluntarios Nacionales, prontos a convertirse en los revolucionarios del Ejército Republicano Irlandés. Inglaterra no necesitaba nada más para montar la tramoya de sus próximos “disturbios”.

El 21 de enero de 1919, la Dail Eireann, el congreso del partido de Sinn Fein, promulgó la independencia irlandesa y procedió a constituirse de *facto* en el Gobierno Republicano en suelo irlandés, completado inmediatamente con tribunales y policía del Sinn Fein. La maniobra fue un amago político; no había lucha armada en perspectiva. Sin embargo, las intenciones del Dail eran una cosa y la disposición de ánimo de los voluntarios otra. Apenas se había firmado la declaración de independencia cuando se disparó el primer tiro. Ese mismo día un grupo de voluntarios emboscó a un grupo que transportaba dinamita para una cantera y mataron a dos miembros de los Alguaciles Reales Irlandeses.

Choques dispersos, más o menos espontáneos, entre policías y voluntarios tuvieron lugar rápidamente en una campaña organizada de incursiones y emboscadas, bajo la dirección de Michael Collins, en Dublín, y de las brigadas de la IRA en el resto. Las bajas reales fueron muy escasas, pero los resultados fueron sorprendentes. Soldados con casco patrullaban las calles de Dublín con bayoneta calada, como si ocuparan una capital extranjera en tiempo de guerra; en los muelles se apilaba hasta el máximo el material bélico y cada despacho de armas o de suministros militares enviado por carretera exigía una escolta de carros blindados y vehículos repletos de soldados, por temor a la IRA. Las cárceles estaban llenas de políticos y las fuerzas de la Corona se hallaban tan ocupadas buscando armas y sospechosos de la IRA que desde enero de 1919 a marzo de 1920 se efectuaron registros en más de 20,000 casas.

A fines de 1919 se hallaba en su apogeo una dura lucha de la que no estaban excluidos ni militares ni civiles. El país se convirtió en un campo de batalla donde diariamente se asesinaba y se incursionaba en los cuarteles militares. El ambiente de Dublín era tan peligroso que “casi todos los oficiales británicos de cierta im-

portancia relacionados con la Administración del Castillo de Dublín estaban prácticamente presos en el Castillo” y “la situación de los soldados y de la policía en sus cuarteles no era mucho mejor. Hubo algunas acciones que no lograron calmar el clima de incertidumbre. En todos los caminos podía surgir la sorpresa de una emboscada; el civil de apariencia más inocente podía sacar rápidamente una pistola y disparar”.

Apenas si un día dejaron de aparecer los titulares que ofrecían a los ávidos lectores ingleses de periódicos algo del “caso de Irlanda”. En el extranjero, gracias a la gran efectividad de la campaña de propaganda de Eamon de Valera entre los emigrantes irlandeses en Norteamérica, la simpatía por la causa rebelde cobró tales dimensiones que el embajador británico en Washington se declaró “casi impotente frente al sentimiento de simpatía universal en favor de Irlanda”.

Cuarenta y tres mil hombres de las tropas británicas ocuparon Irlanda, además de 10,000 hombres de los Alguaciles Reales Irlandeses, a los que muy pronto se agregaron varios miles de Black and Tans, a quienes se les dio este sobrenombre, por combinar un uniforme militar caqui con los cinturones, fundas, botas y gorra de visera negras de los ARI; a ellos se unieron más tarde cerca de 1,500 “cadetes temporales” de los ARI auxiliares. Para dominar los 67.000 kilómetros cuadrados de la Irlanda austral insurgente, eran relativamente pocos.

El terreno era ideal para la lucha guerrillera; el campo verde, escabroso y en muchas partes prácticamente sin caminos, era intransitable para transportes de motor durante la estación húmeda que suele ser la mayoría del tiempo. Los hombres de la IRA “en acecho”, como dice la expresión irlandesa, encontraron un santuario adecuado en los pantanos y boscosas montañas, y no obstante estaban siempre muy cerca de los pueblos y de las arterias principales para lanzar incursiones relámpago bajo el amparo de las sombras, y para una rápida retirada. En las ciudades, hombres armados de la IRA se habían fundido de tal manera con el grueso de la población que casi todos eran empleados civiles corrientes, y por esta razón la mayoría de las operaciones de las IRA en Dublín y Cork se llevaba a cabo de noche: no se contaba con suficientes efectivos humanos durante el día.

La mayor parte de las acciones de la IRA consistía en incursiones a los cuarteles, emboscadas de convoyes militares en el campo y ataques a pequeñas patrullas u hombres solos de los ARI, y

soldados en las ciudades. Además, se contaba con una “escuadra especial” en Dublín, que se había especializado en el asesinato de los agentes del servicio de espionaje británico y miembros de la policía.

Desde el punto de vista militar, la mayoría de estas actividades equivalía sólo a molestias. La tinta de imprenta fluía más que la sangre. Los terroristas de la IRA fallaban más blancos de los que acertaban. Los cuarteles que incendiaban estaban por lo general vacíos y su destrucción era sólo simbólica; no era extraño que se rechazaran las incursiones, perdiéndose más municiones que las que esperaban capturar, y las víctimas de los terroristas eran con frecuencia más irlandeses que ingleses: sospechosos de ser espías, colaboradores y cosas semejantes.

Pero la IRA no estaba haciendo una guerra puramente militar; su lucha era de carácter político y los verdaderos efectos del terror eran psicológicos y políticos. Se detuvieron los reclutamientos de los ARI y aumentaron las dimisiones por escrúpulos morales. Las tropas en sus cuarteles —extranjeros en un país hostil— vivían bajo tal tensión que los veteranos de la Guerra Europea decían que la inquietud era mayor que la de las trincheras. En cierto momento, el temor de los terroristas de la IRA —y cualquier vagabundo podía ser un terrorista— alcanzó tal intensidad que se fijó un bando público previniendo a los civiles de que todo hombre que caminara con las manos metidas en los bolsillos estaba expuesto a que se le disparara al ser visto. Los bolsillos podían esconder pistolas, y los británicos no querían arriesgarse.

Podría ser que las incursiones a los cuarteles y a los convoyes fueran militarmente ineficaces, pero surtían efecto en la economía y en el orden administrativo de un país a quien se mantenía sistemáticamente al borde de la ruina. El simple riesgo de una incursión o de una emboscada, a cualquier hora y en cualquier parte, retrasaba el transporte, restringía la producción y obligaba a los militares a mantenerse en alerta constante —para defender todos los cuarteles, todos los convoyes, todos los edificios públicos, para viajar con seguridad, para proteger continuamente a los civiles, revisar credenciales, requisar edificios, ordenar el tránsito e intervenir en todas las variadas formas de actividad de la vida diaria— a un costo tremendo para el gobierno, para los fatigados contribuyentes de guerra británicos, para los interferidos dueños de las propiedades irlandesas, inversionistas, bancos y todo aquel que tuviera algún interés en una Irlanda productiva y en orden.

Cada acontecimiento era otro golpe que perjudicaba el prestigio exterior británico, que conmovía moralmente a los británicos en dentro de la propia Inglaterra y que era tomado por el Partido Laborista y los Liberales como nuevos dardos para ser lanzados contra el gobierno conservador. Si los militares podían soportar la tensión, Downing Street no.

En la práctica, todos los esfuerzos para superar la situación sólo la empeoraban. Los Black and Tans, que llegaron a principios de 1920, fueron una bendición para la IRA. Por cada acontecimiento que ocasionaban los primeros, los segundos producían otros, y donde las acciones de la IRA podían ser admiradas en el exterior, como una parte de la valiente lucha por la libertad, las represiones de los Tans sólo podían originar repudio y la unificación posterior de los irlandeses en oposición a la Corona.

Los propagandistas irlandeses explotaban al máximo las crueldades; así, el incendio de unas cuantas tiendas y casas, tanto como el saqueo de aldeas enteras, se veía agrandado, y la ejecución sumaria de un reducido puñado de Sinn Feiners o de gente sospechosa de la IRA era una carnicería indefinida en gran escala. Cuando un comandante de división de los ARI ordenó a sus hombres "disparen primero, averigüen después", el *Boletín Irlandés* clandestino lo citó en esta forma:

Si se quema un cuartel de policía o si los cuarteles ya ocupados no son apropiados, entonces la mejor casa del pueblo deberá ser la comandancia y a sus ocupantes se les arrojará al desagüe. Déjeseles morir ahí; cuantos más mueran, mejor. La policía y los militares deberán patrullar el país por lo menos cinco noches a la semana. No deben circunscribirse a los caminos principales, sino cruzar todo el país, tender emboscadas y cuando se vea que se aproximan civiles, láncese la orden: "¡Manos arriba!" Si la orden no es obedecida de inmediato, tírese a matar. Si las personas que se aproximan llevan las manos en los bolsillos, o en alguna forma se hacen sospechosas, dispárese contra ellas.

Puede que algunas veces haya errores y se dispare contra personas inocentes, pero esto es inevitable, están obligados a acertar alguna vez. Mientras más disparen, más los estimaré y les puedo asegurar que ningún policía se verá en aprietos por haber disparado contra alguien...²

² Tomado de *The Black and Tans*.

La información fue desmentida oportunamente, pero no surtió efecto. Podría haber sido igualmente cierta; había mucha verdad en ella que la hacía verosímil y eso era lo que contaba. Cosa parecida sucedía con los abusos de los Black and Tans, de quienes se decía que aullando por las calles de las aldeas “disparaban sus fusiles con la mayor inconciencia, con el peligro de que alguien se atravesara en su camino” mientras cantaban:

*Somos los mozos de ARI,
felicés como ninguno, sí.*

Lo importante no era que cantaran semejante cancioncilla en sus correrías. Lo importante era la reputación que se labraban, y sus consecuencias. Cantando o no, eran suficientes las muertes irresponsables cometidas, los incendios, las casas dinamitadas y los pillajes de los ebrios para escandalizar a Inglaterra, y el escándalo ayudaba a la causa irlandesa. El *Daily News* de Londres acusó tácitamente al gobierno de estar en “connivencia secreta con quienes cometen las bárbaras represalias que ahora se llevan a cabo sistemáticamente”; y el conservador *Times* declaró: “Día a día se agravaban las noticias de Irlanda. Los casos de incendios y destrucciones... deben llenar de vergüenza a los lectores ingleses... El nombre de Inglaterra se ha manchado frente al Imperio y a todo el mundo por la barbarie que pesa sobre el gobierno, no obstante cuanto haga para eludir responsabilidades”.

Donde el contraterrorismo de los Tans y los Auxiliares conmovía al público británico, el martirio de varios héroes irlandeses —Terence MacSwiney, Lord Mayor de Cork, quien murió en Brixton Gaol después de una huelga de hambre de siete días; el joven Kevin Barry, ahorcado en Dublín por haber matado a un soldado británico— conquistaba la simpatía de millones de británicos honestos.

La IRA nunca logró el poder suficiente para derrotar a las fuerzas militares británicas en ningún encuentro de cualquier magnitud, no importa el lugar y el tiempo que hiciera. No obstante que el virrey británico, Lord French, la consideró una fuerza de 10,000 hombres y el secretario británico de Irlanda duplicó la apreciación, al informar de un ejército de 20,000 hombres, “dispuestos a matar día y noche”, su fuerza máxima en el papel, nunca fue mayor de 15,000 hombres y Michael Collins asentó más tarde que la verdadera fuerza de combate de la IRA era de 3,000 hombres.

Pero de cualquier forma, como se observó antes, la rebelión irlandesa fue más una disputa política que militar y lo cierto es que al final, en 1921, obtuvo una victoria política que evitó la necesidad de una determinación militar. Para lograr la victoria política, bastaron tres mil hombres armados. Su papel fue catalítico. Su militancia logró dos cosas: transformar una población apática en otra activamente hostil a la dominación británica; creó también una resistencia masiva que los ingleses no podían minar en lo económico, ni —en terminos políticos— subyugar en la práctica. Esto indujo al contraterrorismo que, otra vez por razones políticas, hizo fracasar sus propios objetivos. Si al cabo de muchos siglos de luchas esporádicas contra la dominación extranjera, los irlandeses no lograron arrojar al mar a los invasores ingleses, ellos alcanzaron algo mejor y más económico: con su resistencia tuvieron la ventaja de salir del colonialismo y transformaron la colonia de algo ventajoso en un riesgo; por esta razón *convencieron* realmente al enemigo de que se fuera.

Los medios empleados por los terroristas no tenían nada novedoso; eran lo que el sentido común puede dictar.

Incendaban edificios públicos. Izaban banderas irlandesas con granadas pegadas a los mástiles para que cayeran en la trampa los soldados que venían a quitarlas. Se quitaban las tejas de los techos de las estaciones de policía y se arrojaba gasolina en los desvanes, para incendiarlos. Se volaban los puentes y se quitaban los rieles de las líneas férreas. Se ponía azúcar en los tanques de gasolina, arena en las cajas de velocidades, polvo de esmeril en los engranjes de la maquinaria.

Los instrumentos de sabotaje, así como aquellos con que estaban armados para el combate, eran simples, y los daños resultantes apenas si tenían importancia. Lo importante eran 1] los gastos necesarios para impedir esta campaña y 2] sus efectos políticos en ambos pueblos, el irlandés y el inglés, unificado y forzado a combatir activamente el uno, y dividido y vuelto impotente por las mismas causas y consecuencias, el otro.

¿Podían haber triunfado en Irlanda los británicos, en caso de llevar un ejército enorme al campo de batalla y hacer una guerra cromwelliana de exterminio para erradicar la rebelión? En el siglo veinte la pregunta no tiene sentido. La opinión pública británica —relacionada siempre con cuestiones económicas— no hubiera per-

mitido tal solución, si es que llegaba a tenerla en cuenta. La opinión mundial de una generación posterior impidió cualquier trato parecido cuando surgieron los problemas de Palestina, Chipre y Suez, y por la misma causa, hizo abortar la invasión anglo-francesa de 1956, de repercusión mundial.

Las soluciones draconianas sólo son posibles en un mundo aislado, indiferente y, aun entonces, sólo contra una población que no está dispuesta a resistir.

En Palestina, por ejemplo, los británicos sólo pudieron llevar a cabo una vigorosa campaña contra las llamadas facciones políticas disidentes, la Irgun Zvai Leumi y la pequeña Lohmey Heruth Israel (Lehi) o Grupo Stern, mientras la Agencia Judía y otros organismos conservadores de los hebreos de Palestina y del exterior batallaron entre sí. Al templarse la resistencia judía contra la campaña de represión y de continuas restricciones a la inmigración, y por último la participación en 1945 de la Haganah en la lucha, los británicos se enfrentaron a una alternativa que no tenía nada de tal: debían declararle la guerra a toda la nación judía o renunciar al mandato de Palestina. Sabiamente optaron por la renuncia al mandato y trasladaron el problema del futuro Estado Judío a las Naciones Unidas.

Los historiadores contemporáneos, aun los historiadores judíos, tienden a menospreciar el papel del Irgun, y aun más el del Stern, en la lucha por la independencia de Israel. Sin embargo, no hay dudas respecto a que su contribución fue vital; crearon la lucha abierta que hizo posible abrir una salida, sin lo cual la retirada británica se hubiera pospuesto indefinidamente. Los terroristas no se hacían ilusiones acerca de sus posibilidades de liberar a Israel por sus propias fuerzas: los miembros del Irgun no eran más de dos mil combatientes; Lehi nunca tuvo más de cuatrocientos. Sin embargo, su propósito era demostrar a los británicos el inmenso gasto que harían en dinero y efectivos humanos, de seguir enfrentándose a una resistencia resuelta, y despertar al pueblo judío hasta que todos se unieran contra el extranjero.

Carente de armas y efectivos humanos y de capacidad para llevar a cabo un sabotaje importante o una guerra de guerrillas en gran escala, Lehi escogió lo más apropiado a sus recursos: el terrorismo individual. El 6 de noviembre de 1944 llevó su acción hasta El Cairo, para abatir a Lord Moyne, ministro de Estado británico del Medio Oriente. *The Deed*, como la llama Gerold Frank en su brillante estudio del asesinato, conmovió a los británicos y ho-

rorizó al judaísmo conservador en todas partes. Los dos jóvenes terroristas que mataron a Lord Moyne, después de haber sido ahorcados por su acción, fueron denigrados universalmente. Es así como lo refiere Frank:

A la prensa hebrea no le bastaron los términos más duros para denunciar la operación. Fue una "abominación... Desde que comenzó el sionismo, se quejaba *Haaretz*, el periódico más influyente del país, no se ha dado un golpe más penoso a nuestra causa". La Agencia Judía manifestaba su horror "hacia este crimen repugnante". En Londres, el Dr. Chaim Weizmann... dijo, este golpe ha sido "mucho más duro y agobiante que el de la muerte de mi propio hijo".³

Una conmoción, sin duda; pero esta había sido la intención y aquellos que tenían por la causa de la independencia de Israel estaban equivocados. Y al finalizar otro año, la reanimación de otro período de violencia y represiones había producido suficiente conmoción para despertar al pueblo judío y para convencer a los británicos que estaban comprometidos en una empresa desafortunada, una disputa que no tenían esperanzas de ganar, sino tan sólo de prolongarla y agudizarla.

Así prosigue Gerold Frank en *The Deed*:

En efecto, la independencia por la cual los dos [terroristas] fueron ahorcados en 1945, no se pudo haber logrado en 1948 sin décadas de actividad política en Inglaterra, en Europa, en Estados Unidos, en Palestina y en todas partes; sin la emigración, la colonización y el trabajo de cientos de miles; por último, sin una ciudadanía resuelta, un ejército diestro y una dirección indómita. Sin todo esto, no se hubiera mantenido la independencia en los años posteriores.

Pero no hay duda alguna de que la operación fue causa de uno de los mayores enfados y contrariedades que molestaron, perturbaron y exasperaron tanto a los británicos que finalmente llevaron el problema a las Naciones Unidas, y esto le abrió las puertas a la partición de Palestina y a la creación del primer Estado Judío en dos mil años.⁴

³ Gerold Frank, *The Deed*, Nueva York, Simon and Schuster, Inc., 1963.

⁴ *Ibid.*

Aquí tenemos que hacer una observación. Si debemos comprender la revolución más bien como un proceso histórico, social, que como un episodio o conjura, entonces no debemos considerar a los guerrilleros, los terroristas, los asesinos políticos como delincuentes o en cierta forma seres desligados del conglomerado social, ajenos o sólo incidentalmente ligados al proceso histórico. Los guerrilleros *proviene*n del pueblo, o no podrían sobrevivir, no podrían ni siquiera llegar a serlo. El terrorismo, no obstante que despierta la voluntad popular de la subversión, es al mismo tiempo una manifestación de esa voluntad, que expresa el primer anuncio del temple de la resistencia popular para imponer su autoridad, la primera irrupción del impulso popular por la existencia de un orden nuevo y diferente. Puede argumentarse que el movimiento terrorista atrae a criminales y psicópatas. Lo hace. Pero la criminalidad en sí misma es una forma inconsciente de protesta social, que refleja las fallas de una sociedad imperfecta y, en una situación revolucionaria, el criminal y el psicópata pueden llegar a ser tan buenos revolucionarios como un idealista.

En Palestina, quienes dirigían el terror no eran aventureros, sino una vanguardia. Con sus acciones expresaban la furia y la frustración largamente contenida de cientos de generaciones judías oprimidas y laceradas. Actuaban de manera especial como representantes de la generación presente, testigo del fin de la catástrofe racial, del baño de sangre hitleriano a Europa, a cuyos destrozados sobrevivientes se les impedía ahora —último insulto— refugiarse en la tierra de sus mayores. El espíritu de terror que bullía en Palestina fue expresado vivamente en una advertencia casi bíblica dirigida a los británicos, en junio de 1944, por el *Hazit*, órgano del Lehi, después de que un joven miembro de la organización fue sentenciado a la horca por haber matado a un policía:

He aquí cómo tendréis que caminar, británicos, de ahora en adelante por las calles de Sión: armados hasta los dientes, dispuestos a todo y con el miedo reflejado en los ojos: miedo a cada rincón oscuro, a cada vuelta del camino, a cada ruido de la noche; miedo frente a cada muchacho judío, miedo al día y a la noche, porque la juventud judía de esta tierra se ha vuelto dinamita. Tendréis que caminar sobre brasas ardiendo; nuestros cuerpos serán brasas y el fuego nuestro amor patrio. Ni guardias, ni tanques, ni condenas, ni quejas, ni torturas y ni los muertos en la horca, ni las prisiones, ni los campos de concen-

tración le servirán a tu Alto Comisionado, a tus oficiales, a tus policías. Estamos de pie; te lo advertimos. Tus hijos llegarán a ser huérfanos, así como volvéis huérfanos a los hijos de Israel. Vuestras madres perderán a sus hijos, así como hacéis que las madres de Israel lloren a los suyos. Por cada grito de un niño que brota de un barco ardiendo; por cada llanto de una madre hebrea que vio ahogarse a su hijo en medio del océano; por cada lágrima judía que no tuvo respuesta; nosotros respondemos. Llegamos al fuego y fuimos quemados; llegamos al agua y fuimos hundidos: los elegidos caminamos sobre ríos de sangre, la sangre llegó a nuestros cuellos, a las bocas, a los ojos; y del fuego, y del agua y de la sangre se alzaron brazos trémulos, voces increpantes, y de las bocas y los ojos, y de los brazos y dedos trémulos, del agua y del fuego y de la sangre, de allí estamos surgiendo, estamos llegando. ¡Ah, pobre de ti!

He aquí la voz de un pueblo hablando con la tremenda autoridad moral que le confieren los humeantes crematorios de Europa, donde morían o se habían muerto ya seis millones de judíos. ¡Insensato el poder que la desprecia!

Los británicos estaban comprometidos, atados a una política de apaciguamiento por los oleoductos del petróleo del Medio Oriente, sumergidos conscientemente en un mar de aceite; pero no eran estúpidos. No podían, ante los ojos de todo el mundo, seguir ahorcando judíos. Se marcharon.

La revolución se hace por distintas vías. En Marruecos francés llegó bajo la forma de un *jihad*, una guerra santa, ocasionada por el destierro del Sultán Mohamed Ben Yusef, de espíritu liberal, y su substitución en el trono de Rabat, por un títere, el anciano Ben Araf. Con frecuencia se encontraban al amanecer, por las calles de Casablanca, cadáveres de musulmanes que habían tomado alcohol, prohibido por el Islam, hecho especialmente sacrílego en un momento de dolor por el verdadero sultán, exiliado en la isla de Madagascar. Invariablemente, cuando subía el humo de las *medinas* era porque ardía una tabaquería; por la misma austeridad religiosa, estaba prohibido el tabaco, que era boicoteado como un monopolio del gobierno francés. Cuando en el patio del

⁵ *Ibid.*

palacio del sultán, se sacrificaba un cordero asistían sólo los sinvergüenzas. El Ramadán, el mes sagrado, no fue observado por los creyentes: otra manifestación de dolor y de protesta. No se pintaban las casas. El Istiglal, el Partido del Pueblo, castigaba con sus puñales la frivolidad y la ostentación.

Por lo demás, la resistencia que puso fin al protectorado francés y reinstauró la independencia marroquí siguió un modelo bien conocido. El estallido de bombas, el sabotaje, los asesinatos de musulmanes colaboradores —policías indígenas, carteros, *caids* subordinados a los franceses— inflamaron la pasión del pueblo y lo llevó a una lucha continua contra las autoridades francesas. Las manifestaciones en los barrios indígenas aumentaron hasta convertirse en motines que rebasaban los muros de las *medinas*. Ciudad tras ciudad, durante el verano de 1955, los franceses fueron arrasando Marruecos y en cada caso cometieron el mismo error, mientras la insurrección se extendía desde Casablanca a Marrakesh, Mequínés, Fez y Rabat; la asustada policía abrió fuego contra las multitudes desenfrenadas, dando muerte a una docena aquí, veinte más allá y treinta en otro lugar.

A lo largo del país, los agitadores del Istiglal incitaron a las antiguas tribus de beduinos de las montañas con la promesa de su liberación inminente. Los hombres de las tribus cayeron sobre el pueblo de Oued Zem, en la ardiente llanura de Tadla, donde mataron a doscientos europeos y saquearon una comunidad minera vecina. Hubo levantamientos en el Atlas Central, emboscadas en los caminos; en un solo día del mes de agosto fueron asesinados ocho corresponsales extranjeros. Los sediciosos de Casablanca y los tiradores apostados del Istiglal, disparando desde los techos de las casas, sometieron a la ciudad a un auténtico estado de sitio. El grito insistente de los sediciosos era: ¡que vuelva Ben Yusef! Pero la reinstauración del sultán era sólo un objetivo simbólico: Ben Yusef significaba la independencia, y estaba en pie la guerra santa contra Francia que la impedía.

En Marruecos el terrorismo fue una táctica más efectiva que la guerrilla. Nunca se desarrolló una verdadera campaña guerrillera; sin embargo, algunos centenares de incursiones provenientes del Marruecos Español iniciaron una campaña de este tipo que tuvo en jaque durante una semana, en el otoño de 1955, a una división de la Legión Extranjera y de Spahis en las montañas del Rif.

La lucha concluyó con la capitulación del gobierno Francés a

través de una serie de compromisos. La declaración de que el sultán Ben Yusef podía cambiar su exilio de Madagascar por París, dio origen en Marruecos a manifestaciones jubilosas que obligaron a otra concesión mayor: retornaría a Rabat. La salida del anciano pretendiente, Ben Araf, puso en pie nuevas manifestaciones. El regreso del sultán lanzó a las calles a toda la población musulmana, y la dominación del protectorado de cincuenta y cinco años vino a ser una falsa pretensión que París abandonó rápidamente.

La fórmula que siguió el Istiglal fue bastante simple: el terrorismo y el sabotaje sirvieron al doble fin de sacar provecho del colonialismo y hacer que el país resultara inseguro para los colonialistas. Los terroristas no podían ser dominados a menos que se pusiera el país en estado de sitio, y el efecto psicológico de esto, con sus toques de queda, detenciones, registros y movimientos militares masivos, hizo surgir en la población musulmana el conflicto de las demostraciones tumultuosas que ningún ejército puede reprimir. En cuanto una colonia ya no puede ser dominada, resulta de poco valor y además muy costosa; deja de existir el motivo para ocuparla como colonia, y París —sometido a presiones políticas internas— aceptó sabiamente un acuerdo con un gobierno independiente, esencialmente conservador, que repetaba los intereses fundamentales de Francia en el país.

No se puede hablar de una victoria sin efusión de sangre. A medida que se acercaba el fin, murieron alrededor de una veintena en los motines y fueron asesinados varios cientos en los levantamientos locales. Con mucho, el terrorismo cobró una cuota más alta de colaboradores marroquíes que de franceses. Los *ratissages* de las tropas francesas y de la Legión Extranjera se apuntaron un número desconocido de víctimas: Se dijo que los franceses, después de la matanza de Oued Zem, habían matado allí y en los alrededores de la llanura de Tadla, a veinte mil musulmanes. Las cifras fueron dadas por el Istiglal y no hay duda que se exageraron; pero quedó plenamente establecido que las aldeas fueron bombardeadas y demolidas; intervinieron en la acción cazas y bombarderos de retroimpulso y los caminos atronaron durante semanas, después de los sucesos de Oued Zem, con el ruido de los tanques y las armas transportadas. En Oued Zem, los Spahis emplearon artillería para arrasar los barrios indígenas donde se habían refugiado los beduinos cuando llegaron las primeras tropas y los

tanques pesados aplastaron los escombros para asegurarse de que no había ningún sobreviviente.⁶

Con todo, el costo final fue mucho más bajo de lo que podía haber sido, el terror es más benigno (si éste fuera el término adecuado) que cualquiera de las campañas que nosotros escojamos de la guerra *convencional*.

La razón es simple. Tanto en Marruecos como en Israel y en Irlanda, las guerras revolucionarias siguieron atajos; las presiones originadas por el terrorismo y la agitación política demostraron ser más potentes que las divisiones de infantería y la aviación.

En Túnez se llegó a una solución parecida. Argelia es otro caso; esto merecería y necesitaría más espacio del que disponemos aquí. El territorio de Africa del Norte fue considerado durante mucho tiempo no como una mera colonia, sino como parte integral de Francia. Fue colonizado por los franceses desde hace más de un siglo; prácticamente fue *fundado* por los franceses y un millón de *colonos* franceses lo consideran su solar patrio.

Francia, aún sangrando de las heridas infligidas a su orgullo y a su bolsillo en Indochina, no podía, sin una fuerte lucha, renunciar a su dominio en la última de sus más grandes posesiones de ultramar que le quedaban y por eso no es sorprendente que allí hubiera una de las luchas más enconadas.

El terrorismo urbano, no obstante ser tan importante, fue mucho menos decisivo en Argelia, donde el riesgo para los franceses era demasiado grande para dejarse comprometer. La guerra de guerrillas en gran escala, comenzó con siete ataques simultáneos a lo largo de todo el país el 31 de octubre de 1954, lanzados más bien por sus efectos psicológicos que por razones militares. La plaza fuerte principal de la rebelión se encontraba en la escabrosa montaña de la región de Aurés, donde, como advertía Michael K. Clark en *Algeria in turmoil* fue aniquilado un destacamento entero del ejército.

Fue notorio desde el principio que una fuerza moderna con-

⁶ Mi esposa y yo estábamos en el teatro de los acontecimientos como corresponsales, la noche de la matanza, cuando aún se libraba la batalla y los cuerpos quemados de las víctimas yacían aún en las calles. Un capitán de Spahis que había participado en la operación de limpieza, me contó más tarde el uso que se había dado a los tanques y a la artillería una vez cerrado el pueblo y cuando los periodistas habíamos regresado a Casablanca.

siderable no era lo más adecuado para las condiciones de Aurés. Las unidades del equipo pesado movidas a motor perdían mucha de su movilidad en las montañas y eran puestas fuera de servicio fácilmente... Los rebeldes, escabulléndose entre los miles de barrancas y desfiladeros de una región del tamaño de Connecticut y tan solitarias como las montañas de la Luna, tenían todas las ventajas; podían eludir cualquier destacamento militar.

Y, en efecto, durante los siete años de lucha que siguieron, fueron aplicadas las mismas tácticas empleadas por Mao en China, por Giap en Indochina, y es poco lo que se aprende describiéndolas otra vez.

Como en Indochina, los rebeldes argelinos del Frente Nacional de Liberación (FNL) y sus aliados demostraron que si no podían derrotar completamente a un ejército moderno, tampoco éste podía a que los del FNL no eran los mejores cuando —a finales de 1962— el general De Gaulle arrojó la toalla, en ningún momento cesó la resistencia, extendiéndose desde Aurés hasta lo más profundo del Sahara sobre un frente de batalla de casi dos millones y cuatro de kilómetros cuadrados que no podrían “pacificar”, para usar la expresión francesa, todos los ejércitos del mundo.

El uso despiadado de las torturas y del contraterrorismo —un escándalo en Francia— demostró que las *rebeliones* urbanas pueden ser aplastadas. La ciudad de Argel fue sometida al rigor policiaco con ayuda de la gran población francesa de los colonos. Pero Aurés y otras regiones montañosas sirvieron de refugio hasta el final a los guerrilleros. ¡A un año de la retirada de los franceses, las fuerzas disidentes de los bereberes ofrecían aún resistencia en las montañas al gobierno revolucionario establecido por el FNL!

Una solución militar rápida era imposible. Lo que hicieron las guerrillas, oponiéndose con éxito a una fuerza francesa de un millón de hombres, fue drenar los efectivos humanos franceses y el tesoro francés en tan gran medida, dadas las desavenencias políticas internas existentes sobre la cuestión de Argelia, que esta sangría no la hubiera soportado ni siquiera una potencia industrial y militar con posibilidades mayores.

La guerra prolongada en Argelia situó a París ante una disyuntiva difícil: el prestigio de Francia, la riqueza natural de Argelia y el peso político de un millón de colonos, por un lado; la agita-

ción política, los fracasos constantes y las pérdidas diarias en la economía nacional, por el otro.

La guerra de la pulga había desangrado a Francia hasta el extremo de ocasionarle una grave anemia económica y producir en ella una elevada fiebre política que la tenía al borde de la revolución en su propia casa. De Gaulle, llevado al poder con la esperanza de que en alguna forma resolvería la crisis argelina, optó por la paz en el norte de Africa exponiéndose a una guerra con los mismos dirigentes militares que lo habían elegido. El pueblo francés, desangrado y debilitado por una matanza insensata de siete años en una tierra que permanecía extraña después de siglo y cuarto de colonización, lo apoyó en el juego. Estaba por cumplirse una amenaza sangrienta, como la rebelión de los militares y los colonos, pero esto no influyó en nada, no cambió nada. La *présence* francesa desapareció y ondeó una nueva bandera sobre la Argelia independiente.

Una advertencia: desde Argelia, la guerra de la pulga se extendió hacia el mediodía. Las armas argelinas equiparon a los rebeldes congolese contra un ejército mandado por mercenarios blancos, y el Primer Ministro Ben Bella, desafiando al bloque Occidental, declaró que su régimen ayudaría a las guerras de liberación dondequiera que surgieran.

VIII

La guerra de guerrillas del general Grivas en Chipre. El uso político del terrorismo. Los errores de la estrategia británica.

“Los británicos, que habían armado a sus comandos con cuchillos y los habían entrenado para matar. . . por la espalda, protestaron enérgicamente cuando se les aplicaron a ellos esas mismas tácticas. Podría decirse que estas cosas pueden permitirse sólo en tiempo de guerra. Pero esto es absurdo. En Chipre había una guerra contra los británicos, y si al principio ellos no aceptaron el hecho, se vieron forzados a reconocerlo al final. La verdad es que nuestro tipo de guerra, en la que murieron unos cuantos centenares de personas en cuatro años, fue más selectivo que cualquier otro, y quien habla ha visto los campos de batalla cubiertos de cadáveres. Nosotros no atacábamos a voleo, como los bombarderos. Nuestros ataques sólo se dirigían contra los soldados británicos que nos hubieran hecho bajas o que hubieran disparado primero, y contra civiles que eran traidores o espías. Matar al enemigo por las calles puede que no sea ejemplar, pero yo no buscaba dar ejemplos sino obtener resultados. ¿Cómo alcanzó Napoleón sus victorias? Atacando al adversario por el flanco o la retaguardia; y lo que es bueno en gran escala no es malo cuando la escala se reduce y la diferencia en contra es de uno a cien”.¹

El texto está tomado de las *Memorias* del dirigente de la EOKA,² el general Jorge Grivas; el tema: el terror.

A pesar de que para los comunistas griegos, el general Grivas es el prototipo del militar reaccionario, un belicista y un fascista, su filosofía del terror se acerca a la de los anarquistas. Estos afir-

¹ *The Memoirs of General Grivas*. Frederick A. Praeger Inc.

² EOKA: Ethniki Organosis Kypriou Agoniston [Organización Nacional de Combatientes Chipriotas]. El general Grivas es ahora el Comandante en Jefe de la Guardia Nacional de la República de Chipre.

man que el estado ejerce la autoridad por medio del terror, del uso de la fuerza; el policía de la esquina es tanto su agente como su símbolo y el revólver que lleva al cinto lo tiene allí para intimidar o, en caso extremo, para matar a quien se le oponga. Por lo tanto, si su autoridad no es lícita, ya que se ejerce sin el verdadero consentimiento de los gobernados, ¿no será justo y natural oponer la fuerza a la fuerza, matar policías como se matan bandidos y combatir a los usurpadores como se combate una invasión?

En efecto; estos fueron los razonamientos que llevaron a Grivas, un chipriota griego, a declarar la guerra a los gobernantes británicos de los griegos (y turcos) de Chipre.

En sus *Memorias* escribe que fue “con profundo desagrado, pero con un alto sentido del deber” como en 1955 se alzó en armas contra sus viejos amigos y aliados, los británicos. Condena, no al pueblo británico, sino “a una banda de políticos” que le negaban a Chipre incluso la esperanza de la libertad, y agrega: “Sobre sus cabezas cae la culpa de la muerte de tantos hombres, mujeres y niños en los trágicos años que siguieron”.

El inicio de la lucha de los chipriotas por la independencia fue proclamado el 31 de marzo de 1955, con una serie de explosiones a lo largo de toda la isla. Los sabotadores, en una incursión a la estación de radio gubernamental de Nicosia, colocaron unas bombas que destrozaron el equipo de la radiodifusora y volaron el techo del edificio, ocasionando daños que ascendieron a 60,000 libras esterlinas. Se lanzaron bombas contra los edificios oficiales y dentro de las instalaciones descubiertas de los cuarteles de Wolseley, Cuartel General de la fuerza militar británica que por entonces contaba sólo con cuatro mil hombres. En el puerto de Limassol fueron bombardeadas una planta eléctrica y dos centrales de policía. En Larnaca, fueron hechas pedazos con bombas de dinamita las oficinas del Estado Mayor de la policía, de los tribunales y del Comisionado británico.

La primera baja de la campaña se produjo en Famagusta —un miembro del grupo de la EOKA se electrocutó cuando lanzaba una cuerda húmeda sobre una línea de alta tensión en un intento de sabotear el suministro de electricidad.

El ataque tomó al mundo por sorpresa; los oficiales ingleses estaban aturdidos y llenos de miedo, dice Grivas.

La ola de ataques con bombas fue complementada por una acción política más generalizada. Se reclutaron rápidamente para

el movimiento de independencia jóvenes estudiantes y escolares —“intenté, escribe Grivas, convertir a la juventud chipriota en el semillero de la EOKA”— y se organizaron una serie de manifestaciones afortunadas, lo bastante violentas para expulsar de las calles a la policía y obligar a que los soldados salieran a restablecer el orden.

Hasta niños de diez años se utilizaron para distribuir los volantes de la EOKA y para que sirvieran como correos; los maestros que no acataban las prevenciones de la Organización eran castigados “severamente”, frase que, tal como la empleaba Grivas, con frecuencia significaba el fusilamiento por los pelotones de ejecución de la EOKA.

Se ejercía presión sobre aquellos periódicos chipriotas que eran remisos en ponerse a tono con la campaña; por ejemplo, aquellos periódicos que no denunciaban la aprobación de leyes represivas. Los de “espíritu débil” pronto sentían el peso del boicót de la EOKA.

La ola terrorista fue puesta en marcha por un grupo extremadamente pequeño —no eran más de ochenta, según Grivas— organizados en pelotones de sabotaje de cinco a seis personas en todas las ciudades y pueblos principales de la isla. No había, hasta entonces, unidades guerrilleras; sin embargo, Grivas ya había reconocido personalmente la isla, tomando nota de los lugares mejores para emboscadas, el terreno apropiado para instalar bases guerrilleras y demás pormenores.

La excelente red de carreteras que cruzaba la isla no favorecía la propagación de una campaña guerrillera y a la mayoría de quienes podían luchar como guerrilleros no se les enviaba al campo hasta que les era imposible sobrevivir en las ciudades por el peligro de ser vistos en las calles después de haber llegado a ser muy conocidos. No obstante, fueron tomados como base de operaciones guerrilleras y para la capacitación de los grupos de sabotaje, la cordillera de Kyrenia y la de Troodos, densamente arbolada, al sudoeste.

Después del primer estallido de bombas, hubo una calma en la campaña de terror, interrumpida sólo durante algunas semanas por ataques aislados contra de lo que Grivas llamaba “blancos de ocasión”. Uno de éstos, según las *Memorias*, fue Sir Robert Armitage, gobernador británico de Chipre.

Como parte de las celebraciones del Día del Imperio en Nicosia, el gobernador asistió al estreno de una película en el Cine

Pallas. Permaneció sentado entre los espectadores a lo largo de dos horas, a unos cuantos pasos del asiento debajo del cual estaba una bomba de tiempo adherida a una botella de coca-cola llena de explosivo. Terminó la película. El gobernador y su comitiva salieron del edificio del teatro. La bomba estalló cinco minutos más tarde haciendo añicos siete hileras de sillas vacías y acribillando el techo con la metralla que contenía.

Grivas empleaba el tiempo libre entre un ataque y otro para viajar por los alrededores de Nicosia, y en ocasiones por las montañas de Kyrenia, dando órdenes a los grupos dirigentes, vigilando el entrenamiento, preparando los volantes y, en general, levantando la moral con su presencia. Su identificación con "Dighenis, el Jefe" —la manera como invariablemente firmaba sus comunicados— se hizo al fin pública. El pequeño Partido Comunista Chipriota llamó "rufianes" y "bárbaros del gatillo" a los miembros de la EOKA (la línea del Partido recuerda la de Cuba, donde los comunistas llamaron a Fidel Castro y a sus partidarios "golpistas burgueses"). Haciéndose eco, los dirigentes del Partido Comunista Griego revelaron por la radio de Moscú que Dighenis era Grivas, muy conocido por los comunistas como el jefe de la organización secreta de la Segunda Guerra Mundial llamada "Xhi", y más tarde como comandante de las operaciones del Ejército Griego contra las guerrillas comunistas del ELAS en la guerra civil griega.

"Curiosamente, recuerda Grivas, los británicos no tomaron en cuenta este dato. La idea de que fuera el jefe de la EOKA un viejo oficial retirado parecía muy rara para ser aceptada". Dighenis siguió moviéndose libremente con el ligero disfraz de unos anteojos ahumados y un bigote recortado. Durante algún tiempo estableció su Estado Mayor en las montañas, pero más tarde, cuenta, se escondió por dos años en una casa de Limassol sin ser descubierto o delatado.

La segunda ola de ataques de la EOKA comenzó en junio. Su primera víctima fue un policía muerto cuando una bomba abrió un boquete en la pared del cuartel general de la policía de Nicosia. Diez y seis fueron los heridos. Murió un sargento cuando un grupo de asalto atacó la estación de policía de Amiandos; hubo ataques a más estaciones de policía. Grivas escogió personalmente su objetivo: el general Keightley, Comandante en Jefe de las fuerzas de tierra del Medio Oriente, quien tenía por costumbre llegar diariamente a la capital desde su casa en la costa de Kyrenia. "Yo había escogido un buen lugar para la emboscada en un paso de

las montañas de Kyrenia, escribe Grivas, pero el arzobispo Makarios vetó el plan y la idea fue abandonada”.

Las *Memorias* revelan que Makarios vetó un buen número de planes propuestos por el Jefe y a menudo le hacía contrapeso cuando Grivas había fraguado algo que quería llevar adelante audazmente. El arzobispo Makarios tenía la bolsa en su mano; sin fondos, Grivas no podía actuar y se vio obligado a reconsiderar algunos de sus planes más drásticos, como por ejemplo, cuando quiso enviar un grupo ejecutor a Londres para que asesinaran a conocidos delatores chipriotas que vivían en la Gran Bretaña como premio a su traición.

No obstante, en términos generales, la campaña se desenvolvía como Grivas lo deseaba, manteniendo una disciplina muy rígida sobre sus escasas tropas de terroristas y sabotadores. “Les advertía constantemente que yo era el único que daba órdenes: la desobediencia sería castigada con la muerte”.

Pese a que desde el primer momento, contando con quinientos hombres armados, estuvieron en condiciones, dice Grivas, de echar a los ingleses al mar, la cuestión no reviste mayor importancia. Desde el principio se vio muy claro que la victoria era más bien política que militar. Esto se evidencia en el plan general que él elaboró en Atenas dos años antes de que estallara la primera bomba en Nicosia:

I. FINALIDAD

Despertar la opinión pública internacional, especialmente entre los aliados de Grecia, con el heroísmo de las muertes y del autosacrificio, para que concentre su atención en Chipre hasta que alcancemos nuestros objetivos. Se debe molestar y acosar continuamente a los ingleses hasta que se vean obligados por la diplomacia internacional, ejercida a través de las Naciones Unidas, a examinar el problema de Chipre y llegar a un acuerdo según los deseos del pueblo chipriota y de toda la nación griega.

II. PROCEDIMIENTO

La actividad deberá orientarse a producir la desorientación y el mayor daño entre las filas de las fuerzas inglesas hasta hacerles evidente que ya no pueden dominar por completo la situación. La campaña se debe desarrollar en tres frentes:

1. Sabotaje contra las instalaciones gubernamentales y los pues-

tos militares.

2. Ataques a las fuerzas inglesas por un número importante de grupos de lucha armados.

3. Organizar la resistencia pasiva de la población.

Debido a los obstáculos que surgen ante una lucha guerrillera en gran escala. . . el peso principal de la campaña debe recaer en el sabotaje y, en consecuencia, la tarea central de los grupos de lucha deberá soportarla y cumplirla el trabajo de los saboteadores quienes deberán trastornar y divertir a las fuerzas gubernamentales. . . El triunfo no se logra con ataques pequeños e intermitentes, sino únicamente con una campaña continua, orientada a obtener resultados importantes. Esto no debe entenderse como que esperamos con estos medios infligir una derrota material completa a las fuerzas inglesas; nuestro propósito es ocasionarle una derrota moral manteniendo la ofensiva hasta que se consigan los objetivos señalados en el primer apartado de este plan.

A fines de junio de 1955 se había cumplido la segunda fase de la campaña. Se comunicó a los combatientes de la EOKA por medio de un boletín que los “resultados materiales” no habían ido más allá de lo previsto por el Jefe. Se habían producido algunas bajas y el daño causado por el sabotaje fue relativamente escaso desde el punto de vista económico. Es probable que a esto se refiriera Grivas cuando hablaba de “resultados materiales”.

Sin embargo, en términos políticos, la campaña de la EOKA había conquistado ya éxitos de gran importancia. El propósito fundamental de la organización se había cumplido. El mensaje de autodeterminación de Chipre había llamado dramáticamente la atención del mundo. Había despertado, en especial, a la opinión pública inglesa con los resultados siguientes: la política del gobierno que había dicho que no trataría *nunca* de la independencia de los chipriotas —a Chipre se le tenía como indispensable para la seguridad militar inglesa en el Mediterráneo— era puesta en duda; y había ya otras interpretaciones acerca de la palabra “nunca”.

Dos años antes los ingleses se negaron a tratar el problema de Chipre con el gobierno griego. Ahora, el Primer Ministro, Sir Anthony Eden, invitaba tanto a Atenas como a Ankara para que asistieran a una conferencia tripartita en Londres. El arzobispo Makarios, que procuraba una tribuna más amplia y un arreglo

mejor del que se podía esperar en esa reunión, voló hacia Atenas para obligar al gobierno griego a que acudiera a las Naciones Unidas. Antes de partir le envió a Grivas sus felicitaciones, agregando:

La EOKA ha contribuido infinitamente más a la libertad de Chipre que 75 años de guerra en el papel. El nombre de Dighenis es un enigma para los ingleses. Y es una leyenda también. Ha pasado ya a las páginas de la historia del movimiento de liberación .

Grivas preparó un ataque general que coincidiera con la fecha de la reunión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que se realizaría en otoño. Como paso inicial, se propuso dejar fuera de combate a la fuerza policíaca nativa, instrumento seguro de la fuerza legal, para obligar a los ingleses a utilizar aún más su fuerza militar, que venía siendo usada principalmente para proteger los edificios gubernamentales, o bien se tenía acuartelada para disolver motines y otras emergencias similares.

En una orden fechada el 28 de junio, informaba a los grupos dirigentes de la EOKA:

El objeto de nuestra próxima ofensiva será aterrorizar a la policía y paralizar la administración, tanto de la ciudad como del campo. Si logramos el objetivo los resultados serán triples:

La desmoralización cundirá tan rápidamente entre la fuerza policíaca que la mayoría de ellos, si no nos ayudan, cerrarán al menos los ojos ante nuestras actividades.

La participación activa del ejército en la protección dispersará a sus tropas y las agotará mucho. El decaimiento de la moral del ejército influirá en sus jefes. Frente a nuestro poder y persistencia y los problemas que eso causa es muy probable que las Naciones Unidas, por intermedio de los países miembros, se interesen en los asuntos de Chipre, tratando de darles una solución.

Los resultados deseados deberán obtenerse por medio de:

- 1 Ataques sangrientos contra los policías que son contrarios a nuestra causa o que tratan de darnos caza.
- 2 Emboscadas contra las patrullas policíacas en los pueblos e incursiones en las estaciones de policía en el campo.
- 3 Obstrucción del libre tránsito de la policía a través de la

isla, tendiéndole emboscadas (contra individuos o grupos).

En hojas sueltas, pegadas a las paredes en las aldeas o distribuidas en las calles de las ciudades por escolares, se previno a la policía de lo que le esperaba;

A LA POLICIA: Se lo he advertido y cumpliré con lo dicho a quien no lo acate. A los tiranos de Chipre les esperan días negros, a los traidores los castigos más duros. . . No intenten cerrarnos el paso porque lo pagarán con su sangre. He dado órdenes para que: Todo aquel que trate de aprehender o persiga a los patriotas chipriotas será **EJECUTADO**

Todo aquel que trate de aprehender o persiga a los patriotas chipriotas será **FUSILADO**

NADIE TENDRA NADA QUE TEMER MIENTRAS NO SE INTERPONGA EN NUESTRO CAMINO.

EOKA

El Jefe, Dighenis

Una vez hecha esta advertencia, la EOKA procedió a efectuar una serie de incursiones contra los puestos de policía, con un doble propósito: atemorizar con sus ataques a la policía y también como un medio para que la organización se apoderara de las armas que necesitaba, puesto que contaban con muy pocas procedentes de Grecia, que fue de donde obtuvo las primeras armas y suministros.

En los pueblos la campaña se retrasó, la causa fue —Grivas lo explica casi apologeticamente—, “la inexperiencia completa de los pelotones de ejecución”. Pese a todo se obtuvieron resultados. Murieron varios policías y otros fueron heridos en Nicosia y Famagusta. Muchos pidieron su baja y los que no lo hicieron, dice Grivas, apenas si sacaban las narices fuera de los puestos. El efecto de las incursiones fue que la administración íntegra se puso a la defensiva. Por las noches, los centinelas armados daban vueltas alrededor de las estaciones de policía y cuando los policías tenían que cerrar temporalmente sus locales se llevaban consigo todas las armas.

Los ingleses no sabían casi nada acerca de la EOKA; quiénes eran sus miembros, dónde se les podía encontrar. Aquellos que pudieran haberles dicho algo, los chipriotas griegos miembros de la fuerza policíaca, fueron acallados rápidamente.

El 28 de agosto un esbirro de los Servicios Especiales, a quien se

había condenado a muerte por ser “muy celoso” en el cumplimiento de su deber, fue descubierto en un mitin político en la calle de Ledra en Nicosia. Fue abatido a balazos frente a una multitud de cientos de personas por un joven oficinista del gobierno, Miguel Karaolis, miembro de uno de los pelotones de ejecución de la EOKA compuestos de tres hombres.

El asesinato cometido a la luz del día, frente a cientos de personas, en el corazón de la capital fue un golpe fatal para el prestigio de la policía. Karaolis, el asesino, fue capturado más tarde y sentenciado a muerte; pero ya había cumplido su tarea. La muerte violenta del esbirro de los Servicios Especiales, dice Grivas, “acabó con la oposición a la EOKA entre la policía griega”.

Poco a poco se fueron reclutando turcos en vez de griegos para las fuerzas de policía, lo que agudizó la hostilidad entre los dos grupos étnicos. De los griegos que no fueron borrados de las nóminas británicas, muchos se convirtieron en espías de la EOKA, informando a la organización detalladamente, día a día, de las intenciones británicas. Aquellos que no servían de esta manera cerraban los ojos ante las actividades de la EOKA, tal como lo había previsto Grivas, dejando de ser un servicio eficiente para los ingleses o un estorbo para el movimiento de liberación.

La propaganda británica fue cáustica al denunciar los métodos empleados por la EOKA; pero esto no le preocupaba a Grivas, como él mismo escribió más tarde:

Todas las guerras son crueles y la única manera de vencer a fuerzas superiores es por medio de la astucia y el engaño; así como no es posible encontrar mayor diferencia entre emplear fusiles u obuses, tampoco lo es entre golpear de frente o por detrás. Los ingleses me pueden criticar todo lo que quieran porque hago la guerra en Chipre; pero no tengo ninguna obligación de pedirles permiso para hacerla. No podrán negarme que la hago con mucho éxito.

Al respaldar al terrorismo con una intensa agitación política se movilizaron grandes multitudes en los pueblos. En Nicosia, durante una manifestación, en el mes de septiembre, se volcaron e incendiaron camiones del ejército y se quemó íntegramente el Instituto Británico.

Los titulares de prensa motivados por estas actividades le hicieron

perder a Grecia la votación sobre el tema de Chipre en las Naciones Unidas. La gestión griega fue rechazada el 23 de septiembre. Pero la campaña de la EOKA había conmovido a Inglaterra. Dos días después del rechazo de las Naciones Unidas, se informó en Londres que un nuevo gobernador sustituiría inmediatamente a Sir Robert Armitage.

El sustituto fue el varias veces condecorado Mariscal de Campo Sir John Harding, un distinguido general inglés de la Segunda Guerra Mundial que acababa de renunciar al puesto de jefe del Estado Mayor Imperial. “El era, en verdad —escribe Grivas— el principal soldado británico de esos días, siendo la distinción más alta que se nos podía hacer el enviar contra nuestra pequeña fuerza un hombre con una reputación tan grande y una carrera tan brillante”.

Harding, tal como se desarrollaron las cosas, no tuvo mayores éxitos frente a la EOKA que su antecesor.

El nombramiento de un militar para sustituir al gobernador civil dejó ver claro que Downing Street pretendía eliminar a la EOKA por medio de la fuerza en vez de continuar con la acción policíaca. El problema fue, como es frecuente cuando se combate contra las guerrillas, y aun más cuando se pelea contra terroristas, que no había nadie enfrente a quien aplicarle la fuerza. Así lo explica Grivas:

La respuesta inglesa a nuestros métodos fue invadir la isla con soldados. Una mala respuesta. El número no significa mayor cosa en la guerra de guerrillas. De acuerdo con el punto de vista guerrillero resulta en verdad peligroso aumentar el tamaño de los grupos más allá de cierto punto. A esto lo llamo “punto de saturación”. Lo determina la naturaleza del terreno, la habilidad de los combatientes, las exigencias de alimento y suministros, las tácticas empleadas y la necesidad de mantener un número reducido de bajas. En cualquier zona dada es práctico incorporar un número determinado de combatientes; en los países montañosos, donde los picos y las hondonadas son tierra desolada, la cantidad es apenas una fracción del número requerido en cualquier otra parte. Yo mismo, cuando me uní a los *andartes* en las montañas, me sentía molesto si nos juntábamos más de media docena. En las llanuras el punto de saturación era mucho más bajo de lo que se puede imaginar: por ejemplo no tenía objeto emplear más de cinco o seis hombres para atacar una aldea; cuanto mayor era el número de atacantes más les costaba evadir la acción.

Siguiendo el mismo principio, las aldeas que acataban mis órdenes, donde éramos fuertes, se mantenían en calma, hasta que fuera apropiado golpear, mientras que donde éramos más débiles se seguía atacando con frecuencia, simplemente para engañar al enemigo. Si nos hacían prisioneros, incluso un grupo entero, esto no importaba, porque siempre había un grupo completo de reserva dispuesto a ocupar esos puestos. Así, nunca descubrí al enemigo toda mi fuerza, pero después de cada estallido súbito de violencia se encontraban con un campo de batalla desierto. Cuando los ingleses trataron de sorprendernos por la espalda, se encontraron que no había nada que golpear. Este fue el secreto de mis triunfos por espacio de cuatro años de dura lucha y mis principios no variaron cuando apareció Harding en la escena.³

Es bueno recordar que Grivas habla de una campaña basada principalmente en el terrorismo y el sabotaje, dada en una isla pequeña que ofrecía poco espacio para la maniobra, y orientada más bien a un resultado político que militar. No pretendía levantar una zona guerrillera que se automantuviera, o lograr como fin último (imposible en Chipre) un equilibrio de fuerzas militares. Dadas las condiciones de Chipre, pueden considerarse como aceptables las unidades guerrilleras pequeñas; eran aceptables precisamente en la medida que lo eran los terroristas que no persiguen poner en pie una fuerza militar, sino alcanzar resultados políticos y psicológicos sacrificándose ellos mismos con frecuencia.

Grivas se aprovechó con sagacidad de la interacción entre los grupos urbanos y rurales: cuando le interesaba llevar adelante una campaña en el campo, ponía en pie grandes manifestaciones políticas en los pueblos, manteniendo así a las tropas ocupadas en aplacar motines, mientras que los grupos guerrilleros efectuaban ataques ligeros contra objetivos rurales. Cuando pretendía realizar una nueva acción en las ciudades, desarrollaba actos de diversión en el campo, cuyos resultados consistían en obligar a las tropas a alejarse para efectuar *ratissages*.

“... mis recursos eran escasos y no esperaba alcanzar una victoria militar —escribe—; se trataba más bien de organizar una fuerza opositora y mantenerla en pie sin hacer caso de lo que hiciera el enemigo para destruirla. Esto, y más, se logró en los primeros seis meses”.

³ *Las Memorias del general Grivas.*

A su llegada a Nicosia, Harding hizo un intento precipitado para negociar con el arzobispo Makarios. Cuando fracasaron las pláticas a los pocos días, Grivas ordenó a la EOKA una ofensiva en gran escala. Se lanzaron nuevos ataques contra las estaciones de policía de las aldeas en un esfuerzo para que el ejército saliera a la calle. Los miembros de la EOKA efectuaron una incursión a la mina de Mitsero y huyeron con quinientos cartuchos de dinamita, seiscientos detonadores y cerca de trescientos metros de mecha. Otra incursión asaltó un almacén militar en el puerto de Famagusta, hirieron y amordazaron a un celador y se llevaron un camión cargado de armas inglesas: fusiles Bren, Stens, morteros y bazukas.

Se intensificó la agitación política y empeoró la situación de los ingleses por sus intentos imprudentes de impedir las manifestaciones públicas. No pudo elegirse peor momento para hacer pública la sentencia de muerte de Miguel Karaolis, "el primer héroe de la revolución". El comunicado apareció el 28 de octubre, fiesta nacional en conmemoración del rechazo de los griegos a rendirse a las potencias del Eje en 1940. Harding prohibió toda clase de manifestaciones públicas; Grivas respondió haciendo un llamamiento a los chipriotas para que desafiaran el edicto, lo que dio por resultado una serie de choques sangrientos. Las tropas hicieron fuego sobre la multitud amotinada, hiriendo a tres hombres; como resultado de las luchas callejeras se efectuó más de un millar de detenciones, que llenaron las cárceles de las principales poblaciones.

Mientras las fuerzas inglesas se hallaban ocupadas en los pueblos con las manifestaciones y sabotajes, Grivas ordenó un vasto asalto en la isla. Principió el 18 de noviembre, cuando se lanzaron más de cincuenta bombas en treinta ataques distintos a lo largo de Chipre. Al final de la semana se habían producido ya varios centenares de ataques. En la Oficina Central de Correos de Nicosia se puso una bomba en un buzón, y destruyó la mitad del edificio. Una bomba de ocho libras llevada en la mochila de una bicicleta al interior del campamento militar de Kykko, en las afueras de Nicosia, hizo volar el techo del comedor de los suboficiales y sargentos, matando a dos de éstos. Fueron atacados los puestos militares de Limassol y Larnaca. Los guerrilleros de la cordillera de Kyrenia atacaron dos minas y entablaron un furioso combate con las tropas acantonadas para protegerlas. Fueron emboscados camiones de la compañía minera cargados de dinamita, y en la carretera, cerca de Famagusta, fueron volados tres vehículos militares obligando al ejército a paralizar todo movimiento militar nocturno

por las carreteras.

El propio Grivas preparó una emboscada atacando a dos camiones del ejército; destruyó uno y se alejó con su pelotón hacia la cima de un monte para observar calmadamente cómo una partida de relevo, que se presentó tres horas después del ataque, removía del camino los cuerpos de los soldados muertos. No se hizo ningún intento para explorar la zona.

El 26 de noviembre se declaró el estado de emergencia en toda la isla. Se concedieron poderes extraordinarios a la policía para efectuar registros y detenciones. Se prohibieron las manifestaciones. Se impuso la pena de muerte a quienes llevaran armas y los saboteadores se vieron expuestos a cadena perpetua. Las tropas británicas, respondiendo al asesinato de sus camaradas de armas al igual que lo habían hecho los Black and Tans en Irlanda, volcaron su odio sobre la población civil. Los soldados detenían los camiones de los granjeros cuando iban para el mercado y arrojaban su carga de frutas y verduras a la carretera. Al perseguir a las personas invadían las casas particulares, atropellaban a sus ocupantes y destruían sus posesiones. Se detenía a los sospechosos sin orden judicial y se les mantenía durante semanas y meses en campos de detención sin ser juzgados. "Las fuerzas de seguridad —comenta Grivas—, desempeñaban su trabajo de tal forma que todo parecía estar hecho deliberadamente para arrojar a la población en nuestros brazos". Este fue el resultado.

Cuando Grivas fue a las montañas de Troodos para coordinar las operaciones guerrilleras, en varias ocasiones estuvo a punto de ser capturado por las patrullas inglesas que *peinaban* la zona donde estaba escondido. En una ocasión, dos destacamentos ingleses, con un total de cien hombres, perdidos en la niebla de la ladera de un monte, al aproximarse el uno al otro a medida que se evadía la guerrilla, se enzarzaron en un combate que duró una hora antes de darse cuenta que estaban peleando entre ellos mismos. Hubo más de cincuenta bajas.

El día de Año Nuevo de 1956, Harding predijo en un mensaje por radio que "los días de la EOKA estaban contados". Al siguiente día, ochocientos miembros de las tropas inglesas, que se habían internado en un bosque donde se suponía que estaba Grivas, estuvieron el día entero registrando una zona de dos millas cuadradas y volvieron con tres prisioneros. Grivas afirma: "Cierta-

mente, yo estaba allí, unas cuantas millas al sur del lugar de las operaciones, observando con mis binoculares el avance de la exploración y me asombró la forma desordenada en que las tropas realizaban su trabajo”.

El 22 de enero tuvo lugar una incursión simultánea de las unidades de la EOKA a cada una de las aldeas de Chipre, esforzándose por apoderarse de los varios miles de escopetas que tenía registradas la policía en la isla. En las incursiones sólo fue herido un miembro de la EOKA y murió un soldado; se tomaron más de ochocientas escopetas y Grivas procedió a organizar unidades especiales de escopeteros: “Estas servían para acosar a los ingleses por la noche, atacar los campamentos del ejército, distraer para que fuesen posibles ataques guerrilleros de mayor alcance, y para ejecutar traidores”.

En febrero de 1956 los efectivos del ejército inglés habían aumentado de cuatro a veintidós mil hombres. La EOKA tenía por entonces un total de doscientos setenta y tres hombres en “la línea del frente”, apoyados por unos 750 guerrilleros irregulares en las aldeas, armados sólo con escopetas. Los combatientes de la “línea del frente” comprendían ochenta miembros distribuidos en quince grupos en Nicosia, treinta y seis miembros en Famagusta y treinta y cuatro miembros en Limassol, las tres ciudades principales de la isla. La diferencia numérica era enorme a favor de los ingleses, pero Grivas consideraba al ejército, reforzado por quinientos policías, como “un cuerpo pesado” que “presentaba muchos blancos, nuevos y viejos, en el pueblo y en la montaña”. Quedó demostrado que así era.

Grivas intensificó su campaña de terror y sabotaje. Fueron atacadas con bombas las casas de los altos oficiales ingleses; los ayudantes británicos eran balaceados en las calles, se arrojaron bombas en los clubs y tabernas frecuentados por las tropas. Un sirviente que pertenecía a la EOKA acertó a poner una bomba debajo del colchón de la cama de Sir Harding; afortunadamente para el gobernador (explica Grivas), un rápido cambio de temperatura afectó al dispositivo de tiempo y no estalló la bomba sino hasta después que se había descubierto y quitado.

Parecía que los ingleses habían aprendido muy poco o nada de sus experiencias anteriores sobre el terrorismo en otras partes. Sus esfuerzos por intimidar a la población civil que ayudaba a la EOKA sólo sirvieron para agravar las cosas. El experimento de imponer multas colectivas a la población griega, como represalia contra

los ataques a las fuerzas británicas —la escala subía desde unas 500 libras en algunas aldeas pequeñas hasta 40,000 libras en Fama-gusta y 35,000 libras en Limassol—, fue abandonado después de seis meses por ineficaz.

Las severas medidas dictadas contra los combatientes de la EOKA capturados fracasaron como intimidación, pero tuvieron graves repercusiones políticas. Cuando se ahorcó al primero de los terroristas de la EOKA que tenían que ser ejecutados por asesinato en la Prisión Central de Nicosia, el 10 de mayo de 1956, tuvieron lugar en Grecia grandes manifestaciones como protesta; siete personas fueron muertas en un motín en Atenas y el alcalde de la ciudad, solemnemente, ante los ojos de una multitud jubilosa, hizo pedazos con un martillo la placa de mármol dedicada a la reina Isabel y al príncipe Felipe. Incluso la prensa británica condenó los ajusticiamientos. No hay duda de que causó simpatía el hecho de que Grivas ejecutara al día siguiente, en nombre de la EOKA, a dos rehenes ingleses como represalia por las ejecuciones, mientras que los titulares de prensa difundían lo que millones de personas consideraban un extravío de la justicia inglesa. Es una ironía de la guerra —y un hecho político que debe tenerse en cuenta y ser comprendido— que las reglas no son las mismas para ambos lados.

Las tropas británicas no se encontraban en mejor posición frente a las guerrillas de la EOKA en el campo que frente a los terroristas en la ciudad. Las tropas quemaron miles de hectáreas de monte en un esfuerzo desesperado para hacer que las bandas de guerrilleros salieran de las montañas, pero se capturaron muy pocos guerrille-ros y éstos fueron sustituidos rápidamente por otros.

Harding intentó sorprender por la retaguardia a los grupos de la montaña [escribe Grivas], pero falto de un plan de gran alcance y no pudiendo hacer suyos nuestros métodos, tuvo poco éxito. Sus acciones dependían de los informes esporádicos de los soplones, que a menudo eran inexactos y falsos, obligándoles a concentrarse en zonas reducidas. Se volcaron como cincuenta camiones cargados de tropa en una zona pequeña, que debería ser rastreada en un día: pero nos escabullimos un poco antes de que comenzara el rastreo y observamos su desarrollo desde unas colinas vecinas, seguros de que la operación no excedería los límites originales.

¿Qué *deberían* haber hecho? Examinando retrospectivamente los problemas del enemigo, Grivas dice:

...Harding persistió en sus errores; subestimó al enemigo por una parte y sobrestimó sus fuerzas, por la otra. Pero no hay que usar un tanque para coger a un ratón de campo; un gato puede hacerlo mejor. La única esperanza del mariscal de campo de dar con nosotros era jugar al ratón y el gato: emplear grupos pequeños convenientemente entrenados, que pudieran actuar con maña y paciencia y golpear rápidamente cuando menos lo esperáramos.

las mismas directrices con los resultados que eran de esperarse. Lo que Harding fue incapaz de obtener con veinte mil hombres de tropa en 1956, no lo podía alcanzar su sucesor con el doble de ellos en 1958. Estaban en Chipre cuarenta y tres mil soldados ingleses cuando terminaron la lucha; pero son muy pocos los que pueden decir qué era lo que hacían. Es evidente que no estaban allí para guardar la paz.

Al proporcionar Grivas, el 2 de octubre de 1958, el balance de las actividades de la EOKA, nos da una idea del nivel de las operaciones que tenían lugar por entonces:

LARNACA: soldados muertos por bombas; agentes civiles fusilados por un pelotón de ejecución.

NICOSIA: se lanzó desde un automóvil una bomba dentro del cuartel central de la policía; se desconocen las bajas.

FAMAGUSTA: se emboscó a dos camiones del ejército; se desconocen las bajas.

LIMASSOL: ocho británicos lesionados por bombas en el Hotel Acrópolis; cuatro soldados lesionados por una bomba lanzada en un camión.

PLATANI: murieron dos soldados, fueron heridos dos en un camión que chocó con una mina.

PANALLIA-TAUROS: murieron dos soldados; dos fueron heridos en una emboscada.

PIROI: un camión emboscado, se desconocen las bajas.

MESOYI: dos soldados muertos en la emboscada de un camión.

PIYI: murieron dos soldados, dos fueron heridos en un camión que saltó con una mina.

PERISTERONA: se lanzaron bombas contra dos camiones militares; se desconocen las bajas.

Las autoridades británicas agudizaron la lucha con muy escasos resultados al incluir en la pelea a la comunidad turca. El reclutamiento de turcos para la policía y el incitamiento de antagonismos raciales latentes produjo algunas matanzas sangrientas de civiles y dejó en ambas partes un saldo trágico de vidas inocentes; por lo que la máxima "divide y vencerás" como un recurso de la política británica, fracasó en Chipre.

El convenio político final que se logró con los acuerdos de Zurich y Londres, creando la República de Chipre, según la constitución redactada en Londres, Atenas y Ankara, no fue del todo satisfactorio para Grivas. Había luchado por la independencia de la isla como un paso previo a la unión con Grecia, la *enosis*, y esto no fue concedido.

Pero los ingleses ni siquiera podían decir que habían obtenido una victoria parcial. Habían pagado un precio muy alto en dinero, vidas y prestigio durante los cuatro años de inútil lucha, y no tenían otra cosa que exhibir sino los papeles de un compromiso que era peor que una derrota completa: donde había habido una cuestión colonial molesta se creó una situación internacional explosiva, y quien esperó ver una grave amenaza a la paz en el Mediterráneo, no halló más amenaza que la dirigida contra los propios ingleses.

En cuanto al conflicto que concluyó en Zurich, todo él fue, paso a paso, una serie completa de derrotas para las armas y la política coloniales. Los ingleses se enfrentaron a la EOKA como si se tratara de una banda de vulgares asesinos, confiando en métodos que podrían haber sido empleados para aplastar un motín de forajidos y aparentando no darse cuenta de lo que fue muy claro para Grivas desde un principio:

Me reía a carcajadas cuando leía que el general A o el brigadier B había llegado a Chipre a poner en práctica los métodos que les habían dado fama en todas partes. No habían comprendido que la causa, la psicología y las circunstancias de la lucha en Chipre eran distintas y *arrastraban no a un puñado de insurrectos, sino a un pueblo entero.*

IX

Fracasos en la guerra de la pulga. Magsaysay y los Huks en Filipinas. El precio de la victoria inglesa en Malasia. Por qué perdieron los comunistas en Grecia.

El parangón que hace Mao sobre la guerrilla, al decir que nada como un pez en el mar del pueblo, se repite a menudo porque encierra una verdad esencial: expresa exacta y gráficamente el principio fundamental de la guerra de guerrillas. Llévase la analogía un poco más lejos y pregúntese qué le pasa al pez cuando se saca —o él mismo se sale— del agua. La respuesta explica mejor que un tratado, la razón del fracaso de algunos movimientos guerrilleros que han podido ser suprimidos con éxito.

Un primer ejemplo al respecto es la destrucción del Ejército Democrático de las fuerzas guerrilleras de los comunistas griegos. Malaya es otro. Probablemente, un tercero sea la insurrección de los Hukbalajap en las Filipinas. Los tres ejemplos muestran qué sucede cuando las guerrillas son separadas o ellas deliberadamente se separan (como lo hicieron los comunistas griegos) del contacto y apoyo populares.

El movimiento Huk, que como muchos otros tuvo su origen en la Segunda Guerra Mundial, ofrece más enseñanza a los estrategas contrarrevolucionarios que los otros, porque ejemplifica el uso afortunado de las armas políticas y sociales, antes que las militares, en contra de las guerrillas.

El crédito por los éxitos de la campaña de pacificación en Filipinas parece ser que le corresponde en gran medida a un solo político inteligente, el que fuera presidente de su país: Ramón Magsaysay, que llegó a ser Secretario de la Defensa Nacional en 1950, cuando los huks parecían estar casi a punto de ocupar la propia Manila.

Los huks, como el Vietminh en Indochina, el ELAS en Grecia, los comunistas de Malasia y otros insurgentes a lo largo del territorio dominado por el Eje durante la Segunda Guerra Mundial, comenzaron mostrándose como una fuerza patriótica —guerrille-

ros que se oponían a un invasor extranjero—, con las bendiciones, el entrenamiento práctico y la ayuda material de las potencias aliadas, especialmente de los Estados Unidos. Pero las causas revolucionarias son muy complejas: los huks habían estado peleando por algo, así como *contra* algo. Las consignas del tiempo de guerra habían sido tomadas en serio y, cuando la guerra concluyó y fueron expulsados los japoneses de la isla, las aspiraciones sociales eclipsaron hasta la misma independencia, concedida condicionalmente en 1946. Quienes habían peleado contra los japoneses, peleaban ahora por ellos mismos: exigían sus derechos políticos y un pedazo de la tierra por la que habían estado peleando.

Magsaysay, él mismo un antiguo guerrillero, vio lo suficientemente claro para advertir lo que se pedía, y tuvo el ascendiente suficiente para conseguirlo.

Cuando ocupó su cargo en 1950, los huks dominaban el centro de Luzón y la mayor parte de Mindanao, la segunda isla del archipiélago; tenían cerca de 12,000 guerrilleros armados y contaban con la cooperación activa de aproximadamente un millón de filipinos en una nación de siete millones. Un ejército de treinta mil soldados era impotente para contenerlos; las reservas de armas capturadas a los japoneses o proporcionadas por los Estados Unidos durante la guerra, hubieran sido suficientes para mantener por décadas una guerra civil en ascenso, y el grueso de la población, si no simpatizaba abiertamente con los insurgentes, era, cuando menos, pasiva.

El terreno —montañas y una selva pantanosa— favorecía las guerrillas. Las tropas, odiadas por los aldeanos, fueron confinadas a los grandes centros de población y se las veía rara vez en las regiones del interior, salvo en raras expediciones punitivas y entonces, con derroche de fuerza, el ejército llegaba en camiones y vehículos blindados para aterrorizar a la población rural.

El primer paso de Magsaysay fue reorganizar el ejército y poner punto final al terrorismo militar. Se intensificó la presión contra los huks con el envío de pequeñas unidades armadas, que actuaban más como una milicia que como tropas, al perseguir a los grupos guerrilleros, mientras que el grueso del ejército se consagraba al trabajo social; se creaban consultorios médicos, se construían escuelas, se arreglaban caminos y puentes y se ayudaba a los campesinos a llevar su arroz al mercado. El segundo paso —y el primero hubiera sido inútil sin éste— fue conseguir una le-

gislación que hiciera posible dar a los huks aquello por lo que habían venido peleando, a condición de que depusieran las armas. Se proclamó una amnistía y la consigna comunista de "tierra para los sin tierra" perdió su validez al proclamarse una reforma agraria y un programa de redistribución según el cual a todo guerrillero que se rindiera se le daba una parcela en propiedad.

Fue un hábil soborno que dio resultado allí donde otro tipo de persuasión no obtuvo nada. Se pagaron las armas a buenos precios. Se puso a precio la cabeza de los principales dirigentes huks, y las traiciones subsiguientes resquebrajaron la dirección de la campaña guerrillera, separando a las bandas móviles de su base urbana en Manila, donde se capturó virtualmente a toda la dirección política rebelde.

En 1951, las tropas custodiaron las urnas electorales para que se llevara a cabo una elección honesta (probablemente la primera en la historia de Filipinas), que condujo a ulteriores reformas sociales que debilitaron progresivamente el llamamiento comunista.

Cuando el dirigente de los huks, Luis Taroc, se rindió en 1954, las aldeas estaban firmemente en manos del gobierno y los huks se habían reducido, más por defecciones que por otra cosa, a unos cuantos miles, esparcidos por las montañas menos accesibles y en las regiones selváticas de las dos islas mayores.

Aun no habían sido derrotados militarmente —es cierto; no han podido ser eliminados por completo hasta la fecha y no hace mucho dieron pruebas de revivir—, pero habían perdido la guerra de la propaganda y las consignas populares; su causa se la había robado un gobierno mucho más popular (en parte, gracias a una economía mantenida por una ayuda norteamericana de seiscientos millones de dólares) que cualquiera de los que habían gobernado antes; y esto los fue aislando lenta pero seguramente del apoyo en que descansa su existencia victoriosa.

Se podría especular sobre si los huks pudieron haber logrado más aprovechando mejor su fuerza cuando la tuvieron. Una de sus debilidades mayores parece haber sido el fracaso de no haber podido establecer una especie de frente popular durante el período en que más se necesitaba el apoyo urbano, la participación de los estudiantes, de los obreros industriales y de los miembros más pobres de la clase del cuello blanco. La insurrección fue un movimiento campesino, y permaneció confinada a las zonas rurales. Sin embargo, cuando las guerrillas dominaron las aldeas, de 1949 a 1950, el hecho no afectó seriamente la economía de las islas o la

vida de la capital. Su táctica en el campo, básicamente evasiva, no logró producir la clase de resultados que pueden ser aprovechados en términos de propaganda para un efecto político mayor; y una vez privados de la dirección política parecieron caer dentro de una existencia que era difícil distinguir del bandolerismo, renunciando a la orientación política y militar de Manila.

Militarmente, una fuerza de doce mil guerrilleros con fuerte apoyo campesino, combatida por un ejército relativamente pequeño de sólo treinta mil hombres, estaba en capacidad de concentrar una fuerza suficiente en cualquier lugar para acabar con cualquiera de las más fuertes guarniciones, o de capturar a cualquiera de los pueblos más grandes. Los huks fallaron en esto.

Como saboteadores, estaban en condiciones de haber iniciado una campaña agresiva de destrucción que hubiera cortado las comunicaciones y paralizado la economía nacional. Fuerzas mucho más pequeñas lo han hecho dondequiera; pero los huks fallaron de nuevo.

Renuentes o psicológicamente incapaces para tomar la iniciativa, fallaron en captar y mantener activa la imaginación popular, para así organizar la amplia masa inquieta indispensable para hacer caer al gobierno o poner en pie al ejército revolucionario capaz de enfrentarse y derrotar al ejército gubernamental. "La opinión pública, dice Clausewitz, se gana al fin con grandes victorias". Si los huks no necesitaban grandes victorias, sí les hacía falta, por lo menos, una base de éxito para crear la adhesión popular masiva en la cual se apoyan los movimientos revolucionarios triunfantes.

Tuvieron un buen principio, pero no supieron aprovecharlo. Las reformas de Magsaysay llegaron a tiempo para mellar el filo de las injusticias populares y ampliar la base política del régimen, al tiempo que disminuía la del movimiento huk, hasta el punto de que fue eliminado virtualmente como fuerza revolucionaria.

En la Malasia de posguerra la situación fue diametralmente opuesta a la de Filipinas, excepto en ciertas semejanzas obvias. Hubo allí un fuerte movimiento guerrillero comunista, y como en Filipinas, había sido preparado por expertos. En efecto; Chin Peng, secretario general del Partido Comunista Malayo, se caracterizó durante la guerra como "el guerrillero británico más fiel" y cerca de doscientos miembros del Partido aprendieron la guerra irregular,

unos años antes, en la Escuela Militar Británica de Capacitación, en Singapur.

Además, había una extensa organización política, el Min Yuen o Movimiento de los Pobres, que se encontraba en cada pueblo o aldea de alguna consideración en la península de Malasia.

Sin embargo, desafortunadamente para los comunistas, el llamado Ejército de Liberación de la Raza Malaya (ELRM), tenía muy pocos malayos, ya que estaba formado exclusivamente por chinos, y, más concretamente, por una densa población de colonos de reciente inmigración china, con raíces no muy hondas en el país.

Las guerrillas, que sumaban aproximadamente una fuerza total de cinco mil a diez mil combatientes, estaban capacitados para lanzarse a una campaña de terrorismo y sabotaje que fue inicialmente efectiva. Pero su debilidad consistió, a lo largo de las acciones, en la facilidad relativa con que pudieron ser aisladas.

La selva en que forzosamente encontraron refugio, estaba habitada no por labradores, sino por tribus primitivas que apenas podían cultivar lo suficiente para alimentarse ellas mismas. En consecuencia, la comida con que contaba la guerrilla tenía que llegar de contrabando desde las aldeas, a través de la red del Min Yuen, y esto fue rápidamente interferido por la acción vigilante de la policía.

Un costoso y masivo programa de redistribución desplazó a más de medio millón de colonos chinos, la mayoría de ellos obreros de las minas de estaño y de las plantaciones de caucho, de sus chozas situadas a orilla de la selva hasta pueblos protegidos, donde podían estar bajo vigilancia, para vigilar sus inclinaciones a vincularse políticamente con los insurgentes.

Al final, separados de la población, carentes del apoyo material incluso de la comunidad china en la que habían confiado, se les fue rindiendo lentamente por hambre o haciéndolos caer en las trampas de las emboscadas, con lo cual fueron reducidos a pequeños grupos.

El programa de redistribución, prototipo de las aldeas estratégicas establecidas luego en Vietnam del Sur, de cierta importancia para los especialistas contrarrevolucionarios, es uno de los métodos puestos en práctica por los británicos para combatir las guerrillas chinas en la selva malaya.

De cualquier manera, lo importante en la experiencia de Malasia no es la derrota del ELRM —una circunstancia fatal en cualquier caso— sino el tiempo que llevó la campaña de eliminación y

su costo extremadamente alto.

Aparte de las desventajas naturales con que pelearon los británicos, lo cierto es que diez años después de haber comenzado la lucha no habían podido ser eliminadas las guerrillas comunistas chinas en Malaya como fuerza de combate; efectivamente, unos cuantos cientos de guerrilleros sobreviven en la selva, si bien no se les considera peligrosos.

En los diez años de lucha, mantuvieron a raya a una fuerza británica de ciento cuarenta mil soldados, incluyendo cuarenta mil de las tropas regulares y cerca de cien mil policías regulares y auxiliares.

Los gastos de la campaña militar pueden apreciarse por la siguiente cuenta pormenorizada de la "Operación Nassau", descrita como típica para el nivel operacional de los batallones contraguerrilleros británicos que operaban en Malasia:

La Operación Nassau... comenzó en diciembre de 1954 y terminó en septiembre de 1955. El Pantano Sur de Juala Langat abarca una zona de más de 250 kilómetros cuadrados. Es una selva cerrada con árboles de más de cincuenta metros de alto donde la visibilidad está limitada a un radio de veinticinco metros. Después de varios asesinatos, se destacó un batallón británico a la zona. El suministro de la comida se logró a través de un sistema de raciones, convoyes, pases de entrada y registros. Una compañía inició las operaciones en el pantano hacia el 21 de diciembre de 1954. El 9 de enero de 1955 dieron principio las operaciones tácticas en gran escala: artillería, morteros y aeroplanos se emplearon para atacar el Pantano Sur. Inicialmente, el plan era bombardear y atacar con granadas el pantano día y noche a fin de batir a los terroristas emboscados; pero los terroristas estaban bien preparados para quedarse allí indefinidamente. Salieron ocasionalmente brigadas de suministros, pero la población estaba muy atemorizada para denunciarlas.

Se modificó el plan; el fuego de hostigamiento se redujo sólo a la noche. Prosiguieron las emboscadas y se intensificó el patrullaje dentro del pantano. Las operaciones de este tipo se mantuvieron por tres meses sin ningún resultado. Finalmente, el 21 de marzo, se emboscó a una partida, después de cuarenta y cinco horas de espera, consiguiendo matar a dos de los terroristas; aparecieron en el mapa de operaciones los dos pri-

meros alfileres rojos, que significan muertos, y la moral local subió un poco.

Pasó un mes antes de que se supiera que los terrorista establecían contactos dentro del pantano. Un pelotón tendió una emboscada; apareció un terrorista y fue muerto. Mayo pasó sin ningún contacto. En junio, un encuentro casual con una patrulla agregó un muerto y un prisionero. Pocos días más tarde, después de cuatro de inútil patrullaje, un pelotón en camino a su base dio cuenta de dos terroristas más. Se rindió el terrorista número tres en la zona e informó que la vigilancia de los suministros había sido tan efectiva que un terrorista había sido muerto en una riña por comida.

El 7 de julio se destacaron dos compañías más a la zona; se intensificó el hostigamiento con fuego y patrullaje. Se rindieron tres terroristas y uno de ellos condujo a un pelotón de la patrulla al campamento donde estaba el dirigente terrorista. La patrulla atacó y dio muerte a cuatro, incluyendo al dirigente. Otras patrullas dieron cuenta de cuatro más; para fines de julio, sólo permanecían en el pantano veintitrés terroristas sin comida ni contacto con el mundo exterior. . .

Esta fue la índole de las operaciones: 60,000 granadas de artillería, 30,000 disparos de mortero y 2,000 bombas de aviación para 35 terroristas muertos o capturados. Cada uno representa 1,500 días-hombre de patrullaje o de espera en las emboscadas. "Nassau" fue considerado un éxito; para llegar al fin del conflicto fue sólo un paso más.¹

Nueve meses de esfuerzos continuos de un batallón entero, apoyado por artillería y aviación, con un consumo de proyectiles de artillería, mortero y bombas de aviación mayor de las que puede tener un depósito cualquiera de las repúblicas de América Latina; todo esto fue necesario para *acabar con treinta y cinco* guerrilleros.

A ese costo, la derrota de los comunistas chinos en Malasia quizá pudiera servir como inspiración a las guerrillas de otros países menos defendidos. ¿Cuántos de los tambaleantes regímenes de América Latina pueden hacer frente a los gastos, sin contar los riesgos políticos, de una campaña semejante si en ella se comprometen no treinta y cinco sino un millar de guerrilleros decididos? ¿Por cuánto tiempo?

¹ Escuela de la infantería de Marina. "Pequeñas Unidades de Operaciones", en *La guerrilla y cómo pelear en ella*.

Se supone que la hacienda real británica puede soportar holgadamente tal sangría económica. Aun así, los gastos significaron algo más que nóminas militares y envíos de pertrechos. Pero es indudable que la larga e indecisa insurrección, tan desarraigada y desvalida, acortó en algunos años el tiempo de espera de Malasia por su independencia.

Encontramos en Grecia un caso histórico de otro tipo. Los tres años de lucha, que al fin dieron el triunfo con la ayuda de Inglaterra y de los Estados Unidos a un gobierno derechista, no dejan de brindar enseñanzas para quien está interesado en conocer cómo *no* debe actuar en una guerra de guerrillas.

En Grecia (1946-49), los enemigos del gobierno ignoraron virtualmente todas las enseñanzas que la experiencia ofrece, todas las reglas dadas por los teóricos del marxismo-leninismo para la guerra revolucionaria fueron violadas por los mismos comunistas, que estaban obligados a tenerlas más en cuenta que nadie.

Como sucedió en otras partes, al concluir la Segunda Guerra Mundial, los dirigentes comunistas griegos se hallaron, material y políticamente, en una posición ventajosa. Comunismo y antifascismo se identificaron muy estrechamente porque fueron los comunistas quienes dominaron el movimiento de resistencia ELAS, por lo que el Partido tenía una posición ideológica dominante. Miles de veteranos de la ELAS estaban a disposición del movimiento revolucionario. Y a pesar de que la ELAS había aparentado entregar sus armas en 1945, el mejor armamento, proporcionado a los grupos de resistencia por los británicos y norteamericanos durante la guerra, estaba en manos de los guerrilleros cuando estalló la guerra civil en 1946.

No obstante que los comunistas eran numéricamente débiles, y quizá sólo tenían dos mil quinientos combatientes en 1946, frente a una guardia nacional de 30,000 hombres, tuvieron éxitos iniciales y nuevos combatientes acudieron a sus filas.

Los combates empezaron a lo largo de las montañas septentrionales, en la frontera de Grecia con Albania, Yugoslavia y Bulgaria y pronto se esparcieron hacia el centro sur del país y luego a las montañas del Peloponeso. Las medidas represivas adoptadas por los grupos de extrema derecha echaron leña al fuego, diseminando el conflicto.

La campaña comunista se inició con una línea teórica firme. El

Ejército Democrático luchó al estilo guerrillero, en pequeños grupos, presto a dispersarse y esconderse e incluso confundirse con la población civil cuando se veía en apuros; sin embargo, era capaz de concentrar localmente fuerzas superiores para atacar con rapidez los puestos de policía en las aldeas y a pequeñas patrullas.

A medida que las guerrillas se hacían más fuertes, la policía se vio obligada a abandonar los pequeños puestos y concentrarse para mayor seguridad en los pueblos más grandes. Al advertir el peligro, el gobierno de Atenas comenzó a reorganizar apresuradamente su ejército, que había sido reducido prácticamente a cero durante la ocupación alemana.

Las tropas que fueron enviadas a las montañas para dominar a las guerrillas tropezaron con la misma táctica. Fueron incapaces de conservar los pequeños puestos, incapaces de moverse con libertad excepto con fuerzas muy considerables. Peor aún; fueron incapaces de mantener una fuerza suficiente a lo largo de la frontera septentrional para impedir el paso de hombres y suministros provenientes de Albania y Yugoslavia, donde se habían refugiado cerca de cuatro mil veteranos de la ELAS al terminar la ocupación alemana.

Así, el Ejército Democrático pudo contar con una zona de retaguardia inviolada, del otro lado de la frontera, donde instaló hospitales, campos de entrenamiento y bases de suministro, que llegaban a Grecia por dos rutas principales, una directamente de Yugoslavia; la otra desde Yugoslavia hasta Albania, y de aquí hacia el sur.

La estrategia militar de las guerrillas griegas había sido definida correctamente como ni defensiva ni ofensiva, sino evasiva. En pocas palabras, era la guerra de la pulga: un mordisco aquí, un pinchazo allá, y una retirada rápida. El objeto era debilitar al ejército y a través de él al gobierno de Atenas. Los objetivos militares estaban subordinados a los fines políticos: cortando las comunicaciones, exhibiendo el desorden público, aumentando el peso de los impuestos enormemente, entorpeciendo la vida económica del país, los comunistas esperaban con toda razón minar el régimen de Atenas y crear una presión social, económica y política que lo llevaría al colapso en el momento justo.

La campaña se desenvolvía bien en el campo, quizá demasiado bien. Crecían rápidamente las pequeñas bandas guerrilleras; a comienzos de 1947, el Ejército Democrático estaba peleando con batallones, un año más tarde se habían formado brigadas y des-

pués divisiones enteras; ocho en total, organizadas rápidamente de acuerdo con los esquemas de las divisiones de un ejército convencional. La fuerza inicial del Ejército Democrático había sido aproximadamente de dos mil quinientos hombres; en la etapa más favorable llegó a veintiséis mil, aunque más tarde, hacia el final de la guerra, declinó aproximadamente a dieciocho mil quinientos. Los éxitos prematuros y otros factores —el apoyo dado a Atenas por los británicos y después por los norteamericanos, así como el dado al Ejército Democrático por los tres países comunistas situados al norte de la frontera— propiciaron serios, y en verdad, fatales errores.

El primero fue perder el contacto verdadero con la población griega. Quizá en parte por razones relativas a la seguridad política, en parte por comodidad material, los comunistas, desde el principio de la campaña, se dedicaron a incursionar en las aldeas de las cuales habían sido echados los gendarmes y a despojarlas de su ganado, de sus provisiones y ocasionalmente de sus habitantes; a éstos últimos se les obligaba, bien a enrolarse en el Ejército Democrático o a ser expulsados de las zonas donde actuaba la guerrilla.

Las hordas de refugiados que llegaban de las zonas de guerra crearon algo más que un problema en Atenas, pero esto significó un costo político muy alto para los comunistas, en concepto de pérdida de prestigio y apoyo popular a través de Grecia. Se derivaron también consecuencias militares: con la población civil dentro de las zonas de guerra el gobierno tenía que pensarlo dos veces antes de bombardear las aldeas o dejar vacías las viviendas; los civiles eran un serio problema para los pilotos gubernamentales, que tenían que identificar los blancos y no siempre sabían si estaban vapuleando a una recua de mulas que llevaba provisiones a los guerrilleros o a un grupo de labradores en camino hacia el mercado. Con las zonas limpias de civiles los pilotos de los bombarderos tenían tanta libertad como las tropas de tierra: todo lo que se moviera, aparte de los soldados gubernamentales, de quienes eran conocidas sus posiciones, era, sin más, un blanco enemigo.

El segundo gran desatino del Ejército Democrático, cometido por razones aún no muy claras, fue tratar de dominar territorio, a partir de 1947, adoptando tácticas defensivas convencionales para lo cual sus efectivos, el tipo de sus armas y el débil sistema logístico eran completamente inapropiados.

Las guerrillas habían llegado a ser muy fuertes, pues de dieciocho

a veintiséis mil hombres es una fuerza formidable para ellas. Sin embargo, no eran el contrincante adecuado para enfrentarse abiertamente contra un ejército y un Cuerpo Nacional de Defensa que sumaban juntos cerca de ciento sesenta y cinco mil hombres, apoyados por fuerzas blindadas, artillería y una fuerza aérea más que suficiente.

Al parecer, intervinieron consideraciones políticas en las decisiones de los comunistas para intentar el paso de la guerra de guerrillas a operaciones más convencionales: el empleo de las tropas en formación de brigadas y divisiones primero, después, proponerse el dominio de territorio en el norte. Se había constituido un gobierno comunista y le era indispensable una base territorial. Si se quería buscar el reconocimiento mundial para una "Grecia Libre", debía probarse que esa Grecia existía.

No hay duda de que otros factores influyeron también en la decisión. No hay duda de que los comunistas necesitaban de sus bases en el extranjero y de los suministros que les llegaban desde Yugoslavia, y, en cualquier caso, hubiera sido tonto renunciar a ello. Mantener las fronteras abiertas pudo haber sido una de las finalidades de las operaciones defensivas del Ejército Democrático en el norte.

Error o no, el Ejército Democrático tuvo éxito al principio al ocupar tierras. En el verano de 1948, de doce mil a quince mil miembros de las tropas comunistas contuvieron durante dos meses y medio a cincuenta mil soldados gubernamentales en los montes Grammos, en una área de cerca de cinco mil kilómetros cuadrados. Cuando la presión se hizo muy grande, el Ejército Democrático se retiró a Albania, para reaparecer en la región de los montes Vitsi al noreste, donde hizo una brillante defensa contra renovadas operaciones del ejército. Al cabo de seis meses, las guerrillas se habían establecido otra vez en los montes Grammos. La campaña gubernamental en el norte fue, en ese período, un desastre.

Las derrotadas fuerzas de Atenas tomaron medidas drásticas. El general Alejandro Papagos, antiguo jefe del Estado Mayor del ejército, fue llamado de su retiro y se le otorgó absoluta libertad en la reorganización del ejército, con la autorización de elevar sus efectivos hasta un cuarto de millón de hombres, si era necesario.

Papagos destituyó a los oficiales no aptos y empezó a utilizar tácticas nuevas, agresivas. Veinticinco mil hombres se lanzaron a la batalla del Peloponeso, donde los comunistas habían tomado la ofensiva. A principios de 1949, se habían liquidado los 3,600

guerrilleros de la región y el ejército lograba apreciables avances contra los que estaban en el centro de Grecia. Para junio, el Ejército Democrático había sido derrotado prácticamente en todas partes, excepto en su fortaleza de Grammos y de Vitsi, y se preparaba una fuerte ofensiva contra estas posiciones.

Mientras tanto los comunistas habían sufrido un rudo golpe por los caprichos de la política internacional. Tito se había peleado con Stalin; Yugoslavia abandonó la Cominform; y en julio, el gobierno de Belgrado cerró la frontera con Grecia. La actitud de Yugoslavia cortó la línea de aprovisionamiento de la guerrilla entre Macedonia y Tracia occidental, aislando una reserva de cerca de cuatro mil comunistas en Yugoslavia y metiendo una cuña entre la fuerza principal de los comunistas en la zona de Grammos-Vitsi y los guerrilleros de Bulgaria, Macedonia oriental y Tracia, unos cinco mil en total. El Ejército Democrático se hallaba todavía en capacidad de obtener algunas provisiones de Albania, pero muchas menos y de inferior calidad que las recibidas de Yugoslavia.

Luchando contra estas dificultades, el Ejército Democrático demostró ser incapaz para resistir a un ejército mejor armado, mejor entrenado y organizado con tropas regulares en número considerablemente mayor y con gran apoyo de artillería y de aviación. En los primeros tres días de agosto, fueron derrotados los siete mil hombres que ocupaban la zona de los montes Vitsi, y cinco mil guerrilleros huyeron al norte, hacia Albania, con lo que prácticamente, la guerra civil en Grecia llegaba a su fin.

Sin embargo, miles de guerrilleros de entonces y muchos miles más de sus colaboradores permanecieron dispersos a través del país por tiempo indefinido, al ser vencida la revolución y cuando no había ya ninguna esperanza de que resurgiera.

No es desleal decir que, en gran medida, fue destruida por los propios comunistas. Su separación de la población civil de las montañas septentrionales, el terrorismo practicado contra los civiles, su dependencia de las bases extranjeras para suministros y su decisión prematura de dominar territorio en 1948 y de enfrentarse a grandes formaciones de un ejército que era superior numérica, técnica, logística y organizativamente, les costó una serie de fracasos de los cuales no pudieron recuperarse.

Su pérdida fue doble. Fueron derrotados militarmente. Y además los éxitos del ejército gubernamental griego se tradujeron en derrotas políticas del movimiento revolucionario.

Dentro de la realidad griega, los principios revolucionarios vuelven a repetirse: el objeto de la guerrilla no es ganar batallas, sino evitar la derrota; no finalizar la guerra, sino prolongarla hasta llegar a la victoria política, más importante que lograr cualquier victoria en el frente de batalla. Los comunistas griegos, al sacrificar las ventajas de la táctica guerrillera por la estrategia militar consistente en posesionarse de territorio, enfrentaron la fuerza a la debilidad. Al aventurarse a un choque militar directo, jugaron no sólo con su potencial humano, sino con algo que es más importante: su prestigio político como fuerza revolucionaria dispuesta a desafiar (con evasiones hábiles y tácticas mejores) al coloso militar. Y al perder el juego, desperdiciaron el momento esencial. El alto sentido de la anticipación popular, la adhesión masiva, de lo cual depende el éxito de cualquier movimiento político.

La política es, por definición, un fenómeno de masas. Grecia, Malasia, Filipinas, demuestran el axioma de que sin la participación del pueblo o, al menos, sin el apoyo popular, no puede haber revolución. Los huks lo perdieron, los chinos de Malasia nunca lo tuvieron, los comunistas griegos se desprendieron de él.

X

El Arte de la Guerra de Sun Tzu. *Principios estatégicos y tácticos de la guerra de guerrillas. El terreno como factor decisivo. La guerra de guerrillas en las áreas urbanas. El carácter de la guerrilla.*

Toda guerra se basa en el engaño del enemigo.

Por lo tanto, cuando seas capaz, finge incapacidad; cuando estés activo, simula inactividad.

Cuando te halles cerca del enemigo, haz que parezca que te encuentras muy lejos; cuando estés muy lejos, haz que parezca que te hallas cerca.

Ofrece al enemigo un señuelo para atraerlo; finge desorden y golpéalo.

Cuando el enemigo se concentre, prepárate contra él; cuando sea fuerte, esquivalo.

Encoleriza al general del enemigo y atúrdelo.

Aparenta inferioridad y alienta la arrogancia del enemigo.

Mantenlo en la necesidad de hacer grandes esfuerzos y haz así que se desgaste.

Cuando el enemigo esté unido, divídelo.

Atácalo donde no se halle preparado; salta sobre él cuando menos lo espere.

Estos son las reglas estratégicas decisivas para lograr la victoria.

El texto que acabamos de citar pertenece a *El Arte de la Guerra*, conjunto de ensayos de Sun Tzu, el más antiguo de los autores conocidos que han escrito sobre el tema, que vivió varios siglos antes de la era cristiana. El sorprendente parecido entre el texto citado y los principios militares de Mao Tse-tung no es una coincidencia fortuita. Mao estudió a fondo a Sun Tzu y reconoce lo que aprendió de éste; muchas de las máximas del jefe de la guerra de guerrillas china no son, de hecho, más que paráfrasis de las reglas expuestas en *El Arte de la Guerra*.

Hemos citado a Sun Tzu para poner de relieve que la expresión

“guerra moderna”, en su uso más corriente, es un nombre convencional que denota la confusión de los periodistas y políticos que toman la tecnología por ciencia. Pues, no obstante las impresionantes innovaciones técnicas del siglo xx, los principios de la guerra no son modernos, sino antiguos; fueron ya bien establecidos cuando César emprendió su primera campaña. Y lo que es cierto de la guerra en general todavía lo es más, si cabe, de la guerra de guerrillas.

La fuerza aérea y la artillería constituyen armas de un alcance mucho mayor que el del arco y la flecha; los explosivos actuales tienen un poder destructor que supera millones de veces al de la flecha; los tanques son mejores que los escudos; los camiones y helicópteros proporcionan (aunque no siempre) transporte más rápido y seguro que las mulas y camellos. Pero los problemas del generalato siguen siendo los mismos. El resultado de las batallas y campañas militares todavía lo determinan los variables factores del terreno, situación atmosférica, espacio, tiempo, población y, sobre todo, moral y estrategia.

Si hay algo nuevo relacionado con la guerra de guerrillas —de la cual Sun Tzu anticipó sorprendentemente hace dos mil años casi todas las cuestiones de carácter militar—, sólo es su moderna aplicación: su aplicación política. Dicho de otro modo: el aspecto verdaderamente moderno de la guerra de guerrillas consiste en su uso como instrumento de la revolución política, como el método más seguro para que un pueblo desarmado pueda vencer a ejércitos mecanizados o, si no logra vencerlos, neutralizarlos hasta el punto de hacerlos inútiles.

Para comprender cómo puede realizarse esto, se necesita estudiar, más que las tácticas militares, los problemas políticos que pueden ser resueltos con métodos militares: los de la guerrilla.

El guerrillero es un insurgente político, el agente consciente de la revolución; su actividad militar es vital, pero subordinada a su misión política. Su levantamiento tiene un solo propósito: derrocar al gobierno y destruir el sistema político o social existente, o quizá, el sistema económico.

En el proceso de realización de su propósito, puede tener que derrotar —y con seguridad tendrá que entrar en combate y maniobrar— a fuerzas militares profesionales, organizadas. En este caso, sin embargo, sus maniobras, salvo cuando se trate de su supervivencia inmediata, las emprenderá principalmente por sus efectos políticos. Cada batalla será una lección, destinada a demostrar la

impotencia del ejército y, así, a desacreditar al gobierno que lo emplea. Cada campaña será como un texto dedicado a elevar el nivel de conciencia revolucionaria y anticipar la mayoría popular cuya actitud determinará el resultado de la lucha.

Las acciones de las guerrillas tienen ciertos objetivos militares obvios: obtener armas, municiones y suministros, causar bajas al enemigo, forzar a éste a extender demasiado sus líneas, de modo que sus comunicaciones puedan ser rotas y destruidas, y las pequeñas unidades atacadas una a una, por fuerzas locales rebeldes superiores en número.

Pero, son los objetivos psicológicos y políticos lo más importante. Los éxitos militares locales no servirían para nada si la campaña de las guerrillas no debilitara también la moral del gobierno y sus soldados, si no causara una hemorragia financiera al régimen, e incrementara la presión política sobre él creando amplia desconfianza y extenso descontento con respecto al curso de la guerra, al verse que ésta no progresa... y no estar su terminación a la vista.

Es evidente que nada de esto puede ocurrir si no existen ciertas circunstancias sociales y políticas determinadas, que conjuntamente producen una situación que posibilita el estallido revolucionario. El éxito de la insurrección presupone la existencia de auténticas quejas populares, grandes desigualdades sociales, una economía deficiente o estancada, un gobierno opresor. Aunque concurren estos factores, la revolución estará todavía muy lejos, a menos que exista o se cree el núcleo de una organización revolucionaria, capaz de articular y explotar el descontento del pueblo con el *status quo*.

Sin embargo, por lo general, las situaciones revolucionarias producen sus propias jefaturas para la revolución. Es de esperar que éstas, surgiendo de los sectores más inestables, incluyan a los elementos más radicales, a los más frustrados y ambiciosos elementos de los partidos políticos proscritos, a los miembros más idealistas y de menos éxito de la clase media, y a los más ultrajados por los desacostumbrados aguijones de la opresión (por ejemplo, el campesino sujeto largo tiempo a la tiranía no suele ser tan revolucionario como el estudiante o el obrero —relativamente más afortunados que él— a los que se les ha hecho creer que tienen derechos y encuentran, en un cambio de clima político, que han sido privados de ellos).

En la situación de posibilidad revolucionaria, pueden esperarse insurrecciones espontáneas: es probable que sean provocadas por

casi cualquier clase de lucha social, como una huelga, una campaña electoral, una disputa sobre tierras, salarios, precios, rentas o escuelas, o cualquier otro de los muchos "problemas" sociales. Con frecuencia, tales insurrecciones surgirán en respuesta a algún acto de represión o de injusticia —real o imaginada— por parte de las autoridades gubernamentales, como sucede por ejemplo, cuando los esfuerzos de la policía para detener a una manifestación popular convierten a ésta en un motín.

En otras circunstancias, el desorden puede ser provocado deliberadamente. En Cuba, Argelia y Chipre, ejemplos que acuden pronto a la mente, la "guerra de la pulga" fue iniciada por las acciones deliberadas de los núcleos revolucionarios, que proclamaron su desafío a la autoridad y, confiando en el apoyo del pueblo, declararon abiertamente la guerra revolucionaria.

Los medios no tienen importancia. Lo importante es la jefatura misma. Los bandoleros no son revolucionarios, los saqueadores no son guerrillas. A fin de atraer a un número suficiente de seguidores, los jefes revolucionarios deben tener un firme carácter moral; han de proponerse algo más grande que la satisfacción de sus ambiciones personales. Esto, a su vez, implica una ideología o una "causa" clara para explicar sus decisiones y las razones de su insurrección. No pueden ser meros oportunistas.

Cuando se produce el conflicto, sea espontáneo o provocado, los jefes revolucionarios han de ser capaces de explicar y justificar la naturaleza confusa y, con frecuencia, aparentemente casual de aquél. A los actos aislados de desafío hay que darles coherencia dentro de un sistema de ideas revolucionarias. La jefatura tiene que estar preparada para aprovechar lo más posible toda oportunidad de acelerar el proceso de la agitación social y la disolución política. La primera tarea de los dirigentes revolucionarios debe ser relacionar cada incidente y cada fase de la lucha con una gran "causa", de forma que la violencia revolucionaria sea vista como el medio natural y moral de alcanzar un fin deseado, y las masas populares participen cada vez más en ella. No puede permitirse que la lucha parezca absurda o caótica. Debe dársele un carácter progresivo en todas sus fases; tiene que despertar grandes esperanzas y parecer decisiva en cada etapa, de modo que nadie pueda permanecer al margen de ella.

La "causa" precisa no tiene, en sí misma, gran importancia: con frecuencia, cualquiera es tan buena como las demás. En Cuba, por ejemplo, la corrupción e ilegitimidad del régimen de Ba-

tista fueron, por lo que se sabe, "causas" suficientes para la clase media acomodada —mientras sus miembros, individualmente, no corrían ningún gran riesgo personal y se limitaban a simpatizar con la rebelión y a dar apoyo a los revolucionarios activos. Cuando los hijos de familias de la clase media fueron encarcelados, muertos o torturados por sus actividades, la opresión se convirtió en la "causa" más urgente.

El nacionalismo económico fue la "causa" real de que ricos y ambiciosos industriales y empresarios se opusieran a Batista. La ambición política, que no podía ser confesada, y un sentido de justicia social, que sí podía serlo, fueron las "causas" que llevaron a los frustrados jóvenes de la clase pobre de los empleados a convertirse en jefes y partidarios acérrimos de la revolución. Y por otra parte, los campesinos sin tierra, los *macheteros* de las grandes plantaciones de azúcar, tan explotados económicamente, y los ocupantes de tierras en la Sierra Maestra se sumaron a la rebelión a causa de sufrir verdadera hambre y verdadera opresión, y estos últimos, también por su ansia de asegurarse tierras propias bajo un sistema de justicia social, motivos que superan toda cuestión de "causas" morales o políticas.

Las causas alegadas para la rebelión variaron de acuerdo con la situación local. El llamamiento constante y lógico de la jefatura revolucionaria fue más amplio, pues se basó en una ideología democrática e igualitaria, vinculada a ideas de justicia social aceptadas hacía mucho tiempo en Cuba (el ardiente "humanismo" de Castro no era nada nuevo, había sido recogido ya en la Constitución), y en una clara meta política: el derrocamiento del régimen de Batista y la completa destrucción o la liquidación de todo lo que lo apoyaba.

El derrocamiento de Batista fue presentado como una panacea, como el remedio para todos los males existentes. Como "causa", daba sentido y hacía comprensible cada suceso político aislado: el asesinato de un policía, el martirio de un terrorista, la suspensión de las garantías constitucionales o una manifestación demandando que se restauraran; toda ruptura de la rutina diaria, todo lo que ayudaba a minar al régimen, fue sostenido como una escaramuza o la batalla de una gran cruzada.

Reinando este estado de ánimo, el proceso de reducir el apoyo a Batista y aumentar la presión contra él, tanto dentro como fuera del país, continuó de acuerdo con un orden o plan que ya hemos examinado con detalle en capítulos anteriores.

El ejemplo de Cuba proporciona tan bien como cualquier otro el método para lograr buen éxito en la insurrección. Los requisitos son éstos:

1. Una situación política inestable, caracterizada por agudas divisiones sociales y generalmente, aunque no siempre, una economía que se desmorona o se halla estancada.

2. Un objetivo político, basado en firmes fundamentos morales e ideológicos, que pueda ser comprendido y aceptado por la mayoría como la suprema "causa" de la rebelión, deseable por sí mismo y digno de todo sacrificio.

3. Un gobierno opresor, con el cual no es posible llegar a ningún arreglo político.

4. Alguna forma de organización política revolucionaria, capaz de proporcionar una jefatura firme y consagrada por completo a alcanzar el objetivo aceptado.

Hay un último requisito: la clara posibilidad o incluso la probabilidad de tener éxito. No se conseguirá un número suficiente de partidarios de la insurrección, ni se intentará ésta hasta que el pueblo crea que el gobierno *puede ser* derrocado, y el primer acto de la rebelión debe consistir en demostrar esta posibilidad desafiando con éxito a las fuerzas militares.

Las técnicas o tácticas características de la guerra de guerrillas, exceptuando detalles sin importancia, no pueden aprenderse en libros o textos. Tales tácticas dependen siempre de la situación local y son, en sumo grado, expeditivos: el guerrillero es, sobre todo, un improvisador. La naturaleza de su improvisación depende, como es natural, de los objetivos inmediatos y a largo plazo que se proponga, del terreno, de la proporción entre sus fuerzas y las del enemigo, del material de que disponga y de otros factores similares.

Puesto que la fuerza de la guerrilla en número de combatientes y en armas es inferior a la del enemigo (en otro caso, no sería una guerrilla) y su preocupación más inmediata es la mera supervivencia, la base de todas las tácticas guerrilleras consiste, obviamente, en la evasión. Evadirse significa ser capaz de no entrar en combate con el enemigo más que en los tiempos y lugares elegidos para ello por el mando de la guerrilla y poder lograr siempre superioridad *local* para luchar con eficacia.

"Si puedo conocer la situación del enemigo y al mismo tiempo

ocultarle la mía —escribe Sun Tzu—, seré capaz de concentrarme y él tendrá que dividirse. Y si yo me concentro mientras él se divide, podré utilizar toda mi fuerza para atacar a una parte de la suya.”

Y de nuevo:

“El enemigo no debe saber dónde trato de dar la batalla. Pues, si no sabe dónde trato de dar la batalla, tendrá que prepararse en muchísimos lugares. Y cuando se prepare en muchísimos lugares, serán pocos los enemigos con los que yo tendré que combatir en cualquier parte . . . *Y cuando él se prepare en todas partes, será débil en todas partes.*”

Estas citas explican, tan bien como cualquier otro texto que se haya escrito sobre la cuestión, cómo puede un grupo relativamente pequeño de hombres armados oponerse a un ejército muy superior a él. Los secretos del éxito son, en primer lugar, mejor información, y en segundo lugar, el terreno. Las guerrillas, representando una causa popular, tienen la tremenda ventaja de un “servicio de información” que comprende casi toda la población. La gente oculta a los guerrilleros y, al mismo tiempo, les revela, día tras día, hora tras hora, la situación y fuerza del enemigo.

“Nosotros sabemos siempre dónde están los soldados,” me dijo Fidel Castro cuando le entrevisté por primera vez en la Sierra Maestra, a comienzos de 1957, “pero ellos nunca saben dónde estamos nosotros. Podemos ir y venir a gusto, atravesando las líneas del ejército, pero éste nunca puede encontrarnos, a menos que lo deseemos, y entonces, el encuentro se realiza en las circunstancias elegidas por nosotros.”¹

Por aquel tiempo, Castro tendría quizá un centenar de guerrilleros; en teoría, se hallaba “rodeado” por unos cinco mil soldados de Batista. Pero, en el terreno salvaje y sin caminos de la Sierra Maestra, con una extensión de más de 13 000 kilómetros cuadrados de montañas y densos bosques y una población rural pobre, que simpatizaba sin duda con el jefe rebelde y era hostil a Batista, hallarse “rodeado” no tenía importancia. El océano está rodeado, pero el pez no se cuida de ello.

Cuando es posible escoger el terreno para las operaciones de las guerrillas, la elección debe hacerse con mucho cuidado. El ideal es un país (o región) más rural que urbano, con más montañas

¹ Robert Taber, *M-26: The Biography of a Revolution*

que llanuras, con más bosques espesos que terrenos pelados, con largas líneas de ferrocarriles, malas carreteras y una economía predominantemente agrícola. Tiene también gran importancia el hecho de que la población se halle más o menos dispersa o concentrada: una región con una población rural muy desperdigada, que vive en pequeñas aldeas y casas de campo aisladas es mucho más vulnerable que una en que abunden los pueblos grandes y pequeñas ciudades separados por amplias zonas de tierras cultivadas y abiertas.

El terreno debe proporcionar lugares propios para el ocultamiento de los guerrilleros y obstáculos que impidan el transporte militar: montañas y ciénagas por los que no puedan pasar tanques y camiones, bosques y matorrales espesos que protejan contra la observación y el ataque aéreos, selvas desde las cuales sea posible lanzar con rapidez y seguridad ataques a ferrocarriles y carreteras y en las cuales resulte fácil preparar emboscadas contra pequeñas unidades militares.

Debe haber suficiente espacio para maniobrar con libertad, sin correr el riesgo de quedar cercados por un movimiento envolvente del enemigo. Cuanto mayor sea el área en que realicen sus operaciones las guerrillas, tanto más difícil le resultará al ejército localizarlas y el gobierno tendrá que dispersar más sus tropas y extender más sus líneas de suministro y comunicaciones.

Sin embargo, las guerrillas no pueden elegir las áreas más remotas y escabrosas pensando sólo en su seguridad. Tienen que estar en permanente contacto con una población rural que le proporcione nuevos miembros, suministros y correos dignos de confianza para llevar mensajes e instrucciones suyos al movimiento revolucionario clandestino de las ciudades y de éste a ellas.

Esta necesidad indica que debe elegirse un área rural con población más bien dispersa que concentrada. Una área semejante suele proporcionar los sitios propios para el ocultamiento y los obstáculos naturales a las operaciones del ejército, sitios y obstáculos que se encuentran en las áreas desoladas, y proporcionará otra ventaja: al gobierno le resultará costoso establecer guarniciones en ella.

En los grandes pueblos rurales, pueden establecerse guarniciones, pero no en las pequeñas aldeas. En donde haya muchas de éstas, sólo podrán asignarse a cada una de ellas unos pocos soldados, y crear tales avanzadas rurales es peor que inútil, ya que cada una de ellas puede ser rendida con facilidad, y sus soldados, muertos o

capturados con sus armas y municiones, y de este modo, los rebeldes alcanzarán otra victoria para los efectos de propaganda.

Puesto que ninguno de los pueblos, pequeñas aldeas y granjas tendrá gran importancia económica o estratégica para el gobierno, la decisión natural del ejército será retirarse a terreno más seguro. Pero cada una de tales retiradas ampliará el área dominada por las guerrillas y alimentará al movimiento de insurrección, proporcionando a éste más abastecimiento, más guerrilleros y más espacio para maniobrar.

Hay otra cosa que considerar: la posesión de zonas pobladas suele proporcionar a los insurgentes casi tanta seguridad como les proporcionan las áreas remotas en que no pueden ser localizados o atacados. En aquellas zonas, gozarán de cierta protección contra los bombardeos aéreos y los ataques de artillería, pues el gobierno, por razones políticas, si no humanitarias, no puede acabar con una población civil integrada por personas que en buena parte nada tienen que ver con la insurrección.²

El peligro de hallarse aisladas las guerrillas y lejos de las áreas pobladas ha sido demostrado por la experiencia de Malasia y las Filipinas. En ambos países, el ejército logró aislar a los rebeldes y cortarles la comunicación con su fuente de fuerza, con resultados fatales para la insurrección. En cambio, la posibilidad de hacer con éxito una guerra de guerrillas en una pequeña isla, con poco espacio para maniobrar y sin territorio escabroso que sirviera de "santuario" a las guerrillas, la probaron los luchadores chipriotas de la EOKA. Cuando eran presionadas, las pequeñas guerrillas mandadas por Grivas en las colinas de Chipre volvían a infiltrarse en las ciudades. Los fugitivos conocidos, que no podían hacer esto, vivían como zorros en cuevas tan bien camufladas que los soldados británicos pasaban con frecuencia sobre las cabezas de estos guerrilleros sin descubrirlos. Otros permanecían acostados todo el día en sitios ocultos bajo los pisos de casas y salían por la noche a realizar sus incursiones o ataques.

Incluso en grandes ciudades, con buena policía, una población que simpatice con los insurgentes puede protegerlos de modo activo. Los métodos draconianos usados por el gobierno francés en Argel para expulsar casi por completo de esta ciudad al Frente de Liberación Nacional, que actuaba clandestinamente allí, tuvieron éxito sólo porque los musulmanes de la Casbah estaban ya

² Esto no es siempre cierto: piénsese en Vietnam.

separados, racial y físicamente, de la población francesa. Con soldados, sobre todo si son extranjeros, puede sofocarse una rebelión urbana (como sucedió en Budapest), tratando a toda la ciudad como si la sitiaran en tiempos de guerra, controlando todos los movimientos y matando sin piedad a los habitantes de cualquier barrio en que se haga resistencia. Una población urbana puede ser sometida, poco a poco, haciéndola sufrir hambre y terror. Pero, semejantes métodos rara vez son aplicables a situaciones de guerra civil en que no puede distinguirse con seguridad al amigo del enemigo.

El terreno y las condiciones son las que, en último término, determinan el tamaño y la organización de las guerrillas. En la Sierra Maestra de Cuba, se vio que lo mejor era formar "columnas" de ciento a ciento veinte hombres, pues tal fuerza era capaz de hacerle frente a cualquier grupo militar que pudiera penetrar en el área que les servía de base. Un mayor número de miembros de la "columna" hacía pesada su marcha y difícil su abastecimiento, dados los recursos de una región muy poco poblada y con una economía agrícola de subsistencia (es decir, que produce sólo para satisfacer las necesidades de los propios agricultores y no para el mercado).

En áreas rurales de más densa población y más prósperas, un pelotón de treinta a cuarenta hombres podía ocupar una pequeña aldea o un pequeño pueblo y sus alrededores; a lo largo de las márgenes de todo el "territorio libre", se establecían puestos de guardia, y la zona era administrada como un estado dentro de un estado.

Por otra parte, en áreas suburbanas, el factor decisivo era el ocultamiento, y las guerrillas que actuaban cerca de las grandes ciudades, cortando carreteras, comunicaciones y cables de electricidad, estaban organizados en escuadras de tres a ocho hombres, realizaban emboscadas y tras su ataque, se escondían con rapidez en el matorral o, a veces, en las casas de residentes de la ciudad. IncurSIONES contra puestos militares y establecimientos industriales suburbanos fueron llevados a cabo con frecuencia por "comandos" que vivían en la ciudad, se reunían para una acción nocturna y luego se separaban con rapidez y cada uno regresaba solo a su casa, para reanudar sus ocupaciones normales durante el día.

Con respecto a las condiciones reinantes en la mayor parte de las repúblicas latinoamericanas, el *Che* Guevara considera que un núcleo de *treinta a cincuenta* hombres armados es suficiente para iniciar una guerra de guerrillas con mucha probabilidad de lograr éxito. Si el núcleo, organizado y armado en el más estricto secreto, excede de ciento cincuenta hombres, debe ser dividido y la acción debe iniciarse en dos regiones bien separadas una de otra. Cuando una columna activa de guerrilleros aumente y llegue a tener más de unos cien miembros, debe ser, a su vez, dividida y debe abrirse un nuevo frente. Para esta división, hay tanto una razón positiva como una razón negativa: los guerrilleros son misioneros; su tarea no consiste sólo en oponerse al ejército, sino en difundir la rebelión entre el pueblo; y cuanto más extensa sea su área de contacto con éste, tanto mejor para su causa.

El núcleo de las guerrillas inicia la lucha, si le es posible, en los límites de un terreno escabroso que le sirva de refugio, en un área agrícola de población escasa y con una agricultura de subsistencia, situada a una distancia de objetivos estratégicos que permita atacar a éstos con facilidad: vías férreas que puedan ser cortadas, comunicaciones que puedan ser interrumpidas, minas o fábricas que puedan ser objeto de sabotaje, pequeños puestos militares o de policía de los que puedan capturarse armas. Al mismo tiempo, el movimiento revolucionario clandestino de las ciudades comienza una campaña insurreccional de golpes de mano, de forma que la rebelión tome un carácter general, nacional, y se alcance así el mayor efecto posible de propaganda. No basta levantarse: la rebelión tiene que ser objeto de atención nacional, y sus primeros efectos, tan graves que incluso una prensa controlada por el gobierno no pueda pasarlos en silencio o despacharlos con cuatro líneas, como ha ocurrido con muchas insurrecciones provinciales abortadas por un gobierno que se hallaba seguro en una capital tranquila, muy lejos del lugar de la batalla.

Cuando se haya extinguido la excitación de los primeros momentos y se haya restablecido el orden en las ciudades en que hubo alzamientos, las guerrillas pueden esperar que el ejército vaya a darles la batalla; ellas no deben buscarlo. El gobierno ordenará una campaña para la "supresión de los bandoleros". Se enviarán tropas en convoyes de vehículos motorizados o en aviones a la región en que, según los informes, despliegan su actividad las guerrillas; aviones de observación volarán rozando las copas de los

árboles, en busca de los insurgentes; soldados ocuparán los pueblos y patrullarán las carreteras; columnas de infantería penetrarán profundamente en el territorio rebelde, tratando de entrar en contacto con las guerrillas. Pueden usarse helicópteros para transportar tropas a campamentos estratégicos situados muy adentro del bosque o las montañas del territorio en que se mueven las guerrillas, y enviar desde esos campamentos patrullas en todas direcciones para buscar a los rebeldes. Si el jefe militar sabe lo que tiene que hacer, puede adoptar alguna variante de la técnica francesa de la "mancha de aceite", o sea, cuadricular la región en su inapa e intentar limpiar de rebeldes un cuadro tras otro, empujando a las guerrillas lentamente hacia una "zona de matanza" (o hacia varias zonas), en la que el único camino que parece permitirles escapar las lleva a terreno abierto, procedimiento muy similar al de los ojeadores que "empujan" a los tigres al sitio en que pueden dispararles los cazadores.

El método de la "mancha de aceite" es bueno en teoría, pero en la práctica es muy posible que fracase. Como es raro el gobierno que puede admitir que le preocupa mucho la actividad de un pequeño grupo de guerrillas, lo probable es que la fuerza militar enviada a suprimirlas sea mucho menor de lo que tendría que ser para realizar su tarea: esta fuerza, según se ha establecido, tiene que superar numéricamente a los rebeldes en proporción de diez a uno y no sería exagerado en absoluto enviar a quinientos soldados contra cada guerrilla.³

Sea cual sea el número de soldados que intervengan, las guerrillas deben luchar de acuerdo con ciertos principios. No deben tratar de retener el terreno ni batirse con un enemigo más fuerte, sino sólo confundir y agotar a la fuerza enviada contra ellas, causarle a ésta bajas sin contrapartida. Lo decisivo para esta clase de lucha es la emboscada bien situada. "Por lo general," escribe Sun Tzu, "el que ocupa el campo de batalla primero y espera al enemigo se halla cómodo; el que llega después al lugar de la lucha y se lanza a la batalla está cansado."

Las guerrillas no dan batalla hasta que el terreno las favorezca.

³ En Cuba, en 1961, se enviaron a las montañas de Escambray más de 60,000 milicianos de Castro para suprimir a unas guerrillas anticastristas integradas, a lo sumo, por unos 600 hombres, que habían ido desembarcando de aviones de la CIA y no tenían apoyo popular o tenían muy poco. A pesar de ser cien veces superiores en número, las milicias tardaron casi tres meses en acabar con estas guerrillas (el autor no habla de oídas: estaba allí).

Su esfuerzo debe consistir en atraer al enemigo y llevarle a situaciones en que el número de soldados tiene poca importancia porque el camino es demasiado escarpado y el paso tan estrecho que no pueden atravesarlo a la vez más que unos pocos combatientes. Cuando empiece la lucha, se realizará en el terreno elegido por los rebeldes: lo mejor es que los guerrilleros se hallen apostados en alturas dominantes, cubiertas por la espesura y de limitada visibilidad, pues allí unos cuantos hombres decididos pueden detener a un ejército.

Las emboscadas han de prepararse de tal modo que una pequeña parte de la columna militar que avanza —su vanguardia— sea separada del resto cuando se abra el fuego. El fuego del cuerpo principal de las guerrillas debe concentrarse sobre esta vanguardia. El objeto de la emboscada tiene que ser la completa destrucción de ésta y la captura de sus armas y municiones, última tarea, que ha de cumplirse mientras una pequeña guerrilla de retaguardia demora el avance del resto de la columna militar.

Con respecto a esto, escribe el *Che* Guevara:

Quando la fuerza de la guerrilla es mínima y se quiere de todas maneras detener o disminuir el avance de la columna invasora, deberán distribuirse grupos de tiradores que fluctúen de dos a diez en cada uno de los cuatro puntos cardinales rodeando a esta columna. En esta forma podrá entablarse un combate por el flanco derecho, digamos; cuando el enemigo centre su acción sobre este flanco y cargue sobre él, en el momento preciso, se iniciará el tiroteo por el flanco izquierdo; en otro momento por la retaguardia o la vanguardia y así sucesivamente.

Con un pequeñísimo gasto de parque se podrá tener al enemigo en jaque perpetuo.

Mientras es demorado el avance de la columna, el cuerpo principal de la guerrilla recoge su botín militar y se traslada a la siguiente posición preparada, o da un rodeo y parte en una nueva dirección. Los grupos de tiradores se retiran y se reincorporan a la fuerza principal antes de que las tropas se hayan recuperado bastante para lanzar un contraataque, pues todo esto sucede en unos pocos minutos.

Esta acción se repite una y otra vez. Cuando se haya establecido que una columna militar se halla tan aislada que la llegada de refuerzos puede ser demorada durante algunas horas o unos días, las

guerrillas tendrán la oportunidad de cercar a la columna, o de crear una apariencia de cerco, situando escuadras de tiradores en terreno dominante, de forma que las tropas se encuentren bajo el fuego enemigo en cualquier dirección que intenten moverse. Si las tropas se lanzan con decisión a un asalto, las guerrillas no tienen más que retroceder, marchar en círculo, reagruparse y retirarse.

Las principales ventajas de la fuerza guerrillera son su movilidad, superior a la de las tropas, y su pequeñez numérica. El peligro de que sean cercadas suele ser más aparente que real.

La noche, como ha observado Guevara, es el mejor aliado del guerrillero. Aunque los cubanos usaban la frase "cara de cerco" para describir el aspecto de alguien que estaba muerto de miedo, las guerrillas de Castro nunca sufrieron una sola baja por hallarse cercadas, y Guevara considera que el peligro de copo no constituye un verdadero problema para una fuerza guerrillera. Su prescripción: tomar medidas apropiadas para impedir que el enemigo avance antes de que se haga de noche, y entonces, salir filtrándose entre las tropas, algo relativamente fácil para un pequeño grupo de hombres en un terreno bien conocido por ellos y donde abundan los medios naturales para ocultarse.

En los primeros meses de la insurrección, cuando el ejército se halla a la ofensiva, son obligatorias y suficientes las tácticas de la emboscada y la evasión. Las propias actividades del ejército bastan para anunciar el movimiento rebelde. Las crecientes bajas de las fuerzas militares no pueden ser mantenidas en secreto. El alto costo de la campaña antiguerrillera constituirá un embarazo para el gobierno, al que será difícil explicar su acción... y su fracaso. Y cada encuentro fortalecerá a las guerrillas y al mismo tiempo debilitará la moral de las fuerzas militares.

"Siempre debe estar presente —escribe el *Che* Guevara— en el soldado guerrillero, que su fuente de abastecimiento de armas está en el enemigo y que salvo circunstancias especiales, no se debe dar batalla que no esté conducida a conseguir estos equipos."

Hay una buena razón psicológica para hacer de la vanguardia del enemigo un blanco especial para el fuego de la guerrilla: infundir miedo o, en todo caso, precaución excesiva, que paralizará la voluntad del enemigo y retardará su libre movimiento. Cuando los soldados de la primera fila caigan siempre muertos pocos serán los que quieran hallarse en la vanguardia, y sin vanguardia no hay movimiento. (Este razonamiento no puede aplicarse sin

excepción a tropas profesionales; los oficiales profesionales están entrenados para aceptar bajas como precio de la batalla. Sin embargo, ha sido una constante queja de los consejeros militares norteamericanos en Vietnam del Sur que los jefes de las tropas vietnamitas que entran en acción rehúsan avanzar hacia fuertes posiciones de los guerrilleros si no les apoya la artillería y se prepara el avance con ataques aéreos, lo que da a las guerrillas del Vietcong tiempo para retirarse del campo.)

Si continúa el movimiento insurreccional, puede esperarse que, más pronto o más tarde, los militares, por razón política, si no por otras, abandonen la inútil persecución de las guerrillas y dejen a éstas en posesión de su salvaje territorio. Como ya hemos observado antes, pocos gobiernos pueden resistir largo tiempo el embrazo político de una costosa y bien divulgada campaña en la que no hay progresos de que informar. Al cabo de unas semanas o unos meses, el gobierno se verá forzado a anunciar una victoria, sin haber alcanzado ninguna. Al público de fuera de la zona de guerra, se le informará que la insurrección ha sido aplastada (incluso es posible que se exhiban, como prueba, los cadáveres de algunos civiles) y las tropas serán retiradas a puestos y guarniciones en territorio más poblado, recurriendo así a la estrategia de *detención* del movimiento insurreccional.

Para que tenga buen éxito la insurrección, es obvio que las guerrillas no deben dejar que se las detenga. Tomarán entonces la ofensiva, se aprovecharán de su nueva libertad para organizar incursiones nocturnas contra pequeñas avanzadas militares situadas alrededor de su zona libre, y utilizarán estos ataques como cebo para atraer refuerzos militares a emboscadas en las carreteras.

A medida que las acciones realizadas con buen éxito proporcionen más armas, se organizarán nuevas unidades guerrilleras y se iniciarán operaciones en nuevas zonas. Filtrándose a través de las líneas del ejército, las guerrillas atacarán unidades aisladas, militares o de policía, en los pueblos de la periferia de su zona libre y forzarán al ejército a replegarse para reforzar estos puntos. Con un espacio todavía mayor para maniobrar, los rebeldes ocuparán las granjas situadas lejos de todo centro posible de operaciones militares y entrarán en pequeñas aldeas que no pueden ser defendidas más que a un costo excesivo. Se harán entonces esfuerzos para desalentar, aunque no para impedir en absoluto, la entrada de convoyes militares en ciertas zonas. Se minarán las carreteras, se cavarán

trampas para los tanques, y se construirán defensas en profundidad, de modo que, para penetrar en territorio rebelde, las tropas tendrán que abrirse paso a través de una serie de emboscadas, y las guerrillas ofrecerán ligera resistencia en cada fase de esta lucha, antes de retirarse a la siguiente posición.

El desarrollo de la fuerza militar de los rebeldes le plantea al ejército un difícil dilema. Poseyendo armas en mayor número y más pesadas, el ejército podrá todavía entrar a la fuerza en las zonas rebeldes, pero sólo a costa de sufrir bajas y sin obtener ventaja alguna, ya que el terreno ganado no tendrá un valor estratégico o económico comparable con el costo de ocuparlo. Si se mantienen las tropas allí, las guerrillas simplemente trasladarán sus operaciones a otra zona; el ejército no puede estar en todas partes. Pero si las tropas *no* son mantenidas allí, el territorio será, de hecho, cedido a los insurgentes, que procederán a adaptar a sus fines su economía agrícola y su población rural. Este es el dilema que se le plantea al mando militar.

Por supuesto, los problemas políticos lo agudizan todo. No se pueden ceder grandes partes de la economía agrícola a los insurgentes sin que tal cesión tenga consecuencias políticas. Es seguro que los perjudicados en sus fortunas —comerciantes, terratenientes que practican el absentismo, etc.— presionarán al gobierno para que *haga* algo, o pueden buscar también un cambio político. El público, en general, será excitado y dividido por el empeoramiento de la situación del gobierno a medida que se haga más evidente. Los elementos más radicales de la población urbana se sentirán alentados y se harán más audaces; el sentimiento revolucionario, aguijoneado por el movimiento clandestino, se intensificará y difundirá, y el gobierno tendrá cada vez más temor y aumentará su opresión sobre el pueblo.

En tales circunstancias, y considerando que ningún ejército puede ocupar *todo* el territorio nacional, será lógico y natural que el gobierno retire gradualmente las tropas de las regiones rurales a los mayores centros de población. Así, las áreas rurales serán cedidas, poco a poco y de mala gana, a los insurgentes. Disponiendo de más mano de obra y más materiales, los rebeldes continuarán desarrollando su movimiento. Aumentando su fuerza, las guerrillas se convertirán en ejércitos guerrilleros. Los pueblos más grandes serán capturados. Se volarán los puentes de ferrocarril y se cortarán las carreteras. Una tras otra, serán aisladas las ciudades, se reducirá su abastecimiento vital, el transporte civil acabará por

quedar casi paralizado. Los convoyes militares todavía podrán viajar, pero corriendo peligro y sin conseguir ningún resultado importante, puesto que la mayor parte del país estará en poder de los revolucionarios.

El esquema que acabamos de trazar es observable. Se ha realizado ya en el hemisferio occidental; está realizándose precisamente ahora en Asia sudoriental.

Cierto que no es el único modelo o camino que puede seguir la guerra revolucionaria. ¿Son inmunes a ésta los propios Estados Unidos? La complejidad de las modernas sociedades industrializadas y urbanas las hace vulnerables en extremo al sabotaje en gran escala, un hecho que ha sido advertido por los extremistas del pequeño, pero fanático, Movimiento Nacionalista Negro de los Estados Unidos. De la extensión del compromiso de éste da una idea la fantástica conspiración descubierta en febrero de 1965, urdida, se dijo, por miembros del Movimiento de Acción Revolucionaria Nacionalista Negro, para volar la estatua de la Libertad de Nueva York, la Campana de la Libertad de Filadelfia y el monumento a Washington. Exactamente cuatro meses antes (en octubre de 1964), un periodista negro, William Worthy, había publicado en la revista *Esquire* un artículo titulado "El negro norteamericano partidario del comunismo chino", en el que decía:

Pensando en un esperado apoyo financiero y material de Asia y África, el Movimiento de Acción Revolucionaria ha proclamado la necesidad de utilizar "los tres principales poderes básicos que tienen los negros:

1. El poder de parar la máquina del gobierno
2. El poder de dañar a la economía
3. El poder de la violencia desencadenada."

Los detalles fueron indicados con claridad en otra parte por un líder negro que ha estado desde entonces ligado al Movimiento de Acción Revolucionaria. Escribiendo en *El Cruzado*, pequeño periódico mensual de grupo, Robert Williams, ex presidente local de la NAACP (Asociación nacional por el progreso de la gente de color), que huyó a Cuba tras un incidente racial en Monroe, Carolina del Norte, en 1961, describió la venidera o próxima revolución de los negros en los Estados Unidos así:

Cuando llegue la violencia en masa, los Estados Unidos se conver-

tirán en una babel de confusión y caos... Los trabajadores de las fábricas... teléfonos... y radio temerán acudir a su trabajo. El transporte será destruido... Se cortarán y volarán las tuberías esenciales y se realizará toda clase de sabotajes... Se producirá un choque dentro de las fuerzas armadas. En las bases militares de EEUU esparcidas por todo el mundo, los soldados negros serán ayudados por los revolucionarios de los respectivos países en que se hallen esas bases...

La nueva idea de revolución desafía a la ciencia y táctica militares. Esta nueva idea alumbra campañas dirigidas en comunidades urbanas muy sensitivas, campañas en las que la parálisis alcanza a poblaciones pequeñas y se extiende a las zonas agrícolas. El antiguo método de la guerra de guerrillas, tal como se realizaba desde colinas y regiones rurales, sería ineficaz en un país poderoso, como EEUU. Toda fuerza de ese tipo sería barrida en una hora.

La nueva idea es juntarse lo más posible al enemigo, para neutralizar sus modernas y horrendas armas. La nueva idea... disloca los órganos de armonía y orden y reduce al poder central a la situación de un pulpo caído en tierra, con los tentáculos extendidos, e impotente. Durante el día, habrá motines esporádicos y fuego en masa de tiradores apostados en sitios estratégicos. Con la noche, llegará la guerra total, la lucha organizada y el terror desenfrenado contra el opresor y sus fuerzas. Una campaña como ésta acabará con la opresión y la injusticia social en EEUU en menos de noventa días...

De una entrevista que pretende haber tenido con un "Sr. Lumumba" (seudónimo adoptado en honor de Patricio Lumumba, presidente del Consejo de Ministros del Congo que fue asesinado), un supuesto líder del movimiento clandestino con un plan en la mente para la guerra de guerrillas en EEUU, Williams cita:

Estados Unidos es muy vulnerable, económica y físicamente.

Jóvenes negros bien orientados pueden paralizar a todo el país. Pequeños grupos pueden causar daños a las ocho presas principales que proporcionan la mayor parte de la electricidad. Sin electricidad, no hay comunicaciones en gran escala.

Se puede echar gasolina en las alcantarillas y prenderle fuego. Esto haría que se quemaran completamente las líneas de comunicaciones de toda una ciudad.

¿Qué surgiría de este caos? Lo más probable es una guerra de guerrillas. No creo que todos los blancos combatieran... Pero sí lucharían todos los negros.

Consideramos a los blancos supersensitivos, débiles y tímidos. Presentimos que, cuando se suspenda la televisión y no suene ya el timbre del teléfono, su mundo casi habrá terminado. Lo mismo que bajo una importante incursión aérea, permanecerán en sus casas y se quedarán sentados esperando que vuelva la televisión.

En todo esto, hay mucha exageración e incluso mera vociferación demagógica, pero también quizá un juicio sincero, si bien equivocado, de la situación. Hasta ahora, nada prueba que la minoría negra de EEUU esté preparada para usar la violencia, ni siquiera dispuesta a usarla... o, en realidad, que encuentre una causa suficiente para ello. Sin embargo, los nacionalistas negros tienen razón en un punto: donde existe en gran escala la voluntad de resistir a la autoridad, pueden encontrarse los medios para hacerlo; no hay sociedad industrial y urbana, por muy buena y numerosa que sea su policía, que sea inmune al peligro de una guerra de guerrillas.

La guerrilla tiene buen éxito porque sobrevive. Florece porque sus métodos son progresivos. Con una pistola, un machete o incluso un arco y una flecha, puede capturar un rifle. Con veinte rifles puede capturar una ametralladora, y con veinte rifles y una ametralladora, puede capturar una patrulla militar o destruir un convoy que lleve cinco ametralladoras y cincuenta mil cartuchos. Con una docena de palas y unas cuantas latas de gasolina, la guerrilla puede destruir un tanque, y con sus armas, abatir a un avión o un helicóptero que transporte armas.

La artillería no sirve para destruir la guerrilla porque ésta es un blanco demasiado pequeño para ella. Una bomba de unos doscientos treinta kilogramos arrojada desde un avión abrirá en tierra un "cráter" de unos tres metros de profundidad y unos cuatro metros y medio de anchura, pero no turbará a una guerrilla metida en una estrecha zanja o trinchera a unos diez metros de distancia. Una docena de aviones que arrojen napalm pueden esparcir fuego líquido sobre medio centenar de hectáreas de bosque, pero sin causar bajas, a menos que, por casualidad, las guerrillas que operan en una extensión de miles de hectáreas se hallen precisamente en las cincuenta incendiadas.

Una vez que la “guerra de la pulga” ha llegado a las regiones rurales pobladas, incluso estos limitados medios resultan inútiles, ya que la aviación no puede atacar a las guerrillas sin matar a ciudadanos cuyo apoyo tiene el gobierno que conquistar... y desde el aire no hay manera de distinguir a los guerrilleros de los civiles. Grandes esperanzas se pusieron en los helicópteros; éstos fueron útiles en el Sahara, pero no han respondido a lo que se esperaba de ellos en las selvas de Vietnam, donde el Vietcong ha aprendido a ponerles trampas eficaces, con la consecuencia de que son muchas las bajas sufridas por sus tripulaciones.

En los manuales militares norteamericanos de técnicas de guerra irregular, se discuten armas biológicas y químicas que pueden emplearse contra las guerrillas. Estas armas son recomendadas en especial para situaciones en las que las guerrillas se han mezclado con una población inocente, que no puede —o no debe— ser matada.

La finalidad de las llamadas armas “biológicas” es causar enfermedades virulentas que incapaciten temporalmente a los enfermos y poder así reducir la capacidad de las guerrillas para resistir un ataque, lo que permitirá a la infantería irrumpir en un área señalada como objetivo y matar o capturar rápidamente a los guerrilleros, sin causar daño a los no combatientes: un recurso, por decirlo así, para separar a los “malos” de los “buenos”.

Con el mismo propósito, se han creado varios gases no letales —lanzados en proyectiles de artillería o bombas de aviación o esparcidos por aviones o helicópteros volando a poca altura— que enferman o debilitan a cuantos se hallen en una determinada área señalada como objetivo y reducen así la resistencia a los infantes que entran en ella, sin derramamiento de sangre innecesario.

La idea es, sin duda, humana y lógica. En la práctica, no ha dado buenos resultados. En los comienzos de 1965, se usó en Vietnam del Sur, en tres ocasiones, un gas no letal (una mezcla de gas vomitivo y gas lacrimógeno, del tipo que se usa para sofocar motines), y los resultados prácticos fueron nulos. En dos ocasiones, el gas fue disipado por el viento. En la tercera, enfermó a unos cuantos residentes de la zona señalada como objetivo, pero la infantería, que llegó pronto, no encontró guerrilleros en el área.

Por otra parte, estas acciones tuvieron efectos de propaganda tremendos... y adversos en extremo. Cuando Washington anunció de modo incidental, en marzo de 1965, que había usado *gas* en Vietnam, esto produjo repercusiones políticas en todo el mundo

en el espacio de veinticuatro horas. La prensa de Asia —en particular la japonesa, resentida para siempre por las bombas de Hiroshima y Nagasaki— manifestó gran indignación. Londres y París hicieron preguntas diplomáticas. Y gran parte de la propia prensa de EEUU condenó con severidad el empleo de cualquier gas, incluso del más inofensivo, como una grave violación de todos los convenios sobre guerra hechos en el mundo civilizado, violación que podría llevar quién sabe a qué inhumanidad.

Considerando el gran efecto que produjo la acusación china contra EEUU de haber usado la “guerra microbiana” en Corea y el reciente clamor contra el empleo de gas, es dudoso que las guerrillas hayan de temer mucho en el próximo futuro a los gases o las armas biológicas, y tal escepticismo lo robustece de modo especial el hecho de que el valor militar práctico de estas armas no se ha probado todavía.

Otras armas creadas por la moderna técnica militar son más espantosas. El fósforo blanco es siempre mutilador, si no fatal, porque quema hasta el hueso; es capaz de penetrar en el acero y nada lo extingue, salvo la inmersión total.

Una nueva bomba, en forma de paquete y con un peso aproximado de 450 kilogramos, se abre en el aire para dejar caer sobre una extensa área, un centenar de bombas: un arma mucho más eficaz contra las guerrillas que un solo proyectil, aunque la carga de éste sea de gran potencia explosiva.

Nuevos vehículos anfibios de artillería pueden penetrar en los más profundos pantanos o ciénagas. Miras telescópicas sensibles a los rayos infrarrojos y al calor permiten descubrir guerrillas en la obscuridad. Un modelo reciente funciona ampliando la luz de las estrellas. Unidades móviles de radar pueden descubrir y localizar a personas que se infiltren en el terreno a casi mil metros de distancia. Armas silenciosas de las patrullas entrenadas para cazar guerrillas hacen que resulte más difícil descubrir esas patrullas que los propios grupos guerrilleros.

Sin embargo, una vez dicho y hecho todo esto, hasta los expertos en lucha contra insurrecciones admiten que la técnica sola no puede nunca derrotar a las guerrillas: sólo puede hacer más difícil y peligrosa la tarea de éstas.

El verdadero problema de la lucha es el clima social y político. La pulga sobrevive saltando y ocultándose; prevalece porque se multiplica en menos tiempo del que se tarda en capturarla y exterminarla.

Las necesidades del guerrillero son pocas: su rifle, una manta, un trozo cuadrado de material impermeable para protegerse cuando llueva, una navaja o cuchillo, una brújula, botas fuertes: el mínimo equipo para hacer *camping*. Mayores son los requisitos relativos a las cualidades personales. En cuanto al físico, el guerrillero tiene que ser fuerte, con piernas de hierro y sanos pulmones; respecto al temperamento, debe ser un estoico alegre o calmado y un asceta; le tiene que gustar la dura vida que lleva. Pero, lo indispensable son las armas ideológicas. Sobre todo, el revolucionario activista debe tener una sólida base moral, si ha de ser algo más que un bandolero político.

Se hace creer a la gente, como sucede, por ejemplo, en el caso del Vietcong, que las guerrillas dominan a la población rural carente de protección con amenazas y terror: esto es lo que a los campesinos y demás habitantes rurales les conviene decir cuando tienen que responder a los soldados del gobierno que les preguntan por qué albergaron a los guerrilleros.

En general, no es verdad. Hay, sin duda, usos juiciosos del terror, pero ninguna guerrilla puede emplearlo contra gente del pueblo, pues su existencia política y también la vida de sus miembros depende del apoyo que le preste el pueblo y de la confianza o fe que éste tenga en ella. El pueblo descubre muy pronto la diferencia entre los oportunistas y los hombres consagrados a una causa, y es a éstos a los que respeta y sigue.

Para tener buen éxito, la guerrilla ha de ser amada y admirada. A fin de atraerse seguidores, debe representar, no sólo el éxito, sino también la virtud absoluta, de forma que su enemigo represente el mal absoluto. Si los soldados son vagos, borrachos y licenciosos, los guerrilleros tienen que ser vigorosos, sobrios y morales. Si hay que acabar con los enemigos, debe ser por razones morales: los enemigos han de ser traidores, asesinos y violadores. La revolución debe mostrar que su justicia es segura y rápida. En contraste, sus enemigos deben revelarse venales, débiles y vacilantes.

El jefe de guerrillas, si quiere tener éxito, ha de ser honrado en sus tratos, pagar las cosas que toma, respetar la propiedad personal y los derechos individuales, incluso los de personas que no sean partidarias de su causa, dándose cuenta de que la sociedad en que actúa es como una complicada maquinaria y que él necesita todos los apoyos que pueda obtener. Incluso cuando la guerra es en el fondo una lucha de clases —y no siempre lo es—, las rivalidades entre las clases sociales deben ser, no agudizadas, sino suavizadas.

subordinadas a una causa nacional y trascendental. A los que dudan, incluso a los partidarios y servidores del régimen, se les debe ofrecer una clara elección moral. Se les debe decir, en efecto: todavía no es demasiado tarde para unirse a las fuerzas virtuosas y participar en el brillante futuro, más seguro y cierto que la propiedad o la posición que tanto apreciáis ahora.

La propaganda revolucionaria tiene que ser esencialmente *verídica*, a fin de que sea creída. Esto es cuestión de simple conveniencia. Si el pueblo no cree en ella, no se puede conseguir que obre de acuerdo con ella, y no habrá revolución. Con promesas solamente, o sólo con armas de fuego, los líderes de las guerrillas no inspirarán el espíritu de sacrificio y la voluntad revolucionaria que crean la insurrección popular. Se requiere un alto grado de abnegación y elevados propósitos. Sea el nacionalismo, la justicia social o la anticipación del progreso material la causa primaria de la revolución, la decisión de combatir y sacrificarse es una decisión moral y social. La insurrección no es, pues, una cuestión de habilidad, sino de inspiración.

Me doy cuenta de que tales conclusiones no son compatibles con el cuadro que de las operaciones y motivaciones de las guerrillas trazan los teóricos de la contrarrevolución que tan en boga están actualmente. Pero los expertos en lucha contrainsurreccional todavía no han ganado una sola guerra. Mientras escribo estas páginas, están perdiendo una, sin duda.

Su pintura resulta una imagen falseada de la realidad porque sus premisas son falsas y su observación es defectuosa. Ellos suponen —quizás sus compromisos les obliguen a ello— que la política es principalmente una ciencia práctica y que la insurrección es en esencia una técnica político-militar que ha de ser contrarrestada por alguna otra técnica; pero una y otra, política e insurrección, son formas sociales de comportamiento, y la última, el modo de resistir y rechazar el pueblo a gobiernos impopulares.

XI

Movimientos guerrilleros en el Tercer Mundo. La base revolucionaria. Perspectivas para los Estados Unidos. Propuestas para una nueva política latinoamericana de los Estados Unidos.

De la consideración de los varios aspectos —histórico, teórico y práctico— de la guerra de guerrillas, dos cosas resultan claras.

La primera es que la “guerra de la pulga”, tal como se ve hoy, es, no sólo una guerra popular, sino la guerra de los *pobres* del mundo, el arma natural y adecuada para la situación de pueblos subyugados y explotados en cualquier parte. En suma, es un arma revolucionaria.

La segunda es que EEUU, a causa de su riqueza y poder predominantes, está representando —gústele o no— un papel contrarrevolucionario. Siendo la mayor potencia económica y militar del mundo, el mayor banquero, financiero, inversionista, comerciante e industrial y el principal practicante y guardián del sistema de libre empresa capitalista (del que se considera que son partes integrantes la democracia liberal y el gobierno constitucional), Estados Unidos está, natural y necesariamente, aliado en todas partes con banqueros, terratenientes e inversionistas. A pesar de la tradición y las declaraciones norteamericanas, la política exterior de EEUU, que favorece al pacífico *status quo* y a la tranquila evolución social contra la revolución radical, es antipopular siempre que hay movimientos populares en lucha con los intereses económicos creados. Si, a veces, parece que nos oponemos a los intereses creados, es difícil no llegar a la conclusión de que lo hacemos por ser conveniente para alcanzar una mayor oportunidad económica. . . nuestra.

Las consideraciones de la “guerra fría” hacen más rígida esta posición. Por una parte, EEUU se opone al comunismo en defensa de la propiedad privada y la libre empresa; por la otra, se opone al comunismo en cuanto agente de la expansión soviética o china, considerando al bloque ruso y al chino como sistemas político-económicos rivales del suyo y como posibles amenazas militares.

Puesto que la mayor parte de los movimientos revolucionarios que se producen ahora en el mundo, si no comunistas por definición o de ideología marxista-leninista son, por lo menos, de inclinación al socialismo (por tanto, claras amenazas al sistema de empresa privada), no es sorprendente hallar a EEUU oponiéndose a ellos: Vietnam y el Congo son los principales ejemplos del momento. Incluso cuando el objetivo revolucionario no es el socialismo, sino meramente la independencia económica y la neutralidad política, EEUU, que trata de asegurar sus inversiones y extender su influencia y su mercado exterior, rara vez acoge bien a una revolución.¹

Resultado: el interés y la política de EEUU contra la surgiente revolución de las hundidas masas de las áreas subdesarrolladas del mundo. El desarrollo lógico de la situación sugiere una mayor extensión de lo que ocurre ahora en Vietnam del Sur: el enfrentamiento de la riqueza, la influencia, la potencia industrial y, en definitiva, las fuerzas armadas norteamericanas con los movimientos guerrilleros en todas las áreas importantes que tengan interés para EEUU.

El estudio de los movimientos guerrilleros de la posguerra lleva a la conclusión de que EEUU marcha lentamente hacia un conflicto mundial que no puede ganar.

Las razones de esto no son misteriosas.

Como hemos visto, la guerra de guerrillas es una guerra popular en una u otra forma. Es la lucha de naciones contra invasores extranjeros, o de sectores rebeldes de una sociedad contra las clases dominantes en ella, de explotados contra explotadores, de los gobernados contra los gobernantes.

En Chipre, un ejemplo que ya hemos examinado, podría creerse, juzgando de modo superficial, que Grivas no expulsó de la isla a los ingleses por la fuerza, sino que hizo que se fueran por temor a sus amenazas. En cierto sentido, es lo que ocurrió. Pero, no nos engañemos. El hecho es que Grivas y su grupo de terroristas no hubieran podido hacer lo que hicieron sin el apoyo activo o pasivo de la gran mayoría de los chipriotas. La EOKA era una representación de la voluntad popular y, por tanto, los ingleses sólo hu-

¹ En ninguna parte se ha mostrado la actitud de Washington de modo tan hiriente como en la reciente intervención en la República Dominicana, donde, por temor a "otra Cuba", el gobierno de Johnson tomó el camino de la agresión, con abierto desprecio de todos los convenios sobre soberanía nacional y del derecho internacional.

bieran podido permanecer en la isla haciéndole la guerra a toda su población. Como esto no era compatible con sus objetivos políticos y económicos, los ingleses se fueron. Lo mismo sucedió en Israel. Y lo mismo sucedió en Irlanda.

Otros ejemplos son todavía más claros. Batista no podía hacer la guerra a los *fidelistas* sin hacérsela al pueblo de Cuba. En definitiva, sus recursos resultaron inadecuados para la tarea y su régimen se hundió.

Tratando de defender sus intereses en Indochina y, luego, en Argelia, el Estado francés emprendió la lucha armada contra los terroristas y se encontró en ambos casos librando batallas perdidas de antemano contra una creciente marea de insurrección popular. En teoría, los gobernantes franceses hubieran podido subyugar a Argelia (como lo habían hecho más de un siglo antes) gastando más dinero, lanzando a la lucha muchos más soldados y adoptando métodos más severos. Pero, ¿disponían ellos, realmente, de tales medios en 1962? No, no disponían de ellos, por razones relacionadas con la economía y la situación interna de Francia y también con la situación internacional. E incluso, existiendo los medios y la voluntad para ello, quedaría en pie la cuestión: ¿valía la pena hacerlo?

Este es el problema decisivo en todas las luchas de la era actual entre el poder militar y la insurrección del pueblo. Es la cuestión que se le plantea a EEUU hoy o que se le planteará mañana.

La finalidad de mantener una colonia es explotarla, en sentido económico o por alguna razón política. La finalidad de apoyar a un sistema político o económico contra otro es sacar algún beneficio de ello. El propósito de los que aspiran a gobernar o gobiernan en un Estado es gozar de los frutos de la autoridad política, cualquiera que sea ésta.

Pero, en nuestro tiempo, no es posible colonizar o gobernar con provecho o mantener en el poder a un gobierno nativo subordinado —en otras palabras, no es posible explotar— sin el consentimiento de los explotados. Matarlos es contraproducente. Esclavizarlos, en las actuales circunstancias políticas y económicas, es imposible o, por lo menos, nada práctico. De ahí que todo auténtico movimiento de liberación popular, una vez en marcha, tenga garantizado de antemano el buen éxito.

Este es el dilema a que se enfrentan los gobernantes de EEUU siempre que se enzarzan en lucha con movimientos guerrilleros antinorteamericanos.

En el siglo pasado, el gobierno estadounidense pudo aplastar a las tribus rebeldes de los indios norteamericanos porque éstos carecían de toda palanca política o económica. Constituían una minoría sin importancia, extraña por completo a la creciente población blanca, y lo que se deseaba eran sus tierras, no su trabajo, su comercio o su benevolencia. Por consiguiente, podían ser exterminados todos ellos sin costarle casi nada a la población blanca. De hecho, era económica y políticamente deseable hacerlo... y se hizo.

La situación ha cambiado en el mundo. Lo que hoy se desea es la mano de obra y lo que ésta produce. Las materias primas de las áreas no desarrolladas —el cobre de Chile y el petróleo de Venezuela, por ejemplo— no tienen utilidad para una potencia industrial, como EEUU, sin el esfuerzo humano que hace que estén disponibles; las bases estratégicas requieren los servicios y la buena voluntad de grandes poblaciones; la industria exige grandes concentraciones de trabajadores y mercados de consumo en continua expansión.

En estas condiciones, es inútil tratar de suprimir por la fuerza los movimientos populares de resistencia. Si la fuerza empleada en ello es insuficiente, la resistencia aumenta. Si se emplea la arrolladora fuerza necesaria para cumplir la tarea, se destruye el objeto. Es como matar al caballo porque rehusa arrastrar al carro.

Si se adopta tan destructivo método, sólo puede haber una razón para adoptarlo: impedir que el área disputada llegue a manos de un tercero. Esto es lo que puede darse en el caso de Vietnam del Sur, que tiene poco valor para EEUU, pero constituye, por decirlo así, un gran abastecedor de arroz que hay que mantener fuera del alcance de la hambrienta China.

Los caminos que puede seguir Washington en Vietnam parecen obvios. A menos de que se pueda *persuadir* a la población vietnamita disidente de que admita una solución aceptable para EEUU (una esperanza utópica), los otros caminos posibles son: 1] emprender una guerra implacable y en gran escala para subyugar al pueblo de Vietnam, con ayuda de los aliados vietnamitas que queden disponibles para prestarla; 2] buscar una solución aceptable para el pueblo de Vietnam, lo que implicaría sin duda negociar con el Vietcong; 3] abandonar el país y dejar que los vietnamitas encontraran su propia solución.

Existe una cuarta posibilidad. En lo esencial, es una monstruosa variante de la primera. Estados Unidos pueden cambiar el *carácter* de la guerra, o su carácter aparente, extendiéndola; esto es, ha-

ciéndole la guerra a Hanoi e, inevitablemente, a China. Esto, manejado hábilmente podría parecerle justificado al pueblo norteamericano y quizás a sus aliados, a pesar del costo y riesgo tremendos que implicaría, mientras que una guerra que se pierde en el limitado teatro de operaciones de Vietnam del Sur no puede ser justificada. Dentro de una guerra general, quizá se pudiera ocupar Vietnam del Sur y Vietnam del Norte, aplicar en los dos la ley marcial y barrer al movimiento comunista empleando para ello una fuerza militar abrumadoramente superior.

Pero, ¿qué hacer luego? Habría que mantener controlada toda Asia sudoriental (no sólo Vietnam), y la enorme cantidad de tropas norteamericanas que se necesitaría para ello sería una carga que la economía y el electorado de EEUU casi no podrían soportar, y además, este control en tales condiciones, no serviría para nada, salvo como base para una subsiguiente guerra contra China. ¿Con qué finalidad esta guerra? Asusta pensar en el vasto, interminable e inútil conflicto que se produciría, suponiendo incluso que permaneciera limitado a Asia, de lo que no podemos estar seguros. Por comparación con este conflicto, la sangrienta y costosa guerra de Corea parecería un juego de niños.

¿Qué puede decirse sobre el futuro de los movimientos de guerrillas en otras partes?

En el África negra, parecía, no hace mucho, que el fin del sistema colonial europeo y el surgimiento de nuevas repúblicas señalaba el comienzo de una era de pacífico progreso. De hecho, la muerte del régimen colonial en la mayor parte del continente no parece haber sido el final, sino el comienzo, de una lucha revolucionaria, cuyo objetivo es la destrucción de todo lo extranjero o, en todo caso, de los intereses e influencia del Occidente.

Por el momento, un ejército de nativos mandados por mercenarios blancos es capaz de defender los intereses mineros belgas y norteamericanos en Katanga contra un poderoso, pero indisciplinado, movimiento rebelde. Pero, el Congo es una vasta selva, tan grande que en ella cabría holgadamente una docena de países como Vietnam, y mucho más difícil de controlar que éste. En las circunstancias reinantes, es inverosímil que unos centenares de soldados mercenarios y unas docenas de aviones norteamericanos puedan tener importancia a la larga.

Con más tropas, más cañones y más dinero podría prolongarse

la lucha, pero ¿con qué objeto? Si el objetivo fuera la explotación lucrativa de los recursos naturales y humanos del área, las prolongadas hostilidades resultarían contraproducentes: el costo de la guerra sería mayor que la ganancia obtenible. Además, una prolongada guerra es la clase de guerra para la que se hallan preparados los rebeldes del Congo. De hecho, dados sus aprestos de guerra, es la única que pueden ganar.

Si, por otra parte, el objetivo se halla vinculado a la “guerra fría” y consiste en impedirle al bloque comunista el acceso a una área estratégica, se plantean las siguientes preguntas: ¿por cuánto tiempo?, ¿a qué costo? Y finalmente, ¿cuántas son las áreas estratégicas para cuya defensa se halla preparado el Occidente? Pues, sin duda, el Congo no es el único objetivo disputado en la “guerra fría”.

Muchas, si no la mayoría, de las nuevas naciones africanas permanecen por ahora dentro de la órbita de Occidente. Es decir, se hallan bajo el control o influencia política y económica de los gobernantes de las que fueron sus metrópolis o de los poderes industriales occidentales en su conjunto. Los gobiernos de estas naciones favorecen, por ahora, arreglos que permiten que el Occidente industrial continúe explotando los recursos naturales y humanos de aquéllas.

En otras partes del continente —Angola, Unión Sudafricana,² Rhodesia— todavía gobiernan minorías de colonizadores blancos.

Sopesándolo todo, sin excepción, parece que puede afirmarse que la revolución, extendiéndose como un fuego subterráneo por medio de la guerra de guerrillas, no es sólo una posibilidad, sino algo que es casi seguro que ocurrirá, a medida que los primitivos negros que constituyen la vasta mayoría de la población africana, y que están saliendo de la condición tribal y del trabajo de peones, descubran que no pueden ser gobernados ni explotados sin su consentimiento.

Lo que acabamos de decir del África negra se aplica también a gran parte de Asia y los países árabes, y —lo que es de muchísima mayor importancia para EEUU— a casi todas las naciones latinoamericanas.

Los países no desarrollados (*subdesarrollados* es un eufemismo), que constituyen tres cuartas partes de la superficie terrestre, contienen la mayor parte de los recursos naturales del mundo todavía

² República Sudafricana, actualmente. [N. del T.]

no explotados, las materias primas de la industria. Por esto son las presas que se disputan las potencias industriales. Pero, en estas mismas áreas atrasadas habita la mayor parte de la población mundial, la parte más hambrienta, que crece a un ritmo muy superior al de su desarrollo económico y cuyas necesidades, deseos y exigencias aumentan año tras año.

A esta creciente población, cada vez más hambrienta y, al mismo tiempo, percibiendo más cada día la magnitud de la riqueza mundial, ¿cómo se la podrá mantener controlada cuando haya aprendido —y está aprendiendo muy aprisa— las lecciones de la guerra de guerrillas? No, no se la podrá mantener controlada.

En otros tiempos, podían hacerlo ejércitos coloniales o de indígenas e incluso una gendarmería. La revolución cubana ha probado que ya no pueden hacerlo, en cuanto se ponga en marcha un decidido movimiento guerrillero. No tienen más probabilidad de buen éxito en tal tarea los ejércitos mecanizados de las potencias industriales, como parecen haberlo probado Vietnam y Argelia. Pues el terreno y la distribución de las poblaciones, así como la índole de la lucha, determinada por sus objetivos, favorece a los posibles revolucionarios.

Los ejércitos guerrilleros del mañana, en África, en Asia y en América Latina, saldrán de las filas de los *Pobres* del mundo, los hambrientos campesinos y los habitantes de los barrios bajos de las ciudades que satisfagan el primer requisito para ser guerrillero: no tener nada que perder salvo la vida.

Los guerrilleros procederán de las clases trabajadoras de los países más explotados . . . y aquí la batalla será ganada a medias; pues su trabajo no puede obtenerse matándolos.

Tales guerrillas lucharán en el terreno que mejor conozcan y que más les favorezca, en las montañas, las selvas y los pantanos, donde tanques, artillería y aviación tienen mínimo efecto. Y el camuflaje natural de los guerrilleros, su intendencia y servicio de inteligencia se los proporcionará la pululante población de la que ellos mismos han salido, una población que no puede ser destruida más que a costa de destruir la economía y los recursos económicos que son el botín de la guerra.

¿Cómo se podrá derrotar a las guerrillas cuando estén en todas partes?

Si la superioridad técnica bastara para vencer a las guerrillas, hace mucho tiempo que habría concluido la guerra en Vietnam del Sur. Cuando se escriben las páginas de este libro, EEUU está

gastando todo el dinero que puede gastar útilmente en el área: casi dos millones de dólares diarios. Y está perdiendo la guerra. La está perdiendo frente a un enemigo inferior numéricamente y pobremente armado, porque la mera riqueza técnica, traducida en armas, aviones, blindados y suministros militares, no basta para derrotar a fuerzas populares que emplean tácticas guerrilleras en su propio terreno, familiar y amistoso para ellas.

El Pentágono podría fácilmente emplear en Vietnam del Sur un número de aviones diez o veinte veces mayor y una cantidad de blindados, artillería, cohetes, napalm y otras armas cien veces mayor de la que emplea. La razón principal de que no lo haga es que no existen blancos para más armas, más bombas o más napalm. A menos de querer borrar del mapa a Vietnam del Sur con bombardeos, no hay objetivos para más bombas de las que se arrojan ya sobre ese país. Salvo para destruir todas las aldeas vietnamitas, no se necesita más napalm. Si no se trata de ametrallar a *todos* los campesinos de Vietnam, no hay modo de usar más ametralladoras, pues los miembros del Vietcong, contra los cuales podrían usarse, no van a quedarse parados para que disparen sobre ellos.

Para atrapar guerrillas, se necesita una cantidad de soldados abrumadoramente superior a la de guerrilleros. Por válidas razones políticas —la apatía e indiferencia de los vietnamitas supuestamente partidarios de Saigón, y la renuencia de EEUU a emplear allí tropas norteamericanas en gran escala— el mando militar estadounidense nunca ha podido disponer en Vietnam del Sur de suficientes tropas para capturar y exterminar a los grupos del Vietcong.

Sin embargo, Vietnam es, después de todo, un limitado teatro de operaciones. Su extensión es de 165,000 kilómetros cuadrados, y su población, de unos dieciséis millones de habitantes. En la jerga del Pentágono, a la lucha en Vietnam del Sur se la llama *brush-fire*,³ es decir, guerra limitada, de poco alcance. Hasta hoy, esta sola “quema de matorral” le ha costado a EEUU más de 5,500 millones de dólares.

Surge, pues, la pregunta: ¿qué le costará la guerra cuando la “quema de matorral” se convierta en incendio forestal, consumiendo todo el sudeste de Asia, llameando en África (que tiene ya 250

³ Literalmente: quema de matorral. [N. del T.]

millones de habitantes) y extendiéndose por América Latina, con su inquieta y hambrienta población de 220 millones, que se multiplica rápidamente?

El área de primordial preocupación para EEUU es, o debería ser, América Latina, no Asia sudoriental. Latinoamérica contiene todos los explosivos ingredientes de una revolución que podría, en el plazo de unos pocos años, influir de modo radical en la economía norteamericana y en la posición de EEUU entre las potencias mundiales.

Empezando en la misma puerta trasera de EEUU, y extendido a lo largo de miles de kilómetros, desde río Grande del Norte hasta la Tierra del Fuego, se halla el campo de batalla de mañana: un prolífico continente de enmarañadas selvas, bosques tropicales sin veredas, altas cordilleras, llanuras áridas y barrios bajos urbanos semejantes a hormigueros, que contiene todos los componentes —social, político, ideológico, económico y demográfico— de la revolución violenta.

Si las fuerzas armadas norteamericanas no pueden suprimir la insurrección en Vietnam del Sur, que sólo tiene unos dieciséis millones de habitantes, ¿cómo podrán imponerse en otros países, como, por ejemplo, Brasil, con una población de setenta y cinco millones de almas y una extensión territorial de más de ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, la mitad de los cuales se hallan cubiertos por bosques tropicales y no hay de ellos casi un solo mapa o plano? La pregunta no es retórica. Brasil ha estado ya una vez al borde de la revolución, y no es el único país de la región en que puede producirse un estallido.

Si EEUU no puede disponer de tropas suficientes para establecer guarniciones en Asia sudoriental —y los clamores que se alzan en el Congreso cada vez que se informa de bajas militares revelan el atoladero político con que tropiezan los gobernantes norteamericanos—, ¿cómo podrá establecer guarniciones en los Andes, que se extienden miles y miles de kilómetros a través de América meridional? Sin embargo, esta es la perspectiva si el criterio con que hoy se actúa en Asia sudoriental se aplica también en un área mucho más próxima a EEUU y mucho más vital para este país que aquélla.

En las veinte repúblicas latinoamericanas (exceptuamos a Cuba), de México a Argentina, existen, con variación sólo de grado, las mismas palmarias desigualdades en la distribución de la riqueza, los mismos horribles barrios bajos o “cinturones de miseria”, el des-

empleo, el atraso de las regiones rurales, la corrupción del gobierno nominalmente democrático, el arrollador crecimiento de la población superando el ritmo de desarrollo económico y, en suma, la misma gran expectación popular del progreso, que constituye en sí misma el mayor impulso a la acción política radical.

En Guatemala, los indios, que no hablan español, o lo hablan muy poco, y se hallan en el más primitivo nivel de vida, el de la mera subsistencia, constituyen dos tercios de la población total del país. Terratenientes feudales, de los cuales no es el menor la United Fruit Company, dominan la agricultura comercial de Guatemala, donde un ejército, mandado por un cuerpo de oficiales y jefes la mitad de los cuales tienen como el más alto grado, el de coronel, sofoca los motines de estudiantes que estallan de vez en cuando en la capital, mientras que las cárceles están llenas de presos políticos. El golpe militar que, dirigido por Estados Unidos, derrocó al gobierno de Jacobo Arbenz en 1954, dio paso a otro gobierno, que abolió las modestas reformas sociales que había tratado de llevar a cabo un régimen izquierdista, pero no dio una solución para los males sociales del país, que siguen enconándose. Es natural, pues, que desde hace largo tiempo, esté fortaleciéndose en Guatemala un movimiento guerrillero.

En El Salvador, unas pocas propiedades de vasta extensión, plantaciones de plátanos y fincas cafetaleras, constituyen la mitad de toda la tierra cultivada. El ochenta por ciento de las explotaciones agrícolas tienen menos de cinco hectáreas de extensión cada una, y los doscientos mil campesinos que viven de ellas le arrancan al suelo, a duras penas, lo indispensable para no morir de hambre.

En Ecuador, el ingreso *per cápita* en 1959, se estimó que fue de 160 dólares, pero dos tercios del total de *familias* del país sólo ganaron 120 dólares, o menos, cada una. En Chile, país rico en minerales, más de la mitad de la población rural vive con un ingreso familiar que oscila entre 100 y 135 dólares al año, y en la región del nordeste de Brasil, castigada por las sequías, el ingreso *per cápita* anual no llega a los 75 dólares.

La concentración de la tierra cultivable de América Latina en grandes propiedades es tal, que un 10 por ciento de los terratenientes poseen el 90 por ciento de esa tierra, en forma de vastos latifundios de cientos de hectáreas, trabajados por jornaleros que viven en chozas o barracas y reciben como pago, si es que se les paga, una frugal comida, mientras que el restante 10 por ciento de la tierra se halla fragmentado en decenas de miles de *minifundios*,

demasiado pequeños para proporcionar un excedente que permita a sus poseedores comprar abonos, herramientas agrícolas o cualquier otro medio para mejorar su rendimiento.

Millones de habitantes de las regiones rurales de América Latina viven sin vender ni comprar, al margen de una sociedad en la que no participan ni tienen voz. En los bosques ecuatoriales, hay cientos de miles de ocupantes de tierras, en el sentido más estricto de esta expresión, que quemian completamente un pedazo de selva, subsisten alimentándose con los escasos tubérculos que pueden cosechar allí, hasta que se agotan en la delgada capa de tierra los elementos nutrientes de las plantas, y entonces marchan a quemar otro pedazo de selva: un procedimiento primitivo que ya era antiguo cuando llegaron los conquistadores al Nuevo Mundo.

Las presiones que causa el gran crecimiento de la población y el hambre que se pasa en las regiones rurales empujan a miles de campesinos a irse a las ciudades a buscar empleo, y se crea una nueva forma de miseria. En Río de Janeiro, los barrios bajos que se extienden por las colinas que rodean la ciudad se llaman *favelas*; en las amontonadas chozas, carentes de agua, que constituyen este "cinturón de miseria", viven unos 250,000 brasileños, habitantes de una jungla humana, en la cual, hasta la policía teme entrar. En Santiago de Chile, los barrios bajos que rodean la capital son denominados, apropiadamente, *callampas*, palabra que significa hongos o setas; en Lima se les da, con ironía, el nombre de "la Ciudad de Dios"; y en Caracas, se les llama *ranchos*. Todos estos términos designan ciudades formadas por chozas o barracas, plagadas de ratas, agobiadas por las enfermedades y al margen de la ley, en suma, poblaciones en un estado de infracivilización, integradas por millones de hombres, mujeres y niños que viven sin un futuro previsible y sin más esperanza que la de una revolución.

La pobreza no engendra por sí misma la revolución. Pero la pobreza y el progreso, al lado una del otro, crean una nueva amalgama; la esperanza de cambio social, estimulada por la educación, aunque ésta sea mínima, produce un nuevo fenómeno social: el pobre ambicioso, el pobre rebelde, los jefes de la revolución, que no tienen nada que perder y ven en torno suyo mucho que ganar.

Sin una causa claramente expuesta, sin líderes vigorosos y persuasivos y sin organización política, generaciones de habitantes de los barrios bajos han vivido y muerto en la miseria y generaciones de campesinos han arañado el suelo, sin que se hayan producido

más que unas pocas revoluciones de verdad.

¿Qué ha cambiado en el siglo veinte en América Latina?

Ante todo, los pobres, cuyo número se ha incrementado, son *más pobres* y están más desesperados. Ha habido un aumento sin precedentes de la población en todas partes, una “explosión demográfica” que ha traído consigo una correspondiente *disminución* del ingreso *per cápita*, del número de viviendas en proporción a los habitantes, de la cantidad relativa de productos de consumo corriente, de los empleos e incluso del agua potable. En Venezuela, por ejemplo, el aumento de la población en una sola década se ha estimado en más de un millón y medio de habitantes, o sea, un incremento de 30 por ciento. La población de Brasil aumentó de 52.000,000 de habitantes a 66.000,000 en la década comprendida entre 1945 y 1955, y en 1963 había “saltado” a la fantástica cifra de 75.000,000 o más, lo que equivale a un incremento de 44 por ciento en ocho años. En el conjunto de las veinte repúblicas latinoamericanas miembros de la Organización de Estados Americanos, la población aumento de 163.000,000 a 206.000,000 en los años comprendidos entre 1951 y 1961, o sea, un incremento medio anual de cuatro millones; y las perspectivas son de que en 1970 su población llegue a 265.000,000 (algunos dicen que sería más realista estimarla en 273.000,000).

Mientras, la tasa de desarrollo económico se queda muy atrás. En 1960, el crecimiento de la población fue de 2.8 por ciento y, en cambio, la producción global sólo aumentó un insignificante 0.3 por ciento y la producción agrícola *disminuyó* 2 por ciento.

Estas cifras hablan por sí mismas. Cada día que pasa, hay en América Latina más bocas hambrientas que alimentar y, proporcionalmente, menos alimentos para ellas. Y sin embargo, cosa curiosa, sus necesidades no son menores, sino mayores que antes. Pues, si bien los pobres se han hecho más pobres todavía, también se han ido dando cuenta, cada vez más, de la riqueza que les rodea, las *posibilidades* en que podrían participar.

Al mismo tiempo que la “explosión demográfica”, ha habido una revolución en las comunicaciones, que ha ocasionado lo que ha sido denominado con propiedad “la revolución de las crecientes expectativas”. En Río de Janeiro, se alza sobre las *favelas* un bosque de antenas de televisión: los habitantes del “cinturón de miseria” son pobres en extremo, pero no tanto que carezcan de medios para ver el progreso industrial y la prosperidad que les rodea, ni tampoco tanto que no comprendan que se les hacen promesas

y se introducen o presentan programas políticos en su nombre, y empiezan a agitarse en espera del día en que les cumplan lo que les han prometido. En las barracas de los trabajadores del noreste brasileño, la radio permite escuchar el mensaje de la Revolución Cubana y enterarse de la lucha en Vietnam y el Congo y de los motines en Panamá y Harlem. Los jornaleros de las plantaciones son pobres, pero no hasta el punto de no conocer lo que otros hombres como ellos están haciendo, cómo comenzaron a hacerlo y qué resultados han logrado.

Este conocimiento de lo que ocurre en el mundo crea, si no una clase revolucionaria, sí una base para la revolución. El progreso económico, por limitado que sea, es en sí mismo una fuerza revolucionaria. La educación del pueblo, extendiéndose lentamente, estimula la emulación y la ambición social. El comercio y la industria, por muy insuficiente que sea su desarrollo, ocasionan cierta movilidad social. Se forman nuevas alineaciones políticas. Nuevos ricos, que han logrado ascender y colocarse al lado de las oligarquías feudales, se esfuerzan por conseguir el poder político. Se crea una clase media. Se encuentran jefes revolucionarios, primero en los sectores más pobres y más ambiciosos o idealistas de la clase media, luego, en la nueva clase, cada vez más numerosa, de los empleados pobres de oficinas y comercios, que, despreciados por la oligarquía y por la clase media, e incapaces de hacer causa común con éstas o aspirar a sus privilegios, siguen el único camino abierto a su ambición y forman una oposición política radical, que hace suya la causa de los humildes y los privados de derechos.

Así, la extensión de la miseria crea una poderosa base revolucionaria y el progreso le proporciona incentivos y jefes. A esto sigue la organización política. La selección de causas y los lemas de esta organización serán determinados por las circunstancias sociales. Dada la opresión social y económica existente en América Latina, no es sorprendente que la base ideológica de la mayoría de los movimientos de oposición radical sea, a la vez, marxista, nacionalista y estridentemente antianqui.

Es obvio que EEUU, con su gran inversión en América Latina, su control de industrias vitales —el control que ejerce sobre los precios de las materias primas que venden los países latinoamericanos e igualmente sobre los precios de los artículos manufacturados que estos países tienen que comprar— y su historia de intervención en la política de las naciones de Latinoamérica, se adapta bien al papel de villano.

Como si todo esto no fuera bastante, Washington ha declarado abiertamente ser el enemigo de los movimientos de liberación en América Latina, desde la Revolución Cubana, confesando su intención de intervenir, incluso militarmente si fuera necesario, para impedir toda "toma del poder por los comunistas".⁴

Puesto que, como saben muy bien los latinoamericanos, casi todo cambio que probablemente vaya a perjudicar a los intereses o la hegemonía de EEUU será considerado como "toma del poder por los comunistas" —en el léxico norteamericano, comunismo, socialismo y antimperialismo son términos más o menos sinónimos—, se infiere que la guerra ha sido ya declarada.

De hecho, han empezado a producirse las primeras escaramuzas. Hace mucho tiempo que está desarrollándose una esporádica lucha de guerrillas en Venezuela, Guatemala y Colombia; la prensa ha informado de tumultos y motines en Bolivia, Chile, Perú y Argentina; y sin duda se producirán más. Los dos millones de votos *peronistas* en la última elección presidencial de Argentina difícilmente pueden ser considerados como muestra de confianza en el liderazgo de EEUU o en la ambiciosa Alianza para el Progreso, que marcha con lentitud y es inadecuada, por buenas que sean sus intenciones.

Sería una exageración decir que, al tiempo de escribir estas páginas, América Latina se halla al borde de la revolución. La *alianza para el progreso*, a pesar de sus deficiencias, ha producido en algunas áreas una paliación. Por ahora, la intervención norteamericana en Brasil ha conseguido detener el deslizamiento de este país hacia la izquierda. Los comunistas latinoamericanos se hallan profundamente divididos, como lo están los partidos comunistas de todas las naciones de Occidente. En América Latina, los partidos comunistas de la antigua línea política, de los que podía haberse esperado que proporcionaran dirección o jefatura a los movimientos proletarios o campesinos, se han hundido o atascado por su propio conservadurismo, ineptitud, dogmatismo y oportunismo; en muchos casos, han llegado a una componenda con los respectivos gobiernos y están contentos de no hacer nada y engordar. El séquito revolucionario de que gozaron, por breve tiempo, los *fidelistas* latinoamericanos, se ha desvanecido en proporción con el fracaso de la Revolución Cubana en la realización de las brillantes perspectivas que ofrecía en sus comienzos. Muchos de los que, al principio,

⁴ Esta amenaza se ha cumplido recientemente en la República Dominicana.

miraban favorablemente a Fidel Castro, se regocijaban por el desafío de éste al coloso yanqui y simpatizaban con Cuba por los apuros que le hacía sufrir el bloqueo norteamericano, se han alejado desde entonces, a causa de la alianza del gobierno cubano con Moscú y del involucramiento de este gobierno en la "guerra fría": la crisis de los proyectiles-cohetes en octubre de 1962, fue considerada como la desalentadora lección objetiva de tal involucramiento. El destino de la clase media cubana, en una isla que se ha hecho gris y austera desde los primeros triunfos de la revolución, triunfos embriagadores, ha desilusionado también a los latinoamericanos de la clase media.

Sin embargo, la base y el fermento revolucionarios de América Latina son potentes realidades. Las semillas de la insurrección popular han sido sembradas al voleo [por la radiol]. Sus técnicas se hallan a disposición de todos. Y aunque la revolución en gran escala no sea quizá inminente, parece que puede predecirse con seguridad que, en la próxima década, EEUU tendrá que hacer frente a graves desafíos a su liderato, sus diversos intereses económicos y, acaso, incluso a su seguridad en el hemisferio occidental. Es preciso añadir: ¿Y en el resto del mundo no desarrollado?

América Central podría convertirse mañana en un Vietnam americano. Brasil podría llegar a ser un Congo americano. Venezuela, con su gran riqueza de petróleo, podría devenir una Argelia americana. Y los Andes, para citar a Fidel Castro, una Sierra Maestra más grande.

¿Cómo puede detenerse todo esto?

Dado el completo atraso del área y el rápido aumento de su población, los planes económicos del tipo de la Alianza para el Progreso sólo pueden ser paliativos, no remedios duraderos o curas definitivas. El primer paso importante que debe darse es, sin duda, una reforma agraria. El paso siguiente es la industrialización, imposible sin mercados, eliminación del analfabetismo e inversión de capital en una escala sin precedentes.

Pero, ni siquiera puede pensarse en dar estos gigantescos pasos hacia el progreso, si no se realizan antes radicales cambios políticos. Mientras EEUU, en alianza con gobiernos no representativos, corrompidos y opresores, defiende en América Latina los intereses creados, incluyendo su propia inversión en ella, grande y explotadora, permanecerá el tapón puesto en la botella y la presión revo-

lucionaria continuará intensificándose... hasta la inevitable explosión.

Cierto que se puede sostener a gobiernos dictatoriales con ayuda militar y económica. Es posible también obtener cooperación por medio de sobornos y coerción económica. Incipientes movimientos guerrilleros pueden ser aplastados antes de que puedan desarrollarse: de hecho, la fase primera, larval, de las guerrillas es la única en que *pueden* ser barridas. Pero, permaneciendo la misma situación sin cambios, surgirán sin duda otras guerrillas.

Así pues, lo que se necesita es un enfoque a largo plazo y enteramente nuevo del problema de las relaciones de EEUU con América Latina.

Un comienzo lógico sería abandonar la llamada ayuda militar: el regalo, hecho en nombre de la defensa hemisférica, para mantener la benevolencia hacia EEUU de las oligarquías militares, que sólo necesitan tanques y aviones para intimidar al pueblo que nominalmente representan.

El siguiente paso —también lógico, pero quizás muy poco viable dada la situación política interior de EEUU— sería proclamar un Nuevo Trato (*New Deal*) económico para América Latina: este Nuevo Trato implicaría terminar con las relaciones comerciales injustas, los tratados unilaterales de comercio, la extorsión económica por medio de la cual los industriales estadounidenses dominan los mercados de América Latina y los consumidores norteamericanos fijan los precios de las materias primas, los minerales y las cosechas comerciales (productos destinados al mercado), de cuya venta viven los pueblos de Latinoamérica.

El tercer paso, el más radical y el más difícil, sería... *abrazar* la revolución.

La revolución no puede ser suprimida. Puede ser canalizada. ¿No parece acertado tratar de canalizarla en la dirección menos perjudicial y más prometedora?

Puesto que en los países latinoamericanos son las clases medias y el creciente proletariado constituido por los empleados pobres los que ejercen el liderazgo revolucionario, y no los obreros y los campesinos sin tierra, es muy probable que, en muchos casos, los movimientos populares puedan ser desviados hacia canales burgueses-liberales; en otras palabras, las oligarquías y dictaduras militares podrían ser reemplazadas por democracias liberales basadas en el limitado socialismo que entraña el que nosotros llamamos Estado Benefactor o régimen de bienestar general, y las presiones

revolucionarias, eliminadas por medio de ciertas reformas radicales, de las cuales la reforma agraria sería la más obvia e inmediata.

A falta de esta solución, podría seguir escogiéndose entre el socialismo democrático y las varias corrientes marxistas-leninistas. Pero, tampoco esto agota las posibilidades de elección. En la extrema izquierda, todavía existen dos o tres grupos revolucionarios principales: los partidos comunistas de la antigua línea política, adictos a Moscú, y los disidentes de ellos, estalinistas y partidarios de Pekín; los *fidelistas* más militantes, que también sienten cierta simpatía por la República Popular China; y los socialistas nacionales —en el sentido más puro de esta calificación o denominación—, que, si bien muy influidos por la experiencia cubana, se inclinan hacia un *titoísmo* americano, sin involucramiento en la “guerra fría”.

Considerando retrospectivamente la experiencia cubana desde 1958, ve uno que EEUU, en cada etapa de esta revolución, no fue capaz de aprovechar posibilidades mejores que las que seguían existiendo a medida que se reducía el campo de opción.

En 1957 y durante todo el año 1958, Washington hubiera podido ahogar con crema la Revolución Cubana rechazando abiertamente a Batista y dando la bienvenida o ayudando de hecho al movimiento acaudillado por Fidel Castro, movimiento que entonces era democrático, liberal-burgués y reformista. Haciendo esto EEUU habría fortalecido a los elementos nacionalistas liberales que apoyaban a Castro y habría desacreditado a los extremistas antiyanquis, en especial, a los comunistas de la antigua línea política del *Partido Socialista Popular*, que por aquel tiempo no gozaban de mucha popularidad entre los miembros del Movimiento 26 de Julio.

Durante todo 1959 y hasta bien entrado 1960, existió todavía una posibilidad. Era demasiado tarde para abortar la revolución, y los pasos positivos habrían comportado el sacrificio de considerables intereses pecuniarios inmediatos de EEUU: la reforma agraria cubana emprendida por los *fidelistas* era una urgente necesidad, así como un compromiso que ellos no habrían podido pasar por alto. Pero, Washington hubiera mostrado más sensatez si la hubiera subvencionado, en vez de combatirla. Es posible, e incluso probable, que hubieran seguido más expropiaciones de propiedades norteamericanas. Sin embargo, en el peor caso, la socialización de toda la economía cubana sólo habría causado una limitada pérdida de dólares, y se habrían podido conservar muchas cosas de valor: un mercado para los productos de EEUU, que por el valor de las

importaciones procedentes de éste era el sexto del mundo; importantes relaciones comerciales y bancarias; un abastecimiento de azúcar seguro y sin fluctuaciones; y sobre todo, un vecino amistoso, aunque independiente, en el Caribe, en vez de una base del enemigo en la “guerra fría”.

En cambio, emprender una campaña de estrangulación diplomática y económica fue, no sólo romper todas las relaciones con Cuba y dejarla abandonada, sino empujarla en la única dirección en que podía ir: hacia la completa dependencia de la Unión Soviética. No importa que se arguya que Castro y sus seguidores podían haber deseado, o incluso *lo deseaban*, ir a parar ahí. El hecho es que esto podía haber sido evitado. Toda consideración geográfica y económica del problema lleva a esta inevitable conclusión.

Mañana, el próximo año o el siguiente a éste, se presentará la necesidad de hacer elecciones semejantes —ya lo hemos indicado— en uno o varios de los países del hemisferio que los norteamericanos siguen considerando suyo. La revolución no se limitará, sin duda, a un país o unos pocos países. Todo el “tercer mundo”, no desarrollado, se halla en transición y todo él se mueve en la misma dirección, bajo las múltiples presiones de las necesidades económicas, sociales y políticas.

Estados Unidos puede hacer el arreglo que *debe* hacer con las fuerzas de la revolución. O puede, en definitiva, ser destruido. Tomar el camino del arreglo será, no meramente resignarse a lo inevitable, sino declarar que se participa en ello. Esto significa:

—Declarar la guerra diplomática y económica a las oligarquías latinoamericanas, lo mismo que se la hemos declarado a Cuba, y romper con los gobiernos que tengan fuerza suficiente para resistir o tomar represalias.

—Ayudar activamente a grupos revolucionarios —convenientemente seleccionados— con armas, dinero y consejeros, fundándose para obrar así en que, si nuestro actual programa de ayuda militar a las dictaduras militares, nuestros “consejeros” en Vietnam del Sur, nuestros lanzamientos de armas en el Escambray desde aviones y nuestra invasión en la Bahía de Cochinos pueden ser aprobadas de acuerdo con el Derecho Internacional o consideradas como violaciones de éste moralmente justificadas, causas mejores y más convenientes pueden estar más justificadas todavía.

—Proclamar abiertamente que EEUU es un campeón de la re-

volución, arrebatando así a Moscú y Pekín la bandera revolucionaria y ofreciendo al surgiente tercer mundo un camino viable que no sea el totalitarismo marxista-leninista ni el imperialismo occidental "llamado liderato del Mundo Libre"

Este conveniente método podría, incluso a estas fechas tan tardías, aplicarse a Cuba. Si se ayuda a Tito, ¿por qué no ayudar a Castro? Hay en esto una contradicción que debe ser eliminada. Tito nunca ha tenido bases atómicas, es cierto. Pero, como nunca ha sido invadido, no parece haber sentido la falta de tales bases.

Es posible que se pueda, sin correr peligros, dejar que Castro sufra las consecuencias de sus propios actos. Cuba aislada es Cuba desarmada . . . quizá. Pero, América Latina no es Cuba; es un continente de más extensión territorial y más población que nuestro país, y no se puede dejar que fermente durante mucho tiempo sin que se produzca un gran hedor y devastadoras explosiones.

Oponerse a la revolución en el hemisferio occidental es embarcarse en una inútil e interminable guerra que no puede ganarse. Equivale a escoger los motines, huelgas, sabotajes, insurrecciones sangrientas y un caos político y económico de magnitud sin precedentes, que culminará inevitablemente en una serie de agotadoras y prolongadas campañas guerrilleras de México a Argentina, en las que se verán envueltas más y más tropas norteamericanas, en interminables ofensivas sin objetivo, batallas sin victorias, sacrificios sin compensación y, por último, la derrota a un costo tan espantosamente grande que no puede ni pensarse en aceptarlo, aunque sea para un futuro remoto.

Llegar a un compromiso con la revolución puede muy bien significar la entrega o abandono de gran parte de los veinte mil millones de dólares (en números redondos) invertidos en América Latina: esta es, en realidad, la perspectiva. Implicará, además, sacrificar muchas de las ventajas económicas de los tratados de comercio injustos y del trabajo de coolíes, en que se basa una parte substancial de nuestra prosperidad.

Por otra parte, la probable o segura pérdida futura *podría* ser como otra clase de inversión. Aunque la pérdida inmediata de dólares sería grande, no superaría a los veinte mil millones que han sido asignados ya a la Alianza para el Progreso. Y los dividendos a largo plazo serían mucho mayores que cualquier cantidad de dólares. Consistirían, ante todo, en el acceso seguro y continuo a las vastas existencias de materias primas vitales, de las que de-

puede por completo la industria de EEUU. Quedaría garantizado un continuo comercio exterior, sobre una base más equitativa que la que tiene ahora, y con la promesa de mercados cada vez más extensos para los productos manufacturados y agrícolas de EEUU, extensión basada en el aumento de los salarios y el consumo de millones de personas liberadas del trabajo de peón y elevadas al nivel del siglo veinte. Y finalmente, habría la seguridad que parece preocupar a nuestros gobernantes y políticos. Es inconcebible que EEUU pueda desear vivir en un hemisferio dividido, la mitad de él hostil a nosotros; sin embargo, la única seguridad que ha de lograrse en este respecto debe basarse en la auténtica participación de todo el hemisferio en la prosperidad, y ésta, a su vez, tiene inevitablemente que basarse en la justicia social, que será el grito de batalla de la revolución latinoamericana que está gestándose.

Por un lado, progreso, prosperidad y seguridad; por el otro, desastre seguro. Sólo hay una manera de evitar la guerra de guerrillas: la revolución; y sólo existe un remedio: la paz. Algunos dirán que esto es rendirse. Si lo es, es la rendición de la fuerza a la razón, basada en la comprensión de que, a ningún pueblo, a menos que acepte la derrota, se le puede hoy someter o mantener subyugado.

Nº 3291

Imprenta Madero, S. A.
Avena 102, México 13, D. F.
15-III-1977
Edición de 3 000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

La guerra de guerrillas, tan antigua como la humanidad misma, no había sido analizada hasta ahora como lo que es en realidad: un complejo fenómeno social, económico y político. La literatura sobre el tema se reducía a unos cuantos "manuales prácticos" escritos ya sea por quienes han recurrido a este tipo de lucha armada en diferentes épocas y lugares o por quienes se dedican profesionalmente a combatirla. Faltaba la obra de intención analítica con base histórica objetiva. Esa laguna es la que llena ahora —con la absoluta precisión y seriedad que exigía el asunto— este libro de Robert Taber.

La guerra de la pulga

es, en este sentido, una obra de lectura imprescindible para cuantos se interesan, desde cualquier punto de vista ideológico, en este apasionante aspecto de la realidad mundial contemporánea.

En la misma colección

José Luis Alcázar

Ñacahuasu

La guerrilla del Che en Bolivia

Biblioteca Era



Testimonio

Robert Taber  La guerra de la pulga